

3  
CIC

BELOT

VENUS  
NEGRA

P02193  
A. BZ  
V482



1020026109

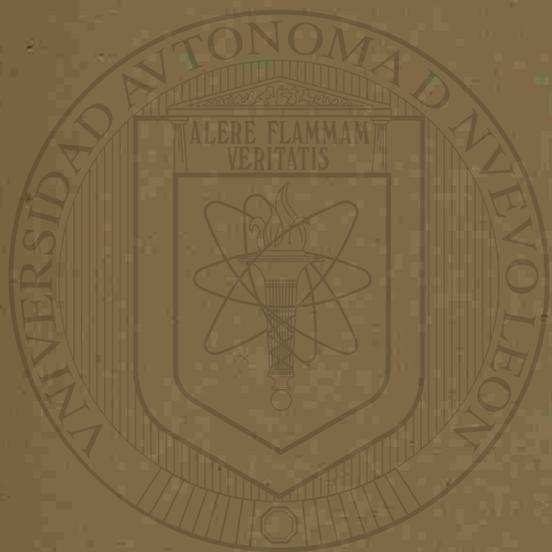


# UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





LA VENUS NEGRA

UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Núm. Clas	N
Núm. Autor	B4521y
Núm. Adq.	29754
Procedencia	-8-
Precio	
Fecha	
Clasificó	29
Catalogó	

DE VENTA EN TODAS LAS LIBRERIAS

	PESETAS
<b>ADOLPHE BELOT</b>	
La Boca de la Sra. X., un tomo.....	2
Las Fugitivas de Viena, un tomo.....	2
Reina de Hermosura, un tomo.....	3
La Sultana Parisiense, un tomo.....	2
La Fiebre de lo Desconocido, un tomo.....	2
La Venus Negra, un tomo.....	2
<b>ARTHUR A. MATTHEY</b>	
La Bella Julia, un tomo.....	1,50
La Virgen Viuda, un tomo.....	2
<b>EMILE RICHEBOURG</b>	
La Señora del Velo Negro, un tomo.....	2
Juan Lobo.....	3
<b>JULES CLARETIE</b>	
El Tren 17, un tomo.....	2
<b>PONSON DU TERRAIL</b>	
El Diamante del Comendador, un tomo.....	1,50
<b>XAVIER DE MONTÉPIN</b>	
Su Majestad el Dinero, cinco tomos: cada uno..	1,50
Su Alteza el Amor, seis tomos: cada uno.....	1,50
La Hija de Margarita, seis tomos: cada uno....	2,50
Madame de Trèves, un tomo.....	3
El último Duque de Hallali, dos tomos: cada uno	1,50
Una nueva Bailarina, un tomo.....	2
Simona y Maria, tres tomos: cada uno.....	2
El Proceso de Saint-Maixent, un tomo.....	2
La Condesa de Rahón, un tomo.....	2
La Confesión de un Bohemio, un tomo.....	3
El Vizeconde Rafael, un tomo.....	2
La Fatalidad, un tomo.....	1,50
La Venganza del Vizeconde, un tomo.....	2,50
El Chalet de las Lilas, un tomo.....	2,50
El Secreto de la Condesa, un tomo.....	2,50
Pivoine, un tomo.....	1,50

EN PREPARACIÓN

El Secreto del Titán, de X. Montépin.  
Una pasión, de X. de Montépin.  
Las dos Marquesas, de E. Richebourg.

ADOLPHE BELOT

LA

VENUS NEGRA

[traducida]

POR

E. PASTOR Y BEDOYA



Apdo. 1625 MONTREY, MEXICO

MADRID

TIPOGRAFÍA HISPANO-AMERICANA

68 - Calle de Atocha - 68

1884

85788

29754

843

PQ 2193

B.

.B7

VH 82



Es propiedad. — Queda hecho el depósito que marca la ley.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

## LA VENUS NEGRA\*

### I

Recordarán nuestros lectores que en el mes de Marzo de 1873, el conde de Pommerelle hizo una visita al doctor Desrioux y lo halló en un estado de violenta desesperación.

El joven médico acababa de perder á su madre, á quien adoraba hasta el punto de haber sacrificado su amor por la señora de Guéran, sus proyectos de viaje con ella y sus esperanzas más halagüeñas.

Se precipitó en los brazos del conde, y le dijo:

—Es preciso que vele aún; todavía no está enterrada... pero mañana, mañana... venid en mi busca... Llevadme lejos, muy lejos... ¡Ah! no podré permanecer aquí... lo comprendo.

—Soy todo vuestro —le había respondido el señor de Pommerelle, —é iré donde queráis.

Se vieron en el entierro de la señora Desrioux. De la casa mortuoria fueron á la igle-

\* Los episodios que anteceden á la VENUS NEGRA son: *La Sultana Parisiense* y *La Fiebre de lo desconocido*. (N. DEL A.)

sia, y de ésta al cementerio del Père Lachaise. El conde se confundió entre la multitud de parientes y de amigos que habían acudido á demostrar al doctor la simpatía que le profesaban; pero cuando los asistentes, después de haber estrechado la mano del señor Desrioux, subieron á los coches ó se diseminaron por las largas calles del cementerio, el señor de Pommerelle fué á ocupar el puesto que le correspondía al lado del doctor por la amistad que los unía desde hacía algunos meses, y las palabras cambiadas entre ellos la víspera.

—En virtud de los poderes que me habéis dado, me apodero de vos—dijo el conde.

Y, en efecto, entrelazó su brazo con el del señor Desrioux, y le condujo lejos de donde el desgraciado permanecía de pie, silencioso y con la mirada fija.

Llegados que fueron á la puerta del cementerio, le hizo subir en un coche, que al cabo de media hora les dejaba delante de un pequeño hotel situado en la avenida Montaigne.

El señor Desrioux bajó maquinalmente del coche, y atravesando la verja penetró con su compañero en un salón de la planta baja. Parecía no darse cuenta del trayecto que había recorrido ni de los movimientos que hacía. Se hubiera dicho al verle que su espíritu, para hacer compañía á su madre, se había encerrado en el ataúd y se hallaba bajo tierra, y que su corazón había volado al cielo con el alma de su querida difunta.

El conde creyó deber hacerle salir de aquel estado de letargo moral. Se colocó enfrente

del señor Desrioux, le tomó las dos manos y le obligó á que le mirase.

—Habéis cumplido—le dijo—los deberes de médico y de hijo; habéis luchado y habéis sido vencido por la muerte. Ahora, ¿qué vais á hacer?

El señor Desrioux le miró, sin entenderle ni comprenderle; pero como el señor de Pommerelle repitiese su pregunta, contestó:

—¿Que qué voy á hacer?—exclamó:—no lo sé... no lo sé...

—Yo lo sé—dijo el conde con resolución.—Vais á uniros á la que después de vuestra madre amáis más en el mundo, al lado de quien podréis, no olvidar, pero sí sufrir menos cruelmente. Vais á marchar á Africa y tratar de buscar á la señora de Guéran.

—¡No, no! no hablemos de ella en este momento—exclamó el señor Desrioux;—no tengo derecho... debo concretarme enteramente al recuerdo de mi madre... Todo mi pensamiento le pertenece, y no puede compartirse con nadie.

—La señora de Guéran ¿no era simpática á vuestra madre?—preguntó el conde.

—¡Oh, sí, muy simpática!

—Entonces—continuó el conde,—¿qué falta cometéis ocupándoos de la que habéis perdido? Es rendir culto á los muertos, pensar y ocuparse de aquellos que ellos han amado. ¿No me habéis dicho también que la señora Desrioux había sentido veros quedar en París á su lado y que hubierais rehusado ser el compañero de la señora de Guéran?

—Sí, sí; en su sublime abnegación quería obligarme á partir, y repetía sin cesar: «Ve, ve, querido hijo, acompaña á esa adorable criatura; no soy celosa; la quiero como á una hija; yo me cuidaré durante tu ausencia; no haré ninguna imprudencia; á tu vuelta me hallaras en mi sillón, cerca de la ventana, sonriente, esperándote con los brazos abiertos.» ¡Ah! he hecho bien en no escucharla, pues no la hubiera hallado, y ella no me hubiera tenido á su cabecera, con lo cual tal vez sus últimos momentos hubieran sido desesperados.

—¡Sea! Convengo que habéis hecho bien en quedaros; pero hoy haréis bien en partir, porque es el solo remedio á vuestro mal. ¿No es este vuestro modo de pensar? ¿No habéis dicho que os llevase lejos de aquí, muy lejos?

—Sí... Tal vez tenga la fuerza de seguiros, de dejarme guiar; pero solo siento que no tendré valor, en este momento al menos, para no volver á ver los sitios en que ella ha habitado tanto tiempo, y alejarme de esta tumba, en donde acabamos de depositarla.

—¿Quién os habla de que viajéis solo?— preguntó el señor de Pommerelle.—¿Por qué suponéis que yo quiera abandonaros?

—¿Cómo!— dijo el doctor sorprendido;— ¿iriais á Africa?... ¡vos, vos!

—¡Sí, iré á Africa! Cuando se ha ido hasta Mónaco, como yo, es uno capaz de todo. Además, ¿no debíamos ya haber partido? Nuestro viaje ¿no estaba ya preparado?

—Lo habíamos proyectado una noche de exaltación pasajera; pero al día siguiente,

tranquila la razón, quedaron destruidos aquellos proyectos, y libres ambos de todo compromiso.

—Decid mejor, amigo, que sois vos quien no ha sostenido lo que convinimos.

—Es verdad; pero confesad francamente que, si yo hubiera partido, ¿me habriais seguido?

—No, porque entonces motivos menos graves que los vuestros, pero importantes para mí, me retenían aquí. Estos motivos han desaparecido, y con ellos el placer de los botulvares, el poco deseo de viajar que he demostrado para tratar de disimular las ligaduras que me obligaban á habitar el suelo parisién. No os haré la ofensa de comparar vuestro justo dolor á ciertas penas que yo acabo de experimentar; pero si aún estáis destinado á sufrir más, al menos no corréis ningún peligro, y vuestro porvenir y vuestra felicidad no se hallan amenazadas. A mis disgustos, por el contrario, se unen serios temores; tiemblo el sucumbir á una tentación ridícula, cometer un acto de incalificable debilidad; en fin, como no tengo secretos para vos, os diré que tal vez me vea obligado á unirme con una persona encantadora, pero con quien no se puede unírsele. De modo que partamos, pero partamos pronto, querido amigo; vos con el propósito de salvaros de la desesperación, y yo para evitarle un acto casi deshonesto. Os conduciré allí, á la mujer que amáis y que es digna de vuestro amor, y vos me llevaréis lejos de la mujer que odio, que adoro, y á quien

temo sobre todo. No es mucho dejar la Francia, poner por medio el Mediterráneo y la mayor parte del Africa entre ella y yo. Sé perfectamente que en aquel país tal vez deje la vida; pero esto es poco al lado de todo lo que seguramente perdería aquí. Por cruel que sea el Africa, siempre me tendrá alguna consideración, de lo cual es incapaz la rubia de que os hablo. Prefiero ser devorado físicamente por las Niams-Niams, que moralmente por este antropófago del boulevard Haussmann. En fin, me siento capaz de las mayores extravagancias para alejarme de ella; no emprenderé ningún viaje bastante largo, pues escalaría la luna si ésta no se hallase á distancia tan respetable.

El señor de Pommerelle concluyó de hablar, esperando el efecto de su monólogo.

Al cabo de un instante, el señor Desrioux se levantó y le tomó la mano.

—¿Cuándo nos vamos?—dijo.

—Cuándo queráis—respondió el conde;—lo antes posible será lo mejor para vos y para mí y para nuestros amigos si corren algún peligro en aquel país.

—Soy de vuestra opinión. No obstante, tenemos que hacer nuestros preparativos.

Los haremos en Africa, en el puerto que desembarquemos. Llevaremos dinero, mucho dinero, y todas las dificultades serán vencidas. Acordáos que Stanley, que no pensaba más que en Livingstone, se decidió en veinticuatro horas á buscarlo.

Demostremos á los americanos que sabe-

mos, cuando la ocasión se nos presenta, ser tan expeditivos como ellos resueltos.

—¡Sea! Pero no sólo se trata de ir á Africa, sino de que sea útil el viaje. ¿En qué punto desembarcaremos? Creyendo lo más prudente, ¿tomaremos el camino que han seguido nuestros amigos?

—No, por cierto—dijo el señor de Pommerelle,—porque de ese modo sería el medio de no encontrarlos nunca, puesto que llevan seis meses de delantera. ¿Recordáis su última carta? Nos decían: «Si en vez de los informes que acerca del señor de Guéran nos dieron en Khartoum, nos los hubieran dado en Francia, nuestro itinerario hubiera sufrido una gran modificación; y en el caso que el señor de Guéran hubiera conseguido pasar la frontera de los Mombouttous, íbamos simplemente detrás de él, sin esperanza de alcanzarle. Por el contrario, penetrando en Africa por Zanzíbar, y dirigiéndonos al Noroeste, hacia los lagos Victoria y Alberto, debíamos encontrarle, porque vamos en sentido inverso; si fuera posible volver á empezar, empezaríamos por Zanzíbar.

De modo, querido amigo, que nosotros haremos aquello que no han podido hacer nuestros amigos, y nos aprovecharemos de su experiencia; su razonamiento, á propósito del señor de Guéran, debe también aplicarse á ellos, puesto que ellos siguen la misma ruta. En el Cairo, en Khartoum, en el país bañado por el Nilo Blanco y la ribera de las Gacelas, les han visto pasar, pero no podrán decirnos

adónde han ido. A todas nuestras preguntas nos responderán lo que ya sabemos por sus cartas: «Se dirigen hacia el Sudeste.» En Zanzibar, por el contrario, le hallaremos disponiéndose á embarcarse para volver á Europa.

—Esas ideas son muy oportunas—dijo el señor Desrioux,—y acepto vuestro itinerario.

—¿Aprobáis también todas las disposiciones que voy á tomar para nuestra próxima marcha?

—Sin duda, y os doy plenos poderes.

—Entonces voy á tomar nuestro pasaje sobre el primer vapor que salga de Marsella con destino al mar de las Indias. He viajado tanto con vos por el mapa durante seis meses, que conozco el terreno como si lo hubiese andado.

II

Mientras que los dos amigos, el doctor Desrioux y el conde de Pommerelle se disponían á partir para el Africa Ecuatorial, la caravana europea, que hemos seguido hasta aquí, y que en la actualidad se hallaba escoltada por los soldados de Mounza, rey de los Mombouttous, se dirigía á las regiones inexploradas. Reproducimos los apuntes de la expedición, redactados por el señor Periéres.

«¡Cuando pienso que nos quejábamos de la lentitud con que marchaba nuestra caravana! Andábamos entonces, por término medio, cuatro ó cinco leguas por día, y en sitios explorados hemos hecho hasta cinco y seis, y hoy, con los soldados de Mounza, apenas si avanzamos de seis á ocho millas inglesas en veinticuatro horas.

Es verdad que nos hallamos en medio de varias corrientes sin nombre.

La temporada de las lluvias, próxima á concluir, parece querer dejar recuerdo de su paso en las regiones ecuatoriales, aumentando los afluentes. La mitad del tiempo no andamos sino por pantanos. Si hallamos una verdadera ribera, como la de Gadda, por ejemplo, pasamos toda la mañana en transportar los efectos de la caravana de una orilla á otra. Los bateleros no faltan; á la orden de Mounza llegan en gran número, poniendo á nuestro servicio sus piraguas y enormes árboles que cortan, con los que forman balsas ó puentes volantes.

Cuando se trata de atravesar un bosque, la marcha es aún más lenta, pues sucede á veces que en toda una tarde apenas se anda una legua. Las tropas se ven obligadas á abritse paso á hachazos, pues tal es la frondosidad de la selva, el espesor de los árboles y de las ramas, que no se puede dar un paso. No obstante las dificultades, que sin cesar se renuevan, en nuestro camino á través de los bosques, si no del todo vírgenes, al menos poco explorados, y no obstante el calor húme-

do que nos sofoca en algunos momentos, del día no puede uno menos que detenerse y admirar cuanto le rodea.

Como es difícil vigilar la tropa de Mounza y hacerla marchar en buen orden en aquel laberinto, aprovecha la situación para buscar entre las asperezas su alimento y cazar lo que se come y lo que no se come. Esta tropa, compuesta de veinte á treinta hombres, ataca á los chimpazás, animaluchos que son los habitantes de estas selvas, y para ellos delicioso manjar.

Los soldados en los pueblos se olvidan fácilmente de sus fatigas, gracias á las mujeres, que se precipitan en tropel para ofrecerles la hospitalidad más ilimitada. El relajamiento de las costumbres en el reino de Mounza es excesivo, como ya ereo haberlo dicho, y con excesivo trabajo es como puede hacerse salir de aquellos pueblos encantadores á los soldados.

No obstante, á fuerza de luchar contra la naturaleza y contra las pasiones humanas, salvamos el espacio que nos separaba del distrito de Degberra, el cual salió á nuestro encuentro.

Si Mounza se había excusado de informarnos con respecto á su hermano, Nassar nos hizo de este africano un triste retrato. Degberra es un parricida. Su padre le molestaba hacía largo tiempo, y lo hizo asesinar, creyendo que de este modo subiría á gobernar á los Mombouttous. Pero Mounza, á la muerte de su padre, se apresuró á subir al trono va-

cante é hizo de su hermano un simple lugarteniente ó virey.

Lo cual nos permite suponer que nuestro amigo Mounza ignoraba este asesinato, puesto que, una vez en el poder, no creyó oportuno desembarazarse de su hermano. El parricida no se hubiera detenido por tan poca cosa, y por exceso de sensibilidad no hubiera retrocedido delante de un fratricidio que estaba indicado. Pero sabiendo que su hermano Degberra era envidioso y ambicioso, le colocó en situación de que no le pudiese perjudicar; y conociendo la vivacidad de sus pasiones, le envió como regalo las más bonitas Mombouttas del reino. Degberra poseyó bien pronto un harém de los más numerosos y más escogidos, ocupándole éste de tal modo, que se olvidó de hacer política.

Hoy es un hombre afeminado, sin energía, incapaz de hacer frente á su señor, que le inspira profundo terror.

La entrevista de los dos hermanos, que tuvo lugar en nuestra presencia, fué indiferente en cuanto á ellos; pero de lo más interesante para nosotros, pues traducida en seguida por Nassar tenía tal importancia, que la transcribo casi textual.

—¿Por qué llevas ese traje?—dijo el rey á su lugarteniente.—Sabes que en mi reino todos mis súbditos, grandes ó pequeños, deben tener el mismo traje.

Mounza, habiendo observado que su hermano llevaba una especie de turbante de seda, y que sus pies descansaban en unas babuchas

orientales, trató de hacer recaer la conversación, á propósito de lo que le interesaba.

Degberra, tímido hasta el exceso delante del rey, y tartamudeando, dijo que tenía aquellos objetos por habérselos regalado Abd-es-Samate.

—No es verdad—dijo bruscamente Mounza.—Los tienes de un hombre blanco que pasó por tu distrito hace largo tiempo, y del cual nunca me has hablado, y ahora quiero que lo hagas.

Cogido de improviso, no sabía qué responder el virey; se volvió hacia sus oficiales, como si quisiera interrogarles; pero el soberano de los Mombouttous dió á sus propios oficiales y á los de Degberra la orden de que se retiraran.

No nos explicábamos esta maniobra, pero pronto nos pareció excelente é ingeniosa. Con efecto, si á Degberra le hubiera dado por decir una mentira, todos la hubieran repetido y afirmado, y Mounza no hubiera sabido la verdad. Para conocer ésta, iba á hacer hablar al acusado, y en seguida á interrogar á los testigos: un juez de instrucción y un presidente de sala de lo criminal no procederían con más acierto.

—Responde—dijo el rey de los Mombouttous á su hermano, cuando éste quedó solo delante de él.—Un extranjero ha residido en tus Estados, sin que yo lo haya sabido. Dame, respecto de él, toda clase de detalles, y te perdonaré.

—Interroga, y yo responderé—dijo Degberra.

—¿En qué época fué el viaje de este hombre blanco?

Degberra hizo esperar la respuesta. Los negros más inteligentes se dan difícilmente cuenta del tiempo. Después de grandes esfuerzos, el virey dió bien claramente para nosotros la fecha en que el señor de Guéran había pasado por su distrito, la cual confrontaba perfectamente con las indicaciones de Nassar y la fecha de la carta, de que era depositario.

Este primer punto establecido, Mounza hizo nuevas preguntas.

—Dime las señas del hombre blanco—dijo á su hermano.

Esta pregunta nos produjo cierta impresión, porque habíamos señalado al señor Guéran como padre y no como marido. Si declaraban que era joven, Mounza podía concebir sospechas y descubrir la verdad. No obstante que cuando se trata de la edad de un hombre en los pueblos ecuatoriales, diferencia mucho de nosotros; para ellos es viejo á los cincuenta años, y como el barón de Guéran había cumplido los cuarenta en 1872, Degberra no pensaría en tomarlo por joven.

Las señas que dió fueron conformes á las que nos dió la señora de Guéran, y la emoción de nuestra compañera fué extremada. Su mirada llorosa, su palidez, la expresión de su fisonomía la hacían traición. Mounza observaba; si aún tuviese dudas, se hubieran desvanecido y habría obtenido la seguridad que ella iba en busca de una persona querida, de la cual acababa de hallar la traza.

Así es que el interrogatorio continuó con mayor interés.

—¿De dónde venía el extranjero?—preguntó el rey.—¿Había atravesado mis dominios antes de llegar á tu distrito?

—No—respondió Degberra, que hacía grandes esfuerzos para recordar lo que había pasado;—no se dirigió á la parte occidental de tu imperio; venía del Norte, y para dirigirse al Sur había atravesado el territorio de los Mondous y las montañas al Este de tus Estados.

Aquellas palabras venían á confirmar las de Nassar; sus afirmaciones, aun sus suposiciones, eran casi ciertas.

—¿Y por qué—preguntó el rey con voz severa—no me has hecho saber la llegada á tu departamento de un hombre blanco?

Degberra titubeó para contestar; pero su hermano le lanzó una mirada que le obligó á responder:

—Me suplicó que no te lo avisara; te temía porque habías prohibido á otro viajero que penetrara en el Sur.

—¡Mejor dirás—exclamó Mounza—que ha pagado tu silencio y tu traición! Te haces pagar un tributo por los extranjeros, y por no compartirlo conmigo me ocultas su estancia en tu distrito; pero ya te he dicho que te perdonaré si me dices la verdad. ¿Cuánto tiempo permaneció en tu distrito el viajero?

—No lo recuerdo—dijo Degberra;—me parece que de una á otra luna.

—Su caravana ¿era numerosa?

—No; durante su estancia entre los Zandés la viruela ha hecho grandes estragos entre sus soldados y sus guías.

—¿Parecía tener buena salud?

—Sí, desde que se hallaba en nuestros Estados, porque las lagunas de los otros pueblos le habían causado fiebre.

Todas las preguntas que siguieron se hicieron esperar largamente, y las respuestas fueron aún más lentas.

—Al menos ¿le has tratado bien?

—Le he recibido en mi palacio; se ha divertido mucho con mi harém, haciendo sonar un instrumento musical que traía de su país.

Aquellos datos eran preciosos. En efecto, la señora de Guéran había sabido que su marido, al momento de partir para Africa, había comprado en casa de un fabricante en París una gran caja de música, é indudablemente era de aquel instrumento del que hablaba Degberra. El barón, aprovechando la experiencia adquirida en sus anteriores viajes, quería por medio de la música hacerse simpático á los Africanos.

En fin, Mounza creyó que había llegado el momento de abordar la cuestión importante para él y para nosotros, puesto que iba á decidir de nuestro porvenir.

—¿De qué lado—preguntó de pronto á su hermano—se ha dirigido el hombre blanco el día que se separó de tí? ¿Qué camino ha seguido?

Trémulos y ansiosos esperábamos la respuesta de Degberra.

esta ligera amenaza producido un gran efecto, más seguro con esto de que dirían la verdad, que prestando el juramento, como entre nosotros se hace con los testigos, para interrogarlos unos después de otros.

El miedo que inspiraba el rey, á quien juzgaban inexorable, avivó la memoria de los más rehacios, disponiéndose á decir la verdad y confirmar una vez más los datos facilitados por su jefe.

Hicieron algo más que confirmarlos, pues en cierto modo los completaron y evidenciaron un punto hasta entonces oscuro, disipando una duda que nos atormentaba y que habíamos comunicado á Mounza.

En efecto, se explicaba difícilmente que Degberra hubiera dejado al señor de Guéran partir para el Sud simplemente, porque éste le había pagado un tributo y hecho varios regalos. La rapacidad del virey era notoria, y su mala fe también: hubiera recibido el tributo y los regalos, y después hubiera prohibido al señor de Guéran que continuase su camino. Iniciado desde largo tiempo en la política de su hermano, con respecto á los extranjeros, participando de sus terrores al verlos establecer tiendas en los pueblos del Ecuador, se hubiera guardado bien para sostener su palabra frente á frente de un extranjero, de disgustar á un amo poderoso y temido; pero gracias á las revelaciones de los que le rodeaban, sabíamos ahora, ó más bien lo adivinábamos, por qué había concedido graciosamente al señor de Guéran el derecho de pasaje.

El barón, mientras que su caja de música hacía las delicias de la corte, se había entretenido en estudios fisiológicos, por los cuales comprendió que Degberra era de carácter enamorado, ligero, y que ardía en el deseo de rejuvenecerse y renovar su harém. Al mismo tiempo, los relatos que han llegado hasta nosotros, y de los cuales ya he referido algo, circulaban más precisos en derredor del virey: se hablaba á cada instante de un país situado al pie de las montañas, y donde todas las mujeres eran mucho más bellas que las del país de los Momboutous. El señor de Guéran comprendió el partido que podía sacar de aquellas noticias, tal vez inexactas, pero á las cuales Degberra rendía fe. Sin darse cuenta de ello, imitó á Mounza, halagando las pasiones de Degberra, y consiguió hacer nacer en él el deseo de ver afluir á su harém las hermosas criaturas de que se hablaba.

Acrecentó hábilmente sus deseos, y cuando comprendió que ya era tiempo, se ofreció para hacer una expedición hacia el Sur, hacer allí una razzia de mujeres, trayéndolas prisioneras al Norte, para cambiarlas después por dientes de marfil. Esta proposición agradó á Degberra, y creyendo en las promesas del hombre blanco, le dejó marchar acompañado de una escolta que debía vigilarle, y en caso necesario, hacerle volver á la fuerza; pero llegados al país de los Domondeus, el señor de Guéran no tardó en desembarazarse de su escolta y continuar solo su camino para no volver.

Tales fueron próximamente las revelacio-

nes que nos hicieron, y á las cuales era imposible no dar fe, pues los datos suministrados por los ministros y los principales oficiales, compaginaban con los de Degberra y Nassar.

Nos hallábamos satisfechos: el rey de los Membouttous se había admirablemente conducido en las funciones de juez instructor, y creímos de nuestro deber testimoniarse nuestra satisfacción y darle las gracias.

Según todos los datos, en el mes de Febrero del año precedente, el señor de Guéran se había internado en las regiones inexploradas que terminan en las Montañas Azules.

¿Habría sido asesinado por los pueblos á los cuales no le había seguido la escolta? ¿Habría muerto de enfermedad ó de cansancio en ese territorio tan próximo al Ecuador? ¿Estaría prisionero? O tal vez, habiendo llegado á las Montañas Azules, habría conseguido franquearlas y hallarse ya en los caminos expeditos. En este caso, podía haber llegado á Zan-zíbar, embarcarse para Europa, y hallarse esperando tal vez en París á la señora de Guéran.

Todas estas hipótesis, ahora admisibles, no podían ejercer ninguna influencia en nuestro itinerario: ya fuese que continuásemos en busca de nuestro compatriota, ya que volviésemos á Francia, no podíamos, en vista de las condiciones en que nos hallábamos, más que seguir el camino que se nos había indicado.

Esto parecía convenir al rey de los Membouttous, y era un gran punto; al Sudeste iba á hallar pueblos, en los cuales ya había hecho

diversas fechorías, y en los que se disponía á continuarlas este año para completar sus provisiones de cabras y bueyes, animales que no se hallaban en sus estados. No abandonando, por decirlo así, sus costumbres, sus tropas le seguían sin sorpresa, pues los negros, por mucha que sea su inteligencia, no se preocupan pensando en el porvenir.

No hicimos una larga estancia en el distrito de Degberra. El rey demostraba tener poca simpatía por su hermano, y deseaba separarse de él lo antes posible, y al propio tiempo era demasiado prudente para dejar á sus tropas entregadas á las seducciones de aquel país.

Las tropas se pusieron en marcha á los gritos, mil veces repetidos, de *Ponchio, ponchio!* lo cual quiere decir: «¡Carne, carne!» Marchaban, en efecto, contra los poseedores de innumerables rebaños, y á defecto de cabras y bueyes, perseguían enemigos buenos para comidos.

Después de haber celebrado un consejo con Mounza, decidimos que el ejército se dirigiera hacia el Kibali. Este río tiene su nacimiento, según nuestros informes, en las Montañas Azules, y si conseguíamos no perderle de vista, nos indicaría nuestra ruta y nos conduciría, por decirlo así, como de la mano.

También se convino que en todo el trayecto que recorreríamos interrogáramos á los jefes de las tribus, como habíamos interrogado á Degberra. El rey contaba tener noticias por uno de sus más poderosos aliados, el soberano de los Maoggous ó de los Maleggas, no ocul-

tándonos que sentía no poderse aventurar á más distancia, en el caso que en este último punto no hallásemos al que buscábamos.

Nuestro itinerario no nos ha permitido atravesar en línea recta el territorio de los enanos Akkas, que Delange, viajero incansable, deseaba mucho ver. Pero costeamos sus fronteras occidentales, y como los habitantes de esta región son aliados y tributarios de Mounza, hicimos conocimiento con varios tipos de esta curiosa y pequeña raza.

Schweinfurth, que los ha visto en la corte de Mounza, y no como nosotros en su territorio, se pregunta si los Akkas no son los famosos Pigmeos de que habla Herodoto. No llega á formarse una idea exacta respecto de ellos; pero cree poder afirmar que este pueblo no está aislado en el Africa ecuatorial, y cuya raza se halla aquí y allí desde el Océano Indio al Atlántico. Yo creo que el viajero alemán tiene razón: la tribu de cazadores nómadas de que habla Du Challu, cuya talla no excede de un metro treinta y nueve centímetros, no difiere de los Akkas más que en el cuerpo, que es extremadamente velloso.

Schweinfurth refiere de la manera que conoció los Akkas en estos términos:

«Una mañana oí exclamaciones; indagué y supe que Abd-es-Samate se había apoderado de un enano de la comitiva del rey y que me lo traía. No obstante la activa resistencia del cautivo, vi, en efecto, que Samate llegaba, trayendo á la espalda una extraña criatura, cuya cabeza se agitaba convulsivamente y cu-

ya mirada denotaba el terror. Depositó su carga en el sitio preferente, y el intérprete real se aproximó. Yo tenía delante de mi vista una encarnación viviente de ese mito que data de millares de años.»

El viajero europeo le hizo diversas preguntas; pero bien pronto le fastidió aquel interrogatorio, y el hombrecillo, dando un salto prodigioso, emprendió la huida; fué seguido, y lo detuvieron. A fuerza de regalos lograron triunfar de su impaciencia, y concluyeron por conseguir que hiciese algunos pasos de su danza guerrera. El intérprete afirmó que los Akkas cruzan los grandes prados saltando como los saltamontes, que se aproximan al elefante, le plantan una flecha en el ojo y lo despachan en seguida de un golpe de lanza. Nosotros no les hemos visto hacer esta operación con los elefantes; pero hemos visto á José, pues este fiel servidor se halla predestinado á todos los accidentes, y como premio por sus servicios voy á consagrarle una media página.

Habíamos sido alcanzados el 20 de Julio por un destacamento de los Akkas, que habían aprovechado el paso de Mounza por sus

tándonos que sentía no poderse aventurar á más distancia, en el caso que en este último punto no hallásemos al que buscábamos.

Nuestro itinerario no nos ha permitido atravesar en línea recta el territorio de los enanos Akkas, que Delange, viajero incansable, deseaba mucho ver. Pero costeamos sus fronteras occidentales, y como los habitantes de esta región son aliados y tributarios de Mounza, hicimos conocimiento con varios tipos de esta curiosa y pequeña raza.

Schweinfurth, que los ha visto en la corte de Mounza, y no como nosotros en su territorio, se pregunta si los Akkas no son los famosos Pigmeos de que habla Herodoto. No llega á formarse una idea exacta respecto de ellos; pero cree poder afirmar que este pueblo no está aislado en el Africa ecuatorial, y cuya raza se halla aquí y allí desde el Océano Indio al Atlántico. Yo creo que el viajero alemán tiene razón: la tribu de cazadores nómadas de que habla Du Challu, cuya talla no excede de un metro treinta y nueve centímetros, no difiere de los Akkas más que en el cuerpo, que es extremadamente veloso.

Schweinfurth refiere de la manera que conoció los Akkas en estos términos:

«Una mañana oí exclamaciones; indagué y supe que Abd-es-Samate se había apoderado de un enano de la comitiva del rey y que me lo traía. No obstante la activa resistencia del cautivo, vi, en efecto, que Samate llegaba, trayendo á la espalda una extraña criatura, cuya cabeza se agitaba convulsivamente y cu-

ya mirada denotaba el terror. Depositó su carga en el sitio preferente, y el intérprete real se aproximó. Yo tenía delante de mi vista una encarnación viviente de ese mito que data de millares de años.»

El viajero europeo le hizo diversas preguntas; pero bien pronto le fastidió aquel interrogatorio, y el hombrecillo, dando un salto prodigioso, emprendió la huida; fué seguido, y lo detuvieron. A fuerza de regalos lograron triunfar de su impaciencia, y concluyeron por conseguir que hiciese algunos pasos de su danza guerrera. El intérprete afirmó que los Akkas cruzan los grandes prados saltando como los saltamontes, que se aproximan al elefante, le plantan una flecha en el ojo y lo despachan en seguida de un golpe de lanza. Nosotros no les hemos visto hacer esta operación con los elefantes; pero hemos visto á José, pues este fiel servidor se halla predestinado á todos los accidentes, y como premio por sus servicios voy á consagrarle una media página.

Habíamos sido alcanzados el 20 de Julio por un destacamento de los Akkas, que habían aprovechado el paso de Mounza por sus

limites para venir á saludarle y pagarle su tributo anual. Después que la ceremonia de audiencia fué terminada, los Akkas, deseosos también de ver á los blancos, al propio tiempo que nosotros sentíamos el deseo de ver á los pigmeos, se dirigieron á nosotros.

Primero con una timidez salvaje, hasta que poco á poco se fueron familiarizando con nosotros, y el señor de Morin aprovechó sus buenas disposiciones de afabilidad para hacer el retrato de varios de ellos, mientras que yo consignaba en mi cartera las notas siguientes: cabeza gruesa, cilíndrica, sobre un cuello delgado y flexible, estatura un metro treinta y cinco centímetros á un metro cuarenta centímetros, brazos largos, pecho abultado, naciendo en el cuello y llegando hasta un vientre enorme, más bien panza que vientre, rodillas gruesas y huesosas, manos finas, de una perfección que envidiarían los europeos; el centro de gravedad no existe por la deformidad del vientre; cráneo ancho, presentando un hundimiento al nacimiento de la nariz, frente espaciosa, mandíbulas puntiagudas, cabellos cortos, sin barba, no obstante la leyenda, que pretende que los Akkas tienen grandes barbas blancas que llegan hasta las rodillas. Después de haber trazado este retrato, añadí estas palabras: no obstante todas estas imperfecciones, estos personajecillos no se parecen en nada á los que existen entre nosotros. Su deformidad es natural, per decirlo así, porque no es el resultado de ningún accidente ni de un fenómeno particular.

Guardé mi cartera, y cumplimenté en lo posible á nuestros visitantes, para dejarles un buen recuerdo de los famosos hombres blancos, cuyo renombre había llegado hasta ellos. El señor Delange se dedicó á estudiarlos concienzudamente bajo el punto de vista frenológico, y la señora Poles, muy severa para las mujeres y siempre indulgente con nuestro sexo, tomó aquellos personajes en serio y los halló muy bellos en su género, ensalzando la vivacidad de su mirada.

No obstante el interés que nos inspiraban los Akkas, abusando de la simpatía que les demostramos, acabaron por ser indiscretos, y nos vimos obligados á separarnos de ellos, dejándoles entre nuestros servidores. Entonces José, saliendo del sitio donde se hallaba relegado, creyó que debía entrar en escena. Lleno de importancia y de pretensión, como siempre, enfatuado de sus méritos, orgulloso de sus ventajas físicas y creyéndose superior á todos los Africanos reunidos, en su cualidad de hombre blanco se puso á pasar revista á los Akkas.

Se paseaba en medio de ellos, retorciéndose los bigotes, mirando de alto á bajo aquellos pequeños seres; la mayor parte tenían la talla de un niño de diez años. De tiempo en tiempo detenía su paseo, á fin de dirigir una mirada burlona á los que le rodeaban y algunas sonrisas protectoras, haciéndoles un carifito con la mano.

Bien pronto varios Akkas, tal vez hombres graves, comprendieron que el hombre se bur-

laba de ellos, y dieron señales de impaciencia. José no se aperebió, y no contentó con reirse, quiso jugar con sus pequeños compañeros, como un maestro juega con los pequeños del pueblo. La diversión que inventó no fué muy acertada; imaginó, á imitación de Gulliver, erigirse en arco de triunfo y hacer pasar por entre sus piernas á los nuevos liliputienses.

Varios de entre ellos, de humor complaciente, se prestaron á este ejercicio; pero de pronto un hombre de una treintena de años, irritado de verse tratado como si fuese un chiquillo, en vez de pasar por el arco de triunfo, dió un salto, subiendo á la espalda de José, echándole los brazos al cuello y mordiéndole hasta el punto de hacerle sangre.

El dolor fué agudo, pero no podía compararse con el temor que se apoderó de José; este ataque imprevisto, este mordisco le hicieron aparecer en su imaginación todos los espectros de canibales. Los enanos Akkas, que creía inofensivos, desaparecieron; y vió ponerse delante de él gigantescos antropófagos que se lo iban á comer.

Empezó á dar voces, demandando perdón; pero el pigmeo se hallaba muy bien sobre José, mientras sus compañeros, con las manos puestas sobre el vientre, reían con toda su fuerza, como ellos habían visto que se reía José.

Más nuestro servidor se desmandaba, y más hacía para hacer caer al Akka, éste se afianzaba más con sus brazos al cuello de José, sirviéndose de él como de una cabalgadura,

aguijoneándole con los talones, obligándole á correr y deteniéndole, según su deseo, apretándole el cuello ó mordiéndole con más frenesí.

José había querido divertirse con ellos; ¿de qué podía quejarse? Jugaban al caballo, y él era la bestia, y el Akka el jinete.

¡Y qué jinete! Imposible era desmontarlo. Su montura se tiró al suelo, á fin de cogerle debajo; pero éste supo dar la vuelta y montarse en el vientre, y cuando José se levantó, el Akka le hizo frente, clavando su mirada en él y enseñándole sus puntiagudos dientes.

A los gritos de José, acudieron varios soldados Mombouttous. Se dieron cuenta de lo que pasaba, y como habían tal vez pensado en un día de hambre comerse á José, le salvaron de entre las manos de los enanos.

Al día siguiente de este accidente, José tuvo una fiebre terrible, acompañada de convulsiones. En medio de su delirio no cesaba de repetir que había sido mordido por un perro rabioso, y gritaba: «Retiráos, retiráos; os voy á morder.»

Sin temer á la hidrofobia, que es casi desconocida en Africa, el doctor Delange fué por un instante sorprendido de la violencia de aquel delirio; pero Nassar nos dijo que la enfermedad de que se hallaba atacado José, era acompañada en aquellos climas del *Kih-yoma*.

Los brujos y fetiches que seguían al ejército vinieron á ofrecer sus servicios al enfermo, á los cuales despedimos después de mil cum-

plidos y hacerles pequeños regalos, porque en Africa no hay que indisponerse con aquellos charlatanes, que á veces suelen tener más poder que los monarcas mismos.

Delango fué muy suficiente para cuidar á nuestro imbécil criado; pero aunque estaba curado, no le corrigió, y le sucedieron varios accidentes.

2 Agosto.—Nos hallamos en país enemigo, entre los Domondous. Los habitantes han huído á nuestra llegada, abandonando todo lo que poseen á la rapiña, y sobre todo á la voracidad de los Mombouttous. Estos cogieron los volátiles, las cabras, las perlas de vidrio, marfil, las pieles, telas, tabaco; aquella era una verdadera campaña de merodeadores.

Mounza iba casi siempre á nuestro lado, grave, taciturno, no tomando parte en los desórdenes de su tropa, pero no haciendo tampoco nada para impedirlos.

—Si les prohibo el pillaje—dijo un día á la señora de Guéran,—me creerán loco y no me seguirán; por lo cual, siendo en provecho de los hombres blancos, no debo en estos momentos ocuparme de modificar las costumbres de mis soldados.

Esto era muy prudente, y hubiera podido añadir que las costumbres africanas se modifican muy difícilmente.

Cuando se piensa que este pueblo, tan viejo como el mundo, no ha dado un paso en la senda del progreso desde hace siglos, y que parece, al contrario, que va hasta los últimos límites del barbarismo, para un hombre un

poco más inteligente y más civilizado que los otros, como lo es Mounza, se encuentran á cada paso verdaderos brutos. Para un pueblo como el de los Mombouttous, más ilustrados que las tribus vecinas, se halla uno de improviso los Domondous, que sólo difieren del animal porque hablan.

Por no tener ni tan siquiera el instinto de la guerra, mejor dicho, de la defensa, desde hace infinidad de años los Mombouttous invaden en épocas determinadas su territorio, entregándose al pillaje, al robo, matándoles, y ellos no han intentado nunca librarse, extendiendo para siempre aquellos terribles invasores.

Quientos ó seiscientos hombres, ocultos entre el follaje, que en aquel país puede ocultarse un ejército, protegidos por árboles gigantes y detrás de las rocas de Kibali, ó refugiados en las colinas, que el enemigo se ve obligado á costear, es suficiente á resguardar aquel territorio, admirablemente dispuesto para la defensa, haciéndole inexpugnable. Pero no; apenas divisan al enemigo, huyen y les abandonan cuanto poseen, sin pensar tan siquiera en llevarse las cosas más precisas y ocultarlas en la montaña.

Después, todos los fugitivos se reúnen y se agrupan, esperando á los Mombouttous para librar la batalla en un terreno llano y descubierto, donde el cuerpo de cada uno sirve de blanco al enemigo. Entonces empieza la lucha, que dura algunas horas, y todo queda concluído. Los Mombouttous, victoriosos, re-

tornan con el botín y mil prisioneros, para volver al año siguiente y en la misma época á hacerles su acostumbrada visita.

No nos habían engañado. Helos allí, en la llanura, en número de cinco ó seis mil, compactos como espigas de trigo, gesticulando, gritando y tocando unos tambores para animarse al combate.

No habría más que hacerles fuego, pues con nuestras sesenta carabinas, tirando sobre el cuerpo compacto que formaban, en diez minutos toda aquella fuerza se hallaría tendida en la pradera.

En aquellas cuestiones entre Mombouttous y Domondous no debían mezclarse los Europeos.

Los Nubienses y los Dinkas de nuestra escolta ardían en deseos de combatir, y no era suficiente el ejemplo de moderación y de humildad que nosotros les habíamos dado para calmarles.

Nos pidieron permiso para ir al combate, manifestando:

—¿Qué dirán los Mombouttous si no estamos con ellos?

—Combatid, amigos míos, combatid—les dijo de Morin, y les distribuyó á cada uno una docena de cartuchos sin bala que había preparado la víspera.

Nosotros, con anteojos de larga vista y á cierta distancia, seguimos todas las peripecias de la lucha; si vencían á nuestros aliados, entonces solamente intervendríamos, no creyendo deber obrar de otro modo.

Las flechas empiezan á cruzarse en el aire; el combate empieza: ¡atención!

## V

En el sitio retirado que habíamos elegido, al costado de ambos combatientes, á unos trescientos metros próximamente y protegidos por gruesos árboles, las flechas, mal dirigidas, no podían alcanzarnos. Gracias á nuestros anteojos, podíamos seguir los movimientos de las tropas y darnos cuenta de sus maniobras, distinguir las masas, pero se nos escapan todos los detalles del combate.

—¡Nos hallamos muy distantes!—repetía á cada momento de Morin, que no podía permanecer en su sitio, paseándose agitado y poniéndose al descubierto.

Nadie le respondía. ¿Qué decirle? Ya sabíamos que, con efecto, nos hallábamos muy distantes para ver bien, pero perfectamente colocados para no ser molestados, y esto era suficiente.

Después de haber dado dos ó tres vueltas á los árboles, tal vez dominado por una idea fija, se acercó á nosotros y nos dijo:

—Si todavía desde vuestro observatorio se apercibiera al rey, le holgaría fuésemos testigos de sus proezas.

—Yo soy testigo—repliqué,—y no dependo más que de vos el disfrutar del mismo espectáculo. Si en vez de pasearos con ese frenesí, os estuviéseis parado un instante, veríais al gran Mounza dominando con su casco empuñado toda su guardia de honor. Se ha precipitado á lo más erudo de la pelea y ha hecho un gran vacío alrededor suyo. Ahora se ha vuelto hacia aquí, y parece decirnos: «Es por vosotros por quien combato.»

—Precisamente por eso es por lo que siento no hallarme á su lado—dijo de Morin.—Se expone por nosotros y...

Para reparar mi falta, me apresuré á decir:

—Amigo mío, se expone porque es su deber combatir á la cabeza de sus hombres. Los jefes Niams-Niams son los únicos de todos estos habitantes negros que permanecen retirados del combate, dispuestos á ocultarse con sus mujeres y sus tesoros en los puntos más inaccesibles, si la cosa va mal, y no aparecen en escena más que para repartirse el botín. El rey de los Mombouttous tiene otras costumbres.

—Añadid—dijo la señora Poles, que desde hacía algún tiempo hablaba de Mounza con el mayor desprecio—que ese salvaje tiene gustos atroces, complaciéndose en la mortandad y en el incendio, y de este modo habréis dicho las verdaderas razones que le han hecho ponerse á la cabeza del combate.

De Morin no había oído aquel discurso, lleno de hiel, que una cruel herida de amor propio había dictado á la señora Poles. Se ha-

llaba distraído paseándose, y para el que conociese á de Morin, comprendería que meditaba algo.

Interrumpiendo su paseo, nos dijo:

—Las palabras de nuestros Nubienses, ¿no os han sorprendido?—preguntó.

—¿Qué palabras?—dijo la señora de Guéran.

—Nos han dicho—respondió de Morin,—que serían despreciados por los Mombouttous, si no se batían con ellos.

—Sí; ¿y bien?

—Es que...—continuó tímidamente nuestro amigo,—si permanecemos inactivos tengo miedo que también nos desprecien.

—¿Os preocupáis del desdén de los Mombouttous?—dijo la señora Poles con soberbia.

Los agravios de la señora Beatrix contra Mounza la hacían injusta con el pueblo; en su encono confundía al rey con el ejército.

Sin prestar gran atención á las frases de nuestra inglesa, hice observar á de Morin que no teníamos derecho á matar á los bravos Demondous, á quienes no podíamos reprochar la más pequeña falta de atención.

—No hablo de matarlos—dijo de Morin,—pero nosotros deberíamos hallarnos á la cabeza de nuestros Nubienses. Mirad, son muy prudentes, y esperan nuestras órdenes para atacar.

—Nassar es suficiente para dirigirlos—hizo observar la señora de Guéran.—Creedme, mis queridos compañeros; continuemos observando la más estricta neutralidad, que ya ten-

dréis otras ocasiones, tal vez no lejanas, de batiros por nuestra propia cuenta.

Desgraciadamente, la baronesa, después de haber dicho estas prudentes palabras, se alejó de nosotros con la señora Poles, á fin de librarse del sol bajo un corpulento sicomoro. Su presencia había contenido hasta entonces los ardores de nuestro amigo, y al dejar de sentir aquella influencia saludable, perdió la cabeza. Jamás razonaba mejor que cuando perdía la sangre fría y la calma. Halló con quien hablar, dirigiéndose á Delange: el doctor, tan juicioso y tan prudente al comenzar el viaje, ha debido sufrir por efecto del sol algún acceso de enajenación mental.

—Recordáis, amigo mío—le dijo de Morin,—que una noche que me hallaba fumando tranquilamente mi pipa cerca de la cabaña de Perières, me obligasteis á levantarme y á seguiros al cobertizo, donde se hallaban las ochenta mujeres de Mounza.

—Sí, lo recuerdo—replicó Delange,—para que hiciéramos en medio de aquellas damas y á la luz de fuegos de bengala, una partidita de *besigue*. Me hallaba en mi derecho, querido amigo, porque había perdido la víspera.

—De lo cual no me quejo. Pero, si no me equivoqué, ganasteis aquella partida, y desde entonces la suerte no ha dejado de favoreceros. Ayer, sin ir más lejos, perdí una partida de piquet.

—No os lo habría recordado—dijo Delange,—pero ya que lo evocáis... y siendo ya mi

deuda con vos insignificante, quedan solo algunos miles de francos.

—Si jugásemos la paz ó doble—propuso de Morin.

La mirada de Delange brilló, su rostro se animó, y no obstante creyó que debía decir:

—¿Tenemos derecho de infringir una de las cláusulas más formales de nuestro tratado?

—¡Bah!—replicó de Morin,—es ya viejo ese tratado. Y además, desde el momento en que nos hallamos de acuerdo los dos, podemos barrenarle.

—Evidentemente. Pero convendréis, querido amigo, que sois vos quien lo desea. Yo estoy de suerte y...

—Que vuestra delicadeza se tranquilice; yo creo que ganaré.

—Lo veremos.

—Veámoslo en seguida.

—De buen grado. He aquí las cartas, que no me abandonan jamás: ese tronco viejo de árbol va á servirnos de mesa de juego.

—¡Cómo! ¿Pretendéis que hagamos aquí la partida mientras que se matan cerca de nosotros? No lo habéis pensado bien, querido amigo.

—¿Queréis allí?...—dijo Delange designando un punto en el horizonte.

—Precisamente: el sitio es excelente, entre los dos ejércitos, debajo de las flechas, que vuelan más compactas que nunca, y así nos servirán de tienda y nos quitarán el sol.

—¡Justo! ¡magnífica idea!

—¡Estáis locos!—exclamé,—las flechas no

pasarán por encima de nosotros, sino que nos darán en pleno pecho y espalda.

—Entonces nos pareceremos á un acerico, en el cual se prenden alfileres—dijo riendo de Morin.

—Será gracioso—añadió Delange.—Partamos, querido amigo; estoy á vuestras órdenes.

Yo traté de contener á aquellos dos locos.

—Caballeros—les dije,—sería el primero en aprobar vuestra conducta y en seguiros, si realmente lo que tratáis de hacer tuviera alguna utilidad.

—¡Cómo!—exclamó de Morin;—¿no halláis útil enseñar á todas esas gentes que no tenemos miedo de ellos y desdenamos sus flechas? ¿Queréis que al volver á su casa puedan decir: «A la hora del peligro, los blancos se ocultaron detrás de las bananeras y dejaron á sus aliados que se hicieran matar por ellos?» No solamente es útil, sino indispensable para nosotros... el resultado de nuestra expedición, tal vez dependerá de la actitud que adoptemos hoy.

—De Morin tiene razón—dijo Delange:—cuando esas gentes se hallen alegres por la victoria, podrán hacer pagar caro á nuestra caravana su inacción y su prudencia.

—Entonces, caballeros—dije,—si tal es vuestra opinión, debo seguiros; asistí á vuestra partida de cartas bajo el cobertizo, y hoy asistiré á la que vais á efectuar bajo las flechas.

—No, no, querido amigo—exclamó de Morin,—quedáos al lado de la señora de Guéran

—¿Seguiríais ese consejo si yo estuviera en vuestro lugar, querido de Morin?—le pregunté.

—Me guardaría muy bien, mi querido Pe-riéres—replicó mi rival.

—Entonces, sufrid que yo os acompañe. El combate parece animarse; los Mombouttous poseen algo de estrategia, y pueden envolver al enemigo. Creo que la lucha no será de gran duración.

—¡Con tal que nos dejen tiempo para hacer una partida de *carté*!

—¿Una sola?—preguntó Delange;—pensad que aún debo once mil francos, según mis apuntes, que acabo de consultar: once mil francos en cinco puntos; parece mucho.

—¿Preferís un coto?

—Sí, eso, eso. Pero me ocurre una idea. Si yo ganó, ya no os deberé nada.

—Evidentemente; ¿y ya no jugaremos más hasta el fin del viaje?—preguntó el doctor con voz entrecortada.

—Tranquilizáos, querido amigo—respondió de Morin.—No llegará mi crueldad hasta ese punto. Hemos convenido que todos los días haríamos una partida de cincuenta lises y la continuaremos. Si pierdo, peor para mí. El tratado subsiste en todo su vigor y es excepcionalmente que no le cumplamos hoy.

—Perfectamente—dijo Delange.—Me hallaba un poco inquieto, no os lo ocultaré, y pensaba en volverme solo á París; pero desde el momento que me quedan algunas partidas sobre el tapete, el Africa me agrada.

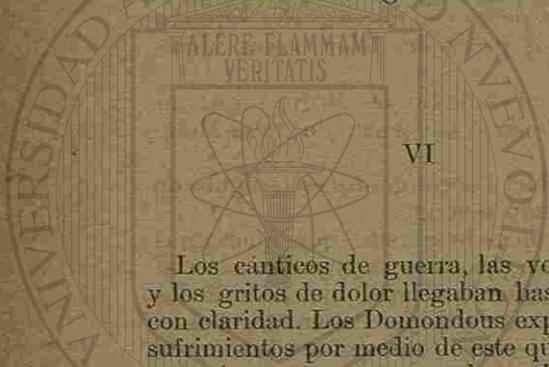
29754

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIV. DE FERIA

"ALFONSO REYES"

Año. 1925 MONTERREY, MEXICO

Hablando de este modo, mis dos queridos locos habían salvado trescientos metros próximamente y yo iba á su lado sin convicción, siguiendo con la vista la dirección de las flechas, que en aquel momento dejaban oír perfectamente su agudo silbido.



Los cánticos de guerra, las vociferaciones y los gritos de dolor llegaban hasta nosotros con claridad. Los Domondous expresaban sus sufrimientos por medio de este quejido: ¡*Aou!* ¡*aaou!* ó por este otro cuando su dolor se prolongaba: ¡*Akoun!* ¡*akoun!* Las quejas de los Mombouttous, al contrario, las percibíamos de este modo: ¡*Nanegoné!* ¡*nanegoné!*

—Ya lo veis, querido amigo—dijo de Morin,—hemos hecho bien en dejar nuestros malos puestos en el fondo del teatro y colocarnos en proscenio. Esos gritos nos hacen conocer que cada pueblo expresa su dolor de una manera diferente. Nosotros, los Franceses, hacemos: ¡*Aie, aie!* ¡*oh, la, la!* Los Ingleses: ¡*Oh, ah, oh!* Los Alemanes: ¡*Och, och, och!* Los Bongos: ¡*Atuh!* Los Djours: ¡*Avuay!* y en cuanto á los Mombouttous, ya les habéis oído.

—Estos detalles—continuó Delange,—siem-

pre graves, son de un inmenso interés para la ciencia; nosotros merecemos un premio de todas las sociedades científicas del globo. Cuando pienso que los desgraciados Parisienses, la conciencia tranquila, el espíritu descansado, se pasean hoy por las playas de Dieppe y de Trouville, sin pensar en decirse: «Ni siquiera conocemos los gritos de dolor de los Mombouttous.»

—Es verdad—añadió de Morin,—que ni siquiera suponen la existencia de tales Mombouttous.

—¡Es posible! Pobres gentes, son dignos de lástima—añadió Delange.

Habíamos llegado al sitio que queríamos ocupar; era un pequeño montecillo, bien al descubierto, situado á igual distancia de las tropas de Mounza, y de las del enemigo. Llegados á aquel punto, nos sentamos sobre la hierba, y Delange, sacando del bolsillo dos barajas, dijo á de Morin:

—Veamos quién da primero.

Como lo habían previsto, no estábamos muy expuestos al sol, porque las innumerables flechas de los dos ejércitos le oscurecían, solamente que hacía un poco de calor.

La partida comenzó; puedo asegurar que fué una de las más serias. De Morin se hallaba tal vez menos ardiente que su adversario; pero como se trataba de una fuerte suma, no había por una y otra parte ninguna distracción. Delange acariciaba la esperanza de quedar al fin en paz de una deuda que le había atormentado bastante; y la idea de que en

breve espacio tal vez sería acreedor, le sobrecitaba, sin embargo de dejarle dueño de sí mismo y en perfecta calma.

Mientras que ellos se dedicaban por completo al juego, yo miraba el combate de los dos partidos. Los Mombouttous, al ver nuestra pequeña tropa dirigirse hacia el campo de batalla, pensaron que íbamos á prestarles nuestro apoyo, y nos acogieron con gritos frenéticos. Cuando nos vieron detenernos en el camino, sentarnos, sacar los naipes del bolsillo y barajarlos, quedaron estupefactos. Solamente entre todos Mounza era el capaz de adivinar nuestro pensamiento; lo comprendió, después lo supimos, diciéndonos que, resueltos á no batirnos, habíamos querido tener nuestra parte de peligro.

Si el móvil que nos guiaba pudo ocultarse á las masas, no dejó de llamarles la atención un hecho que tenían á la vista: en el sitio que nos hallábamos estábamos expuestos á recibir los proyectiles de los dos ejércitos. Instintivamente admiraron nuestro valor, nuestra impasibilidad; y cuando se apercibieron que las flechas no nos alcanzaban, nos creyeron invulnerables, lo cual aumentaba nuestro prestigio.

Por su parte, los Domondous habían sido aterrados por la pronta aparición de aquellos tres hombres blancos, vestidos de una manera extraña avanzando paso á paso y sin precipitarse. Si ellos hubieran tenido la más ligera noción de religión, nos hubiesen tomado por seres celestes, por ángeles bajados de entre las

nubes para asistir á las luchas humanas. Pero sin tener de nosotros una opinión tan elevada, debieron creer que salíamos de debajo de la tierra para protegerlos. Cuando en vez de extender nuestras alas sobre los ejércitos, se apercibieron que nos sentábamos sobre la hierba y les volvíamos las espaldas, se apoderó de ellos un gran descontento y empezaron á insultarnos. Los unos hacían gestos de amenazas, los otros lanzaban gritos de guerra, saltando aquí y allí, como si se ocuparan de una pantomima acercándose á nosotros y llenándonos de injurias.

Las flechas que sin duda les dirigía Mounza, les obligó á alejarse y no oímos más, desde entonces, que el silbido de aquellas y el gran tumulto de la batalla.

—Ya tengo el primer juego—dijo Delange, al cabo de un instante.

—Tanto mejor—replicó de Morin,—yo ganaré la segunda y estaremos iguales.

—Entré tanto yo marco el rey—replicó el doctor.

—Marcad, estáis en vuestro derecho. Permitidme solamente que eche una mirada á esta flecha que va hacia vos y que por poco penetra por mi espalda.

Extendió el brazo, y sin tener necesidad de levantarse, arrancó de la tierra el indiscreto proyectil.

—Mirad—continuó de Morin, volviéndose hacia mí,—la hoja tiene dos alitas, compuestas de un pedazo de hoja de bananero.

—Es para darle más velocidad—observó

Delange.—La punta, ¿es de hierro ó de madera?

—De hierro.

—Es malo, muy malo; la herida es más difícil de curar.

—Mirad—dijo de Morin, presentando la flecha al doctor;—dirían que la punta se halla impregnada de un sustancia gomosa.

—Y así es, en efecto, querido amigo, y esa sustancia es un veneno.

—Veneno, ¡berr! como hace Mounza; no me hace feliz.

—Tranquilizáos—replicó el doctor;—si sois herido por una de esas máquinas destructoras, lavaré la herida con ácido fénico, y tal vez curaréis. ¿Queréis cartas?

—No, gracias. Juego.

Las flechas volaban con gran profusión, y viéndolas caer alrededor nuestro, recordaba las frases de Schweinfurth, cuando se batía con los Niams-Niams.

Al mismo tiempo los gritos de guerra, los aullidos, los quejidos de los heridos y de los moribundos, las trompetas, los tambores, se confundían en un estrépito poco cómodo para los tranquilos jugadores de *écarte*.

En lo más fuerte del tumulto, de pronto hubo un gran silencio entre los Mombouttous, mientras que un gran clamoreo, pudiéndose distinguir gritos de alegría y de triunfo en el ejército enemigo. Algún grave acontecimiento acababa de surgir. Tomé mis anteojos de larga vista, y apoyándole sobre el hombro del doctor, que de atento que se ha-

llaba al juego, no se apercibió que me servía de trípode y miré del lado de los Mombouttous.

—¡Han herido á Mounza!—exclamé.

—¡Ah!—dijo de Morin.

—¡Ah!—exclamó Delange.—Tengo el punto, estamos á cuatro.

—¿No vais á ofrecer vuestros cuidados al herido?—le pregunté.

—Al contrario, esa es mi intención, porque conozco mis deberes, pero del juego que me da en este momento de Morin depende mi suerte. Si es bueno, he ganado la partida, y Mounza no se morirá por esperar unos minutos.

Tomó las cinco cartas que le daba su adversario, y examinándolas, dijo:

—Juego.

—Jugad—dijo sonriendo de Morin.

Parecía satisfecho de aquella decisión.

Olvidé por un momento al rey de los Mombouttous, y me interesé en aquel juego, que podía ser decisivo. No sucedió así; de Morin, gracias á un pequeño triunfo, hizo tres bazas, y marcó el punto. Se hallaban iguales, y faltaba jugar la decisiva.

—Voy á cuidar la herida del rey—dijo el doctor.

—¿Queréis que os acompañe?—dijo de Morin.

—Es inútil—respondió Delange, alejándose.—Vuelvo al instante. Cuidad de las cartas, y ponellas al abrigo de las flechas.

—Las cubriré con mi cuerpo—exclamó de Morin.

El doctor, con el deseo de volver pronto á terminar la partida, se dirigió corriendo hacia el ejército de los Mombouttous. Creí que debía seguirle por si tenía necesidad de mi concurso, y persuadido de que nadie me pediría mi título; si acaso diría que era cirujano de segunda clase.

Viendo aproximarse á Delange, á quien llamaban el mago blanco, los oficiales de Mounza se precipitaron á su encuentro, y le llevaron hacia el sitio en donde se hallaba su rey.

Mientras que todos sus soldados se desesperaban, y repetían en coro su lamentable ¡*Nanegoné, nanegoné!* como si ellos hubiesen sido los heridos, el rey, recostado sobre un broquel, ni dejaba salir de sus labios un gemido ni daba la menor señal de debilidad. Cuando vió aproximarse al doctor Delange, le dió las gracias con una sonrisa, y con un ademán mandó se alejasen los importunos.

El doctor contestó que el rey tenía una flecha en el muslo. El hierro había quedado dentro y ninguno de los brujos negros intentaba sacarlo, pues no era operación para ellos; generalmente sacan las flechas de las heridas sin dificultad, pues todo consiste en tirar de ella hasta que sale de la carne. Pero los Demondous, por un ingenioso refinamiento, construían sus flechas de manera que al clavarse en el cuerpo el dardo se quedase en la herida rompiéndose el palo.

Delange abrió su estuche, tomó de él uno de esos instrumentos cuya vista nos hace estremecer, y con calma, sin impresionarse en

lo más mínimo, hizo en el muslo real una larga incisión, de manera á poder extraer de él el dardo; luego lavó la herida, restañó la sangre, vendó el muslo, y en fin, concluyó concienzudamente la operación empezada; luego volvió á guardar su estuche, dió un apretón de manos al herido, que se mostraba muy agradecido, y volvió á emprender el camino hacia donde estaba de Morin, sin hacer el menor caso de mi humilde persona.

Durante nuestra ausencia de Morin había empleado el tiempo en recoger las flechas que caían alrededor suyo y tenía un haz bastante grande.

—La revancha—dijo el doctor acurrucándose al lado de su adversario.

## VII

La situación estaba cada vez más comprometida para los jugadores de *écarté*; las flechas caían cada vez más numerosas y más de prisa. De Morin, gracias al morral que llevaba en la espalda, lleno de varios utensilios, muy útiles para ese género de expediciones, no había sido ya herido por las flechas, pues tres de ellas se habían clavado en él.

—¡Tocado!—exclamaba de Morin cada vez

El doctor, con el deseo de volver pronto á terminar la partida, se dirigió corriendo hacia el ejército de los Mombouttous. Creí que debía seguirle por si tenía necesidad de mi concurso, y persuadido de que nadie me pediría mi título; si acaso diría que era cirujano de segunda clase.

Viendo aproximarse á Delange, á quien llamaban el mago blanco, los oficiales de Mounza se precipitaron á su encuentro, y le llevaron hacia el sitio en donde se hallaba su rey.

Mientras que todos sus soldados se desesperaban, y repetían en coro su lamentable ¡*Nanegoné, nanegoné!* como si ellos hubiesen sido los heridos, el rey, recostado sobre un broquel, ni dejaba salir de sus labios un gemido ni daba la menor señal de debilidad. Cuando vió aproximarse al doctor Delange, le dió las gracias con una sonrisa, y con un ademán mandó se alejasen los importunos.

El doctor contestó que el rey tenía una flecha en el muslo. El hierro había quedado dentro y ninguno de los brujos negros intentaba sacarlo, pues no era operación para ellos; generalmente sacan las flechas de las heridas sin dificultad, pues todo consiste en tirar de ella hasta que sale de la carne. Pero los Demondous, por un ingenioso refinamiento, construían sus flechas de manera que al clavarse en el cuerpo el dardo se quedase en la herida rompiéndose el palo.

Delange abrió su estuche, tomó de él uno de esos instrumentos cuya vista nos hace estremecer, y con calma, sin impresionarse en

lo más mínimo, hizo en el muslo real una larga incisión, de manera á poder extraer de él el dardo; luego lavó la herida, restañó la sangre, vendó el muslo, y en fin, concluyó concienzudamente la operación empezada; luego volvió á guardar su estuche, dió un apretón de manos al herido, que se mostraba muy agradecido, y volvió á emprender el camino hacia donde estaba de Morin, sin hacer el menor caso de mi humilde persona.

Durante nuestra ausencia de Morin había empleado el tiempo en recoger las flechas que caían alrededor suyo y tenía un haz bastante grande.

—La revancha—dijo el doctor acurrucándose al lado de su adversario.

## VII

La situación estaba cada vez más comprometida para los jugadores de *écarté*; las flechas caían cada vez más numerosas y más de prisa. De Morin, gracias al morral que llevaba en la espalda, lleno de varios utensilios, muy útiles para ese género de expediciones, no había sido ya herido por las flechas, pues tres de ellas se habían clavado en él.

—¡Tocado!—exclamaba de Morin cada vez

que sentía un dardo hincarse en lo que él llamaba su coraza. Si siguen así, decía, voy á parecer un puerco-espín, con tantas puntas saliendo de mi cuerpo.

—Esos imbéciles—dijo Delange—son demasiado certeros, y no quisiera tener que operarme como lo he hecho á nuestro amigo Mounza.

Las cartas habían sido distribuidas por Delange. De Morin jugó un rey. El doctor se sonrió, y se lo llevó con un pequeño triunfo, y de los cinco puntos que hace el juego, se apuntó tres.

—Tres y dos cinco; creo que aún en Africa esto le hace á uno ganar, por lo tanto he ganado la última. Y me felicito porque estoy libre.

—Es verdad, ya no tenéis que pagarme noventa mil francos.

—A pesar de todo, creo que deberíamos hacer algo para volver á Francia.

—En verdad—dijo de Morin,—que esta batalla se hace ya demasiado larga, y creo que deberíamos dejar intervenir á nuestros Nubienses, á fin de asustar á los Domondous con los tiros de carabina.

De Morin se adelantó un poco, haciendo señas á Nassar de hacer aproximar nuestra escolta; éstos, diez minutos después, estaban á nuestro lado. Nassar fué á pedir al rey ciento de sus mejores tiradores de flechas. Cuando llegaron, de Morin los alineó en dos filas juntos con nuestros soldados; éstos debían hacer fuego al tiempo que los otros lanzaran sus flechas.

Así se hizo, y al ruido de las detonaciones, los Domondous, locos de terror, emprendieron una veloz carrera en todas direcciones, sin darse cuenta de lo que hacían, tirando al suelo flechas y lanzas, y desbandándose por completo, quedando los Mombouttous dueños absolutos del campo.

Legramos de esa manera salvar á muchos infelices, tanto de una tribu como de otra. Pero llegada la noche, no pudimos impedir el incendio y el saqueo del pueblo más inmediato al lugar de la batalla.

Delange y yo habíamos seguido á los Mombouttous con la esperanza de salvar, por lo menos, á los ancianos, los enfermos y los niños, tomándolos bajo nuestra protección, é íbamos á retirarnos con ellos, cuando oímos gritos desgarradores. Estos salían de una cabaña que no había sido aún presa de las llamas. Entramos presurosos en ella, y hallamos á un pobre impedido, el cual, arrastrándose por el suelo, buscaba la salida para no ser quemado vivo. Lo cogí en brazos para salir, cuando mis ojos se fijaron en una especie de cuadro colgado de la pared.

Me acerqué, y en una hoja de papel ví algunas líneas escritas en grandes letras, y esta firma: «Barón de Guéran.» Me apoderé del cuadro y eché á correr, pues ya la choza era presa de las llamas.

## VIII

De Morin y Delange se acercaron á mí, ayudándome á poner en lugar seguro al habitante de la cabaña, y nos apresuramos á ir á dar cuenta á la señora de mi hallazgo.

Tomó la hoja de papel, lo miró y devolviéndomela, me dijo con voz conmovida:

— Tened la bondad de leerlo en alta voz; no tengo secretos para vosotros.

A la luz del incendio de la aldea de los Domondous, logré decifrar el precioso documento.

Le he copiado textualmente en el diario de la expedición; decía así:

«¿Cuánto habré envejecido durante mi larga agonía? ¿Estamos á mediados ó á fin del año 1872? No puedo contestar de una manera precisa á estas dos cuestiones.

«Mirando el cielo sin nubes, y de un azul oscuro, las hojas medio secas de los árboles y el color amarillento de las altas hierbas de estas llanuras, la niebla que sale de la tierra árida y que se extiende en el horizonte como un velo, debo suponer que ha pasado mucho tiempo.

«Mi enfermedad, ó mejor dicho mi largo le-

targo, ha durado por lo menos cuatro meses; me acuerdo del tiempo de las lluvias, es decir de Julio; desde entonces he dejado de vivir; ¡quién me dirá cuánto tiempo ha pasado desde entonces! ¿A quién preguntaré sino á la naturaleza, puesto que hoy ella sola puede contestarme? ¡Hace tanto tiempo que mis intérpretes y mis servidores han sido degollados á mi vista! En cuanto á mis soldados y bagajeros, los unos han muerto, y los otros, más dichosos que yo, han huído.

«Solo, estoy solo, tan lejos de mi país, tan lejos de todos los que amaba, tan lejos de ella.

«¡Cuán castigado estoy por haberme alejado de tí! ¡Oh adorada compañera mía! ¡cuánto me arrepiento el haber preferido el imprevisto, las emociones de los viajes lejanos á las dulces alegrías de nuestro querido hogar! ¡Inensurato de mí al haberme atrevido á colocar el amor de la ciencia por encima de tu amor! Me supondrás muerto, y llorarás por mí. ¡Ah! sí, llórame, pero nunca llorarás lo que yo. No tengo derecho para quejarme, pues sólo yo tengo la culpa de lo que sufro; pero me hallo tan desgraciado, tan débil, falto de recursos, tan desesperado, que pronto moriré; puedes vestirme de luto, porque no me volverás á ver.

«No me moriré sin darte mi último adiós. Desprendo esta hoja de mi album, la prenderé en la pared de esta choza, procuraré hacer comprender al pobre desgraciado que vive en ella, y que ha sido el único ser en estas comarcas que se ha apiadado de mí, que este papel es un amuleto destinado á protegerte.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN  
"ALEFONSO REYES"  
1960 6825 MONTERREY, MEXICO

Pido á Dios que no se desprenda de él, y tal vez llegue el día en que haya algún viajero que, siguiendo mi itinerario, llegue hasta aquí, encuantré estas líneas, y las lleve á mi patria.

»¿Qué me ha sucedido?... ¡No lo sé! Espéremos á que mi memoria, debilitada por tanto sufrimiento, se despierte y venga en mi ayuda. Probemos.

»En primer lugar, he cometido una gran falta: en dejar penetrar á los soldados de Degberra en el territorio de los Domoundos, pues éstos reconocieron en ellos á sus mortales enemigos, y no atreviéndose con ellos, se vengaron sobre mi caravana. Cada día mataban á alguno de la caravana; por fin, nos tendieron una emboscada, y después de una lucha encarnizada, hemos sido vencidos por el número; á todos los han muerto, á mí solo me han dejado la vida, para hacer de mí su esclavo, el esclavo de una tribu de fieras. Razón tienen los Mombouttous al darles el título despreciativo de *Monrous!* Los Mombouttous son la perla de la civilización, comparados con estos salvajes. El único mérito que tienen éstos, es que no son canibales. Pero si no comen á sus prisioneros, les hacen sufrir horriblemente. Tal vez fuese más humanitario comérselos.

»Un día, estenuado de necesidad, fatigas y torturas, me caí en medio de una calle, para no levantarme más.

»¿Qué sucedió entonces? No lo sé todavía. ¿Cuanto tiempo he estado entre la vida y la muerte? Lo ignoro. Lo único que sé, es que he visto á un negro que se arrastraba por el

suelo, y de vez en cuando acércaba á mis labios una calabaza con no sé qué brebaje. Me pregunto que cómo se encontró esa alma compasiva en medio de este infierno. Le debo la vida, y quiera Dios que le pueda pagar mi deuda algún día.

»Poco á poco fui volviendo á la vida, y recobrando fuerzas; hoy me encuentro bien, pero aún muy débil. Mi huésped me hace comprender por señas que no puedo salir fuera de la cabaña, que sus compatriotas me creen muerto: y que gracias á esa creencia podré escapar durante la noche.

»¡Escapar! bien quisiera, pero ¿adónde ir? El único medio es procurar alcanzar los estados de los Maleggas, que distan sólo unas cuantas millas. Dicen que esa tribu es muy humanitaria; si eso fuese cierto, tal vez allí podría recuperarme, recuperar mis perdidas fuerzas, para más tarde seguir mi camino.

»¡Mi camino! Y pienso todavía en mis proyectos, en el estado en que me hallo, desprovisto de todo recurso; y sueño todavía en enlazar los descubrimientos de Schweinfurth á los de Speke y de Grant. Estoy poseído del demonio de los descubrimientos.

»Partiré pues esta noche; me arrastraré hasta la próxima frontera. Que Dios tenga compasión de mí, y envuelva en su misericordia á los que lean esta líneas.»

»Cuando la lectura de esta carta concluyó, levanté los ojos sobre la señora de Guéran: su rostro estaba inundado de lágrimas.

Nos íbamos á alejar discretamente de ella,

cuando enjugando sus lágrimas y dominando su emoción, nos dijo:

—El hombre de quien habla mi marido ¿vive? ¿se le podría encontrar?

—Sí, señora—contesté;—está muy cerca de aquí en medio de nuestra gente, hemos tenido la dicha de salvarle de las llamas.

—¡Ah!—exclamó levantando en el aire la carta de su marido;—este papel va á servir de talismán á ese desdichado. Deseo verle, interrogarle. Tal vez pueda darme más detalles; tal vez...

No prosiguió. Pero habíamos comprendido su pensamiento.

—Permitidnos, señora que le veamos antes que vos—dijo de Morin;—os juro repetiros fielmente sus palabras; pero si por casualidad tenía que daros una mala noticia, pasando por uestros labios tal vez llegaría á vos menos de repente.

—Sea. Id, pues, señores; os espero y os doy gracias.

Nos reunimos con Nassar, quien nos condujo al sitio en donde se hallaba nuestro hombre. El desgraciado estaba atemorizado, pues se figuraba que le habíamos salvado del incendio y hecho prisionero, con la intención de comernoslo; pero Nassar logró convencerle de que en lugar de hacerle daño alguno, queríamos hacerle mucho bien; esperamos á que se tranquilizara, y entonees le preguntó por el hombre blanco, que había sido tanto tiempo su huésped.

—Se fué á la tribu de los Maleggas—contes-

tó—y luego me mandó un buey que le había regalado el rey de esa tribu.

—¿Y luego no has vuelto á saber de él?—preguntó Nassar.

—No—dijo el negro.

—Y bien—dijo de Morin, mientras volvíamos al lado de la señora de Guéran,—creo que un día ú otro tropezaremos con ese querido barón.

—Sí—contesté,—es probable.

—¿Verdad? pero mientras que sus asuntos parece se van arreglando, los nuestros se van poniendo mal.

—Evidentemente, ¿y qué os parece eso?

—¿Y á vos?

—Yo, querido amigo, os diré que por extraño que os parezca, he concluído por participar de las esperanzas, dudas, temores y angustias de nuestra compañera de expedición. Me parece que tengo interés en encontrar á su marido, cuando lo natural fuera que sintiera conocerle. En fin, esta adorable mujer me es tan simpática, la admiro tanto, que me hallo dispuesto á hacer el sacrificio de mi personalidad, para dedicarme sólo á hacerla dichosa.

—Pienso absolutamente como vos—contesté; pero renegaba interiormente del marido.

Esta disertación filosófica fué interrumpida por la persona objeto de ella. Se apresuró á salir á nuestro encuentro y nos interrogó vivamente. De Morin tenía razón, porque experimenté un verdadero placer al darle las buenas nuevas que acabábamos de saber.

Era ya muy tarde cuando nos separamos, después de haber resuelto lo que íbamos á hacer el siguiente día.

A hora muy temprana, el doctor Delange empezó sus visitas. Los heridos de la víspera necesitaban sus cuidados; de Morin y yo le seguimos en calidad de ayudantes.

—Señores—nos dijo Delange,—soy de parecer de no variar en nada mis costumbres parisienses. Cuando era médico en el hospital de Lariboisiere, empezaba siempre mis visitas por él, dejando para después mi clientela de gente rica. Voy pues á empezar por los prisioneros, que están sufriendo desde ayer, y luego iremos á hacer la cura al muslo real. ¿Qué os parece mi idea?

—Bien—respondimos,—tanto más que se me figura que Mounza nos detendrá largo rato, y estos desgraciados se desesperarían mientras tanto.

Los prisioneros estaban encerrados en un recinto muy extenso, rodeado de una empalizada; completamente desnudos y tumbados unos al lado de los otros, absolutamente como un rebaño de carneros en una cerca, esperaban

con resignación su última hora, pues contaban con la muerte. Así es que su admiración no tuvo límites cuando vieron que no tan sólo se le dejaba con vida, sino que además Delange curaba sus heridas, sacando con cuidado los dardos de las flechas que habían quedado en sus carnes, y componía miembros dislocados. ¿Le agradecían esas gentes sus cuidados? Nada sabemos. Pero el doctor se paró en estudiar con atención algunos de esos cráneos; pero le pareció que los Mombouttous eran más inteligentes, aunque de más inferior estructura, y reconocimos que cuanto más se avanzaba hacia el Ecuador, más parecían perfeccionarse las formas humanas: los Niams-Niams eran superiores á los Bongos, los Mombouttous á los Niams-Niams, y los Domondous, á los Mombouttous.

—Lo que prueba evidentemente—dijo Delange—que nos acercamos á esa famosa tribu tan alabada, en donde reside la famosa Venus negra, con quien sueño todas las noches.

Mounza se mostró muy sensible á la visita del doctor: sus médicos ordinarios no habrían podido extraerle la punta de la flecha que le había herido, y sin Delange habría sufrido horriblemente, y tal vez muerto envenenado; así es que se prestó con el mayor gusto á que le hiciera la cura, y se halló muy dispuesto á conversar con nosotros.

Nassar le contó lo ocurrido la víspera, y reasumió las confidencias del señor de Guéran. Un hecho que nos parecía insignificante, llamó la atención del monarca africano.

—Los Domondous han hecho mucho mal á vuestro padre—dijo.—Y queréis sin duda vengaros. Os doy mis dos mil prisioneros; tomadlos y matadlos sin piedad.

Le dijimos que los hombres blancos no mataban á los prisioneros.

—¿Y qué hacéis en vuestro país de los prisioneros?

—Los guardamos mientras dura la guerra—dijo de Morin,—y cuando ésta concluye, los mandamos á su país.

—Aquí eso es imposible—dijo Mounza,—mis soldados se sublevarían contra mí; lo que tomamos al enemigo es suyo como mío.

—¿Y ahora qué vais á hacer?—nos preguntó el rey.

—Ir á la tribu de los Maleggas á buscar á nuestro padre.

—Yo os puedo acompañar hasta allí, porque el rey Kadjoro es mi aliado. ¿Pero y si vuestro padre ha salido ya de su territorio?

—Iremos más lejos á buscarle.

—No puedo alejarme tanto de mi país—nos contestó.

—Entonces no quieres conquistar á nuestra hermana—le dijimos.

—¡Ah! si estuviera seguro de conquistarla, por ella daría mi reino.

Nassar no tuvo necesidad de traducirnos estas frases, pues comprendimos su contestación en la expresión de su mirada y de su voz.

Se convino en que el rey de los Momboutous avisaría á su aliado su próxima llegada á sus estados.

## X

Se diría que el Africa, halagada de ser visitada por los Europeos, les prepara cada día una nueva sorpresa, y quiere sorprenderles con la diversidad de sus paisajes y sus costumbres: su suelo y los que le habitan varían de aspecto á cada instante, para que la mirada no se canse, la curiosidad sea permanente, y la imaginación siempre sobrecitada.

Ayer hemos visto enanos, hoy nos encontramos en presencia de hombres soberbios, admirablemente proporcionados; facciones envidiables, frente descubierta, ojos largos y dulces, boca pequeña y fresca, cutis bronceado; ayer combatimos contra los Domondous, verdaderos brutos, cobardes y crueles; hoy nos reciben con los brazos abiertos gentes hospitalarias, valientes y poseídos de cierta inteligencia.

Desde hace unos días nos hallamos en un territorio perfectamente cultivado. Los bueyes son la riqueza del país, y cada aldea posee gran número de ellos. Estamos en medio de un pueblo de pastores, de costumbres pacíficas, y muy atentos; hasta con los animales, que tratan con mucha dulzura. Pero que nadie

trate de ofenderles, pues son temibles por su destreza y habilidad en el manejo de un cuchillo de hoja muy larga y muy afilada, y grandes mazas de hierro, que en sus manos son armas terribles.

En medio de esta tribu, única en el corazón del Africa y que Dios ha colocado allí como para servir de ejemplo á sus vecinas, que no la imitan en nada, es adonde vamos á encontrar los datos que necesitamos.

El rey Kadjoro se había apresurado á tranquilizar á sus vasallos, diciéndoles que nada tenían que temer de los Mombouttous. Mounza había establecido una disciplina muy rigurosa entre sus tropas, que éstas observaban por temor, pues había hecho cortar la cabeza á los primeros que faltaron á ella.

Pero á pesar de las atenciones de Mounza, y las seguridades de su rey, los apacibles Maleggas huían á nuestra vista, hasta que se fueron poco á poco acostumbrando; y cuando veían que los soldados plantaban sus tiendas, dejaban sus armas y se tendían tranquilamente á la sombra, entonces se aproximaban y se dirigían generalmente á nuestro lado.

Sin estar completamente vestidos como los Mombouttous, los Maleggas llevan una especie de calzón de piel de vaca; los distintos dibujos y colores con que se pintan el rostro y el cuerpo, completan su tocado. Las mujeres, como sus hermanas de las demás tribus, reemplazan los vestidos por hojas y hierbas hábilmente dispuestas alrededor del cuerpo.

Allí supimos que el barón había pasado

quince días en una aldea vecina reponiéndose, pues cuando llegó á ella estaba enfermo y muy débil; que pasadas tres semanas andaba bien y que siguió su camino. Todos recordaban al hombre blanco, que llevaba el pelo y la barba blanca y muy largos.

Gracias á la inteligencia de estas gentes, nos pudimos cerciorar de que nuestro compatriota había llegado allí el mes de Octubre del año anterior, justo en la época en que salimos de París en busca suya. Hacía pues un año que había llegado allí, puesto que estábamos en Octubre de 1873. Había pasado seis ó siete meses en medio de los Maleggas, luego nos precedía sólo de cinco á seis meses.

Aproximándonos á la residencia real, el país se hacía cada vez más pintoresco, las aldeas se sucedían unas á otras. Estas, situadas sobre colinas cubiertas de árboles frondosos, hacíannos casi olvidar el Africa para transportarnos en Normandía. Cabras salpicaban las colinas, vacas pastaban en los valles, y pequeños pastoreillos cuidaban de todos estos rebaños. Hermosas muchachas, de anchas espaldas, pierna nerviosa y fina, llevaban grandes odres á la cabeza, dirigiéndose al río en busca de agua. Delante de las cabañas, debajo de un especie de cobertizo hecho con hojas de bananero, descansaban las familias desde el anciano hasta el niño que andaba á gatas. El sol radiante iluminaba estos cuadros, perfumes de suavidad indecible se escapaban de los árboles en flor, y multitud de pajarillos alegraban el espacio con sus trinos. Tomamos la

delantera á las tropas para gozar lo más posible de estos encantos.

En fin, nuestros tambores empiezan á resonar, á lo lejos se oyen otros que les corresponden; de pronto se oyen gritos de algazara, hombres se precipitan corriendo á nuestro encuentro, soldados aparecen. Es Kadjoro que viene al encuentro de su aliado Mounza. Kadjoro, á pesar de lo humilde de sus costumbres, ha hecho alarde de aparato para recibir á su aliado, pues á todos los soberanos africanos les gusta el aparato.

XI

El soberano de los Maleggas tomó de la mano á Mounza, y le llevó debajo de un inmenso boabal, bajo el cual daba audiencia y administraba la justicia. El piso, de una extensión de veinte metros, estaba altombrado con pieles de bueyes, troncos de árboles, cubiertos con pieles de hienas, leones y leopardos, servían de trono y sitaliales.

Nos habíamos quedado detrás de los dos soberanos, en medio de sus escoltas, y me dí el gusto de examinar á Kadjoro. Este tenía unos treinta años, muy alto, miembros nervudos, sus maneras eran á la vez las de un al-

deano y guerrero; sus facciones regulares y agradables: sus hermosos ojos negros, llenos de fuego y vivacidad; su caballera espesa y negra, estaba partida por medio de la cabeza, cayendo sobre sus hombros en numerosos rizos. Plumas de avestruz, de águila y de buitre, plantadas en todo sentido en esa inmensa melena, formaban un casco.

En la mano izquierda ostenta un escudo de piel de búfalo, en la mano derecha una maza de hierro; como todos los hombres de su tribu, parte de su cuerpo está cubierto con una especie de calzón muy ancho. Considerando solamente su fisonomía, sus facciones, su color bronceado, se le creería Europeo; su melena, sus adornos de pluma y sus pinturas hacen de él un salvaje. «Pero un hermoso salvaje» según afirma la señora Poles, quien al través de sus anteojos azules, lo había visto ya todo.

—Cuidado —me dijo de Morin bajito,—es capaz de inflamarse por Kadjoro, y hacer por él alguna nueva locura.

Ofrecí á mi amigo no perderle de vista.

El rey no se ha sentado todavía, habla con su huésped, de nosotros sin duda, pues sus miradas se dirigen hacia nosotros, lo que hace palpar el corazón de la señora Poles, pues se figura que el soberano la ha distinguido y que la admira.

—¡Cuánto más vale que Mounza!—decía.—  
¡Qué hermoso es!

De repente, Kadjoro, puesto sin duda alguna al corriente por su real amigo, se separó vivamente de él, dirigiéndose hacia nosotros,

nos da la mano, se inclina como un verdadero Europeo delante de las dos señoras, y con un ademán nos invita á seguirle.

—Esto es encantador—murmuró el señor Delange,—este salvaje tiene maneras de gran señor.

Le hice observar que tal vez Kadjoro guardaba un buen recuerdo del señor de Guaran, y siguiendo al rey, pisamos bien pronto la alfombra de picles.

Nuestra entrada en el recinto reservado se hizo al son de la música de los Maleggas. Unos veinte músicos, colocados á distancia respetuosa, soplaban con toda la fuerza de sus pulmones en unos cucuruchos hechos con dientes de elefantes, moviendo los brazos y golpeando el suelo con el pie derecho, para agitar una infinidad de campanillitas de hierro, atadas á las muñecas, rodillas y tobillos. Detrás de los músicos están los cortesanos, ávidos de contemplarnos: se alzan sobre la punta de los pies, y algunos altos dignatarios suben encima de los hombros de sus vecinos, despreciando la etiqueta, pero nadie se atreve á entrar en el sitio reservado al rey y á sus huéspedes. Ninguna mujer aparece al horizonte, pues les está terminantemente prohibida la entrada en las reuniones públicas.

A una señal de Kadjoro, la música deja de oírse, tomamos asiento en los puntos que nos designó el rey, y empieza la conversación tan deseada por todos.

—Seáis bien venidos en mis reinos—nos dijo Kadjoro;—sois amigos de mi aliado el rey de

los Mombouttous; eso me basta, no necesito saber vuestros proyectos.

—Esos proyectos—le dijo de Morin—queremos que los conozcas. No debemos tener secretos para quien nos ha ofrecido tan generosa hospitalidad.

—Hablad—repuso el rey,—trataré de seros útil.

—El que oye tu voz, y ve tu rostro, no puede poner en duda tus buenos deseos, y tu franqueza.

De Morin había expresado nuestro pensamiento, pues se sentía uno arrastrado hacia el salvaje, muy superior á todos los soberanos africanos que habíamos visto, hasta el mismo Mounza.

—Cuidad de no herir el amor propio del receloso Mounza—dijo á de Morin.

—Deseudad amigo—dijo éste—ya le llegará la vez también.

Y volviéndose hacia Kadjoro, dijo en altavoz:

—Estamos buscando á un hombre blanco, que es nuestro padre; sabemos que ha vivido en este país algún tiempo, y venimos á pedirte noticias suyas.

El rey nos miró y repitió varias veces:

—¡Vuestro padre! ¡el hombre blanco era vuestro padre!

De Morin comprendía la gravedad de la situación; pero siempre valiente, no creyó debía decir la verdad delante de Mounza, que le escuchaba con avidez; nuestro amigo esperaba que esa invocación de padre no llamaría la atención á Kadjoro.

Y no se equivocó, pues el rey recordó sin duda al señor de Guéran, con sus facciones alteradas, su pelo y barba blanca, y viendo á la señora de Guéran, joven adorable, á pesar de su larga estancia en Africa, fresca y sonrosada, sobre todo por la emoción que la embargaba en esos momentos, no pudo dudar que fuese hija del hombre blanco.

Sin darle tiempo de pronunciar frase alguna que nos comprometiera, de Morin se apresuró á decirle:

—Hemos hecho un largo y peligroso viaje para hablar contigo. Te suplicamos nos digas todo cuanto sabes sobre el que ha sido tu huésped.

—Sí, ha sido mi huésped y mi amigo—dijo con voz vibrante el jefe de los Maleggas.

—¿En dónde está?—preguntó vivamente de Morin.—¿Está por casualidad todavía en tus reinos?

—No, no—respondió con tristeza el rey;—me ha dejado hace mucho tiempo.

La emoción nos dominaba á todos, y la señora de Guéran se levantó pálida, temblorosa; resuelta á saber cuanto antes su suerte, dirigiendo ella misma preguntas al soberano africano, traducidas por Nassar.

—El que fué tu huésped y tu amigo, ¿vive aún?—preguntó la señora de Guéran.

—No sé—dijo el rey,—desde el día que franqueé mis fronteras para salir de mis estados, no he vuelto á saber nada de él.

—¿En qué época te dejó?

Kadjoro calculó, dió explicaciones á Na-

ssar, y por ellas pudimos comprender que unos seis meses habían transcurrido desde la marcha del barón de Guéran.

—¿Adónde se dirigió cuando se separó de ti?—le preguntamos.

—Hacia el Sur, en la dirección de las montañas.

—¿Qué país ha encontrado saliendo del tuyo?

—El *Ulinidi*.

—¿Es muy grande?

—Sí, se extiende hasta las montañas.

—¿Cómo se llama el rey que le gobierna?

—No es un rey, es una reina, la reina Walinda, la cual ha dado su nombre á su país y á sus habitantes; por eso los llaman los Walindis.

—¿Crees que esa reina haya permitido á nuestro padre seguir su camino?—preguntó de Morin.

—No, no lo creo. No deja ni aun á sus vecinos, á sus aliados como nosotros, penetrar en su territorio.

—Sin embargo, á lo que dices, nuestro padre parece haber entrado en él.

—Sí, á pesar de todos mis consejos; pero bien pronto le habrán hecho prisionero.

—¿Lo creéis así?

—Si no hubiese sido así, habría vuelto á mis estados.

—Tal vez no haya vuelto, porque habrá pasado las montañas.

—No se pueden franquear. Son las fronteras de la tierra; ahí concluye.

En lugar de combatir ese error, de Morin dijo al rey:

—Entonces, si nuestro padre vive aún, le encontraremos en el reino de los Walindis.

—No lo encontraréis, porque os harán prisioneros como á él en cuanto entréis en el territorio.

—Compraremos el derecho de pasaje—dijo en seguida.

—La reina de los Walindis—repuso Kadjoro—reusará vuestros regalos y no os permitirá llegar hasta su residencia.

—Llegaremos por la fuerza—dijo de Morin.

—Bien se ve que no conocéis á mis vecinos—repuso el rey,—yo soy un rey temido, porque tengo muchos y buenos soldados, y sin embargo, pago un tributo á la reina Walinda para que no me haga la guerra.

—¿Sus soldados son más numerosos que los tuyos?

—No, pero sus batallones de mujeres espantan á mis soldados.

El rey comprendió nuestra sorpresa, y dió los siguientes detalles á Nassar para que nos los transmitiera:

—Al principio de mi reinado—dijo—los Walindis invadieron mi territorio para hacer en él una razia de ganados. Los Maleggas se defendían valerosamente é iban á ser victoriosos cuando una numerosa banda de mujeres, con su reina al frente, tomaron parte en el combate y en muy poco tiempo hizo retroceder á mis valientes soldados. Esas guerreras cuya existencia ignoraba, son en general jóve-

nes y hermosas; pero sobre todo de una fuerza y valentía extraordinaria. No pierden tiempo en lanzar flechas ni luchan á distancia, sino que se precipitan bajando la cabeza en medio de las mazas y hacen terribles estragos con sus largos cuchillos y sus puntiagudas lanzas; además nadie se puede acercar á ellas, pues llevan en la frente, cuello, cintura, muñecas piernas por debajo de las rodillas, y encima de los tobillos unos aros de hierro con unas puntas de un pie de largo, muy afiladas y que les sirve de armas ofensivas, y defensivas. Combatiendo lanzan gritos terribles, y sus ojos parecen centellas; nunca perdonan; no hacen á nadie prisionero; en cuanto se apoderan de un enemigo herido, le matan. Así es que esas mujeres inspiran un terror invencible, y por esa razón he comprado la alianza de la invencible y bella Walinda.

—Creo—dijo de Morin—que hemos encontrado en el centro del Africa un nuevo reino de Dahomey.

—Y yo creo—murmuró Delange—que pronto voy á ver á mi Venus negra.

## XII

—Si las amazonas, cuya existencia acaba de sernos revelada, merecían ocupar nuestra atención, no por eso debíamos suponer que nos asustaban.

—Comprendo—dijo de Morin—que tus guerreros, estando sólo armados con lanzas y mazas de hierro, teman á la reina de los Walindis y á sus guerreras. Pero nosotros, con nuestras armas, no estamos en el mismo caso, porque con ellas podemos alejar al enemigo, y no pueden alcanzarnos para luchar cuerpo á cuerpo.

—Conozco vuestras armas—respondió el rey.—vuestro compatriota me ha hablado de su poder, sé que lanzan fuego, pero sé también que llega el caso en que son inútiles; y entonces sirven más nuestras armas que parece despreciáis.

—En efecto—dijo de Morin señalando su carabina—llega un momento en que estas armas no dan ya la muerte. Pero pueden en un instante dispersar y destruir todas las tropas de los Walindis. Pregunta á tu aliado cuánto tiempo hemos necesitado para vencer á los Domondous.

Kadjoro meneó la cabeza manifestando que no estaba convencido.

—Mis vecinos del Sur—dijo—son más terribles que los del Norte; no temo á los Domondous, y me aterran los Walindis. Podrás destruir tal vez la mitad de ellos, pero los que queden te matarán á ti y á los tuyos. Tu padre sabía que eran terribles, y los respetaba como yo.

—Lo que no le ha impedido llegar hasta ellos—dijo de Morin.—No podemos, pues, vailar en hacer lo que él ha hecho, mucho más tratándose de devolverle la libertad, de salvarle.

—Vuestro padre estaba solo—respondió—por lo tanto, nada tenían que temer de él, y por eso no le han matado. Pero vosotros sois numerosos, estáis armados, y os matarán.

—Y bien; sea, nos matarán—dijimos todos á la vez.

En lugar de admirar nuestro valor, Kadjoro nos miró con tristeza; la prudencia dominaba en él al entusiasmo. Pero al rey de los Mombouttous no le sucedió lo mismo, y sobre todo, su orgullo no le permitía creer que podía haber alguien que le venciera; por lo tanto, dijo al rey de los Maleggas, que los blancos eran sus amigos y que marcharían con ellos para exterminar á los que tenían á su padre prisionero.

—Serás batido—respondió tranquilamente Kadjoro.

—Ninguna palabra hubiera servido mejor nuestros intereses.

Mounza se puso furioso, diciendo que sus tropas eran invencibles. Si la señora de Guéran no le hubiera suplicado que se calmara, creo que hubiera declarado la guerra al mismo rey de los Maleggas. Desde entonces podíamos contar con nuestro poderoso aliado, estaba decidido á medir sus fuerzas con la tribu de los Walindis. Tal vez el astuto Kadjoro jugase un juego igual al nuestro, excitándole contra sus molestos vecinos, cualquiera que fuese el resultado de la lucha, y el rey de los Maleggas ganaba algo. Si perdía Mounza, éste ya no sería tan temible, y si disminuía el poder de los Walindis, llegase él tal vez á no tener que pagar ningún tributo. Los reyes negros son en muchas circunstancias sutiles políticos, y Kadjoro, más inteligente que todos sus vecinos, se transformaba por veces en político, y lograba sus fines.

En una hora habíamos adelantado mucho, sabíamos positivamente que el barón de Guéran hacía seis meses que había penetrado en el territorio de los Walindis. Sabíamos que Mounza, arrastrado por su orgullo de negro y de soberano, iba á seguirnos á nuevas aventuras.

La señora de Guéran, que ejercía gran influencia sobre Mounza, le aconsejó mandase una embajada á Walinda proponiéndola una alianza y pidiéndola una entrevista. Si la reina aceptaba, la armada de los Mombouttous penetraría pacíficamente en su territorio, y nos ayudaría en nuestras tentativas para salvar á nuestro compatriota; en el caso contra-

rio, los europeos, con la conciencia tranquila, defendiendo su propia causa, prestarían su concurso á los Mombouttous.

Una dificultad se presentaba: cómo llegarían los embajadores hasta la reina, en un país siempre en acecho, desconfiado é intratable, con órdenes de tratar á todos los extranjeros como enemigos.

Kadjoro nos ayudó esta vez; era la época de pagar su tributo á los Walindis: nos propuso unir nuestros embajadores á los suyos, pues que así pasarían desapercibidos y podrían llegar hasta la residencia real, sita al pie de las montañas.

Esta proposición fué aceptada, y bien pronto nos despedimos de Kadjoro para volver á nuestro campamento.

—Seréis de parecer—dije á de Morin—que no bastará mandar á los embajadores de Mounza; tenemos, además, que mandar una persona que pueda cerciorarse de que el barón está allí y que es prisionero.

—Es evidente—me dijo de Morin;—porque si nos dicen que no está allí ó que ha muerto, procuraremos separarnos de Mounza, y buscar, para llegar á Zanzíbar, un camino hacia el Sur que nos dispense de pasar por la tribu de los terribles Walindis. Podremos, en ese caso, dar la vuelta á las Montañas Azules y llegar por el Ouando al lago Victoria, sin ocuparnos del lago Alberto. Lo sentiré por Delange, que arde en deseos de ver á la Venus negra; pero debo pensar ante todo en nuestra seguridad. Si, por el contrario, nuestro envia-

do encuentra al señor de Guéran prisionero, tratará de comunicarse con él para que nos transmita su plan de evasión.

—Perfectamente —dije;— está muy bien; pero ¿habéis pensado ya á quién vais á mandar? Tiene que ser valiente, inteligente, discreto, prudente y adicto. ¿Cuál es el hombre de nuestra caravana que reúne todas esas condiciones?

—Delango, vos y yo—respondió de Morin.—Pero no podemos pedir al doctor semejante sacrificio; sería abusar de él. En cuanto á vos, mi querido Perières, si os odio como rival, como amigo os profeso la más sincera amistad, y no os puedo aconsejar hagáis lo que no me encuentro con valor de hacer. Pues á pesar de mi abnegación por la señora de Guéran, no me siento con valor para arros-  
trar el ridículo.

—¡El ridículo! —dije;— ¡no comprendo!... ¿Qué queréis decir?

—¡Cómo! ¿No comprendéis—repuso de Morin—que en vista de las disposiciones hostiles de los Walindis, un hombre blanco no puede unirse á los enviados sino metamorfoseado en Malegga ó en Mombouttou? Esto no sería difícil, pues en una hora me encargo de hacerlo. Pero lo que me detiene es la idea de presentarme delante de la señora de Guéran hecho un salvaje, sin barba, con plumas de avestruz en los cabellos, el rostro cubierto de ceniza para disimular mi tez, demasiado blanca todavía, pintarrajeado y medio vestido con un calzón de piel de vaca, los pies descalzos,

una maza en una mano y un arco en la otra. La veríais reirse de mi disfraz, y decirse que cómo había podido enamorarse de semejante caricatura: ¿y el marido? Rehusaría reconocer en aquel salvaje á un Europeo, y habría que decirle: soy un parisién, me llamo de Morin y vivía en París, calle de Taitbout. Hace seis meses que vivo en compañía de vuestra mujer, á quien amo; vengo por complacerla á cercibrarme si vivís aún, y en ese caso á que me deis dos letras para tranquilizarla... ¡No y mil veces no! No hago nada de todo eso, y os aconsejo que me imitéis. Sin embargo, si á pesar de cuanto os he dicho tenéis el capricho de disfrazaros de salvaje, hacedlo; el amigo lo sentirá, el rival os verá partir gozoso.

—El amigo puede estar tranquilo, y que el rival no se haga ilusión; como vos temo el ridículo. Renunciemos, pues, á sacrificarnos y busquemos quien lo haga en nuestro lugar.

—He encontrado—dije de pronto á Perières.

—¿Quién?

—La señora de Poles.

## XIII

La idea de disfrazar á la señora de Poles de salvaje me sonreía en extremo, pero sería bastante difícil hacerla consentir en ello, y por lo tanto abandonamos esa idea loca.

—Mandaremos á Nassar. Es fiel y adicto.

—Es un Dinka—dijo,—y no puede ir con los Maleggas ni los Mombouttous; le reconocerán, y le tomarán por un espía, y sin embargo, tenemos que tomar pronto una determinación, pues el tiempo vuela, y Mounza ya debe de tener su embajada preparada.

—Pues ya no nos queda sino Omar y Ali. El segundo, sobre todo, ha dado ya bastantes pruebas de su inteligencia, valor y abnegación hacia nosotros para que le confiemos esta misión. La única contra que hay, es que no conoce el dialecto de este país.

—Eso no le hace—dijo,—su misión debe reducirse á observar, y decirnos cuanto haya visto. No debe de ninguna manera hablar con los Walindis para que nada sospechen de sus intenciones, y si sólo tratar de hacerse ver del señor de Guéran, pues ya sabe bastante francés para comunicarse con él, y hacerle comprender que estamos aquí en su busca.

—Me habéis convencido—me dijo de Morin;—vamos á ver á la baronesa, que está hablando con Delange, le participaremos nuestra idea, y si la aprueba, obraremos sin perder un momento.

La misma tarde, nuestro intérprete Ali se confundía con los naturales del país; de Morin le pintó admirablemente.

—¡Ah!—exclamaba, dibujando los arabescos soles, pájaros y animales de todas clases;—¡cuánto me hubiese gustado pintar así la piel de la señora de Poles! ¡Qué lástima que un artista no pueda elegir sus lienzos!

Mientras de Morin transformaba un Arabe en Malegga, Delange y yo redactábamos la nota destinada al señor de Guéran en el caso de que nuestro enviado pudiese entregársela sin hablarle.

La nota decía lo que sigue:

«Una expedición europea que os busca, sabe que sois prisionero de los Walindis. Tratad de reunirnos á ella; os esperamos en el territorio de vuestro antiguo amigo Kadjoro, y si no podéis huir, dad á nuestro enviado un indicio de los medios de que nos hemos de valer para libertaros.»

De acuerdo con la señora de Guéran, omitimos hablar de ella, para que el barón, sabiendo que estaba tan cerca de él, no cometiera alguna imprudencia que le costara la vida.

La caravana, compuesta de unos cuarenta hombres de las dos tribus, y mil bueyes que Kadjoro mandaba como tributo á la reina Walinda, se puso en camino el 10 de Octubre.

Un mes debía transcurrir antes de su vuelta, tiempo apenas suficiente para encontrar y contratar gentes para formar con ella un nuevo batallón, capaz de sernos útil y reforzar nuestra escolta. Al parecer de de Morin, debíamos reclutar unos cien hombres y equiparlos con carabinas y revólvers. Teníamos á nuestra disposición cantidad suficiente de armas, pero nos faltaban los hombres; el rey de los Momboutous nos sacó de este nuevo apuro, escogiendo de entre sus tropas cien soldados experimentados y muy valientes; los puso á las órdenes de de Morin. Este los armó y los enseñó á manejar el fusil y el revólver; les hizo hacer todos los días ejercicios de fuego, lo que les gustaba en extremo; después los reunió á nuestros Nubianos, y juntos formaban un batallón muy respetable, capaz de hacer frente á los Walindis hombres y mujeres y, para pasar el tiempo, acordándome que había sido soldado durante el sitio de París, les enseñé á batirse en guerrilla; esta clase de ejercicio les gustaba en extremo, y preciso es confesar que aquellos hombres que llamamos salvajes, instruidos en el manejo de las armas, podían ser valientes guerreros y temibles adversarios.

Kadjoro asistía, sonriendo, á todos nuestros ejercicios, y los veía con gusto, diciendo tal vez que, gracias á nuestro empeño, iban á ser menos temibles sus feroces vecinos.

Mounzá le instaba para que se reuniera á él y á nosotros para combatir á los Walindis. Pero le contestó, diciendo: Cuando termine la

guerra, si eres vencedor, te volverás á tu país con los prisioneros y el botín, y todo habrá concluido. Pero nunca la reina se atreverá á ir á atacarte en tus estados, porque vives lejos y eres poderoso; y si yo voy contigo, como soy su más próximo vecino, pagaré por los dos.

Esperábamos con gran impaciencia la vuelta de la caravana. En fin, el 25 de Noviembre tuvimos noticias de que se la divisaba. Salimos del campamento, ansiosos de verlos y de tener noticias para determinar, pues ya nos íbamos cansando de la vida sedentaria.

Por fin, llegamos á alcanzarla.

Alí marchaba al frente, y en cuanto nos divisó, se apresuró á reunirse á nosotros. Nuestro intérprete tiene, sin duda alguna, grandes nuevas que comunicarnos; su apresuramiento lo dice claro, pues los árabes y los negros nunca tienen prisa cuando tienen que comunicar malas noticias.

## XIV

«Alí, nuestro intérprete, franqueó en pocos minutos el espacio que nos separaba.

—Leo en tus ojos—exclamé en cuanto estubo al alcance de mi voz—que tu misión ha tenido buen éxito.

—Sí—respondió el árabe triunfante.

—¿Has encontrado á mi compatriota?  
—Le he encontrado; le he visto; le he hablado.

—¿Qué te ha encargado decirnos?  
—Nada; él no ha podido hablarme, pero tengo que entregaros un mensaje.

Buscó en un saco de piel, colgado á su cintura, sacó de él un cuadernito de papel, que nos entregó.

Le abrí; conocí la letra del barón de Guéran. No creí debía leer lo que en él decía antes de ponerle en manos de la señora de Guéran. Delange se encargó de entregárselo, mientras nos quedábamos con Ali.

—¿Por qué—dijo de Morin—habéis tardado tanto en volver?

—Porque los jefes de los distritos nos dejaban avanzar difícilmente. Luego, el país no es como éste; es muy accidentado, y la marcha muy difícil; hay muchas lagunas que hay que rodear, y muchos ríos que hay que vadear, y hemos perdido mucho tiempo para vencer todos esos obstáculos.

—¿Habéis encontrado un gran lago que está designado en los mapas con el nombre de lago Piaggia?

—No, no le he visto; no debe existir en ese territorio.

—¿Es muy grande el país de los Walindis?

—Sí; veinte días de marcha antes de llegar á la residencia real, la cual se encuentra al pie de una gran montaña, á la que nadie puede subir.

Nuestro intérprete quería sin duda hablar

de la montaña que los últimos exploradores del Africa llaman monte Maccorly ó monte Caroli.

—Detrás de esa montaña ¿se ven otras?

—¡Oh, sí! mucho más grandes; tan grandes que ocultan el cielo. Su cima parece azul, y durante la noche se oye en su seno un ruido tan grande, que parece el que producirían cien torrentes reunidos cayendo todos á la vez de una altura considerable.

—Deben ser las cascadas señaladas al Norte del lago Alberto—me dijo de Morin.—Los informes que nos da Ali son muy apreciables, pues nos dejan comprender de una manera cierta que la residencia de Walinda está situada á dos grados de latitud Norte, al pie de las montañas Azules, y que el lago Alberto se encuentra detrás de esas montañas. El ruido que nuestro intérprete ha oído es el producido por las cascadas, caídas y catáratas que se encuentran sobre el lado oriental del lago, enfrente de Magungo, y que algunos geógrafos llaman caídas Murchison. Ya veo—me dijo de Morin con cierta amargura—que estamos llamados á trabajar para cuanto antes echar al señor de Guéran en brazos de su mujer.

—Querido amigo—dije—vamos á trabajar sobre todo para salvar á un compatriota. Admitamos por un momento que no le conocemos. ¿Sería esa una razón para abstenernos de salvarle?

—No, no por cierto—contestó de Morin.—Todos los Europeos que penetran en estos

países, se deben ayuda y protección. Sin embargo—dijo después de haber quedado silencioso un momento,—desde que la existencia del señor de Guéran es un hecho indiscutible, una idea extraña se ha apoderado de mi espíritu.

—Veamos vuestra idea, amigo mío; tal vez me haya asaltado á mí también.

—Me estoy preguntando que si realmente es el barón el prisionero de esa Walinda que dicen tan hermosa, ¿no será una indiscreción de parte nuestra el ir á enturbiar la paz de sus amores?

—Lo he pensado como vos, amigo mío—dije sonriendo.—Puede ser en efecto que nuestro compatriota no haya sido del todo insensible ante la hermosura de esa salvaje, y que ella por su parte se haya inflamado por el primer hombre blanco que se ha presentado á sus ojos: ¿no habéis visto á Mounza enamorarse locamente de la primera mujer blanca que se le ha aparecido? Estas aventuras, dado el carácter africano, no tienen nada de particular. Pero un hombre inteligente como el señor de Guéran, un Parisiense, no abandona fácilmente sus costumbres, renuncia á la civilización y á una mujer como la suya, para dedicarse á una natural del Ulindi. ¡Ved á Delangel no desprecia ciertamente á las Africanas; pero dejadle solo aquí quince días, aquí solo, rodeado de las más bellas criaturas de estos países, y le veréis lamentarse, poseído de un vehemente deseo, dominado por una idea fija, pidiendo volver á ver á una Europea

cualquiera que sea; la mujer más fea que pasea por el boulevard de los Italianos, con su falda recogida, la parecerá mil veces preferible á la reina Walinda, á pesar de su espléndida desnudez.

—Me parece que os podéis engañar—dijo de Morin sonriendo.

—No, no me engaño, preguntádselo á todos los Parisienses que han visitado el Egipto, la Palestina y demás países no civilizados. Por lo tanto, debemos apiádnos del señor de Guéran, sea cual fuera su situación en la tribu de los Walindis. Pero sigamos interrogando á Alí, y él nos aclarará tal vez muchos puntos oscuros.

Y volviéndome hacia nuestro intérprete, le dije:

—¿Te ha recibido la reina Walinda?

—Sí, amo; la caravana ha entrado en su palacio, que se compone de un gran número de cabañas de tierra cubiertas de hojarasca.

—¿Qué te ha parecido la reina? ¿Es tan hermosa como dicen?

—Más que todo lo que pueden decir—replicó vivamente el Árabe.—Es alta, majestuosa, tiene la tez moreno-claro, los labios como coral, los dientes como el marfil, y sus grandes ojos son tan brillantes bajo sus párpados, que parecen luces.

Temiendo que el entusiasmo de nuestro enviado no nos hiciese perder tiempo, lo terminé con esta pregunta.

—El señor de Guéran, ¿estaba á su lado cuando le has visto?

—Sí, no se separa nunca de ella, ó por mejor decir ella no se separa de él. Va siempre á su lado, rodeado de unos cincuenta guerreros jóvenes, mucho más bellos que nuestras más hermosas Soudanienses.

Ali, siempre dominado por sus recuerdos, iba á entrar en nuevos detalles, cuando le pregunté de nuevo.

—¿Te ha parecido que el señor de Guéran goza de buena salud?

—Se conoce,—me contestó—que las calenturas se han apoderado de él; pues anda con dificultad y su palidez es extremada.

—¿El clima del Ulindies insano?—pregunté.

—En el Norte del territorio, no; pero en la inmensa llanura en donde se encuentra la residencia regia, debe serlo para los extranjeros. Las altas montañas que la rodean deben impedir al aire penetrar en ella, y hace allí más calor que en los desiertos de la Nubia.

Miré al señor de Morin, para decirle: «ya lo veis, el señor de Guéran no es tan dichoso como lo suponéis:» y volviéndome á Ali:

—¿Cómo te has arreglado para acercarte á nuestro compatriota?

—La reina se confundió con nuestra caravana, para examinar de cerca el ganado que se la regalaba. He aprovechado el momento para decir al hombre blanco en voz baja y mirando á otro lado: «Tus amigos te quieren libertar; deja caer al largo de tu cuerpo el brazo de mi lado; tengo que darte un papel.» Se estremeció oyendo pronunciar esas palabras en su lengua, pero se repuso al momento, y

sin contestar, hizo lo que le había indicado. En seguida la reina se reunió á él y se alejaron.

—¿Le volvisteis á ver por segunda vez?

—Sí, cuando la caravana se despidió de Walinda. Con disimulo me acerqué á él; me reconoció y me hizo señas. Comprendí que no me podía hablar, pero que quería entregarme algo. Nuestras manos se encontraron; me apretó la mía, sin duda dándome las gracias, y deslizó entre mis dedos lo que os he entregado.

—¿De manera que no te ha dirigido la palabra?

—Nunca.

Mirando á de Morin le dije:

—Estáis convencido de que el barón es realmente prisionero, y más vigilado que nuestros presidiarios.

No nos quedaba sino dar las más cumplidas gracias á nuestro valiente Ali, por haber salido tan airoso de su cometido y enviárselo á la señora de Guéran, quien sin duda alguna tendría deseos de interrogarle.

Mientras Ali se alejaba, vimos á Delange que, presuroso, venía á nuestro encuentro.

—¿Sabéis la respuesta de la reina?—nos dijo.

—¿Qué respuesta?—exclamamos á la vez.

Pues exclusivamente ocupada la imaginación por el señor de Guéran, habíamos olvidado por completo la embajada enviada á la reina Walinda por el rey de los Momboutous. Delange nos dijo que la reina rehusaba enérgicamente toda alianza y entrevista con el rey Mounza.

«No quiero—había dicho la reina á los embajadores de Mounza—que los habitantes del Norte penetren en mis estados, no quiero que introduzcan en mi reino sus costumbres y sus vicios. No quiero tratos con ninguno de mis vecinos, no les necesito para nada. Decid á vuestro amo que se vuelva á sus estados y no piense más en mandarme embajadas para solicitar mi alianza, no volvería á ver á ninguno, porque los haré degollar á todos desde el primero hasta el último.»

—Esta contestación ha exasperado á Mounza, y quiere franquear inmediatamente la frontera para castigar á la insolente reina de los Walindis.

—Por mi parte, estoy conforme—dijo de Morin,—pues es el único medio de libertar á nuestro compatriota.

—Tal vez el barón nos indique otro medio—repuse.—Vamos á ver á la baronesa, que habrá sin duda alguna terminado la lectura de las notas que le ha enviado su marido.

Y nos encaminamos los tres hacia la cabaña de hojas que ocupaba la señora de Guéran, y que se hallaba situada en medio del campamento.

## XV

La señora Poles nos esperaba.

—La baronesa os recibirá cuando gustéis—nos dijo;—pero os ruego os enteréis de estos papeles, que son más bien vuestros que suyos, puesto que el señor de Guéran ignora por completo su presencia en Africa.

Tomé el cuaderno y nos fuimos á leerle en mi tienda.

Transmito estas notas sobre el diario de nuestra expedición, y no en la Agenda, á la cual confío todos los días mis impresiones personales.

El barón decía lo siguiente:

«Doy gracias con toda mi alma á la expedición europea, quien, después de ponerse valerosamente en mi busca, trata hoy de devolverme la libertad. Pero ni puedo reunirme á ella en el territorio de los Maleggas, ni permitirle que trate de llegar para socorrerme hasta el Ulindi.

Huir es imposible; todos los habitantes de estos territorios son mis carceleros. Saben que la reina quiere guardar su prisionero, y nadie se atreverá á sustraerse á su voluntad.

Hace tres meses que procuré salvarme; anduve aproximadamente cinco leguas en direc-

eión á las montañas, pero cuando Walinda notó mi desaparición, lanzó en pos de mí á todas sus guardias; éstas me cogieron, y con el mayor cuidado me condujeron á la residencia real; á mí nada me dijo la reina, pero mandó degollar á todos los habitantes de las comarcas por donde había pasado, y después de este exterminio quemaron todas las chozas: más de trescientas personas han muerto por causa mía. No tengo, por lo tanto, derecho para huir.

No quiero tampoco que los Europeos traten de conquistar mi libertad al precio de una muerte segura. La expedición, que me ofrece su concurso generoso, cree que, después de haber vencido tantos obstáculos, les queda ya poco que hacer, y que saldrá victoriosa de esta aventura como ha salido de otras. ¡Error! Los Walindis no se parecen en nada á las tribus del Norte. Son muy numerosos, muy valientes y más temibles que las tribus más fuertes y más belicosas del continente africano. En un día, en horas tal vez, destruirían por completo una expedición, por numerosos y valientes que sean sus soldados, aun á pesar del terror producido por las armas de fuego.

Dos vicios, dominantes en los habitantes de esta tribu, han hecho de ellos terribles guerreros. Estos vicios son la pereza y la sensualidad. Decididos á no cultivar este suelo, y, sin embargo, golosos con exceso, viven de la rapiña y á costa de las tribus vecinas; y no queriendo ser ninguno ni labrador ni pastor, todos son soldados.

Una monarquía hereditaria, pero despótica, preside, hace mucho tiempo ya, la suerte de esta tribu, y de reinado en reinado se transmiten tradiciones y usos, que sirven para desarrollar sus apetitos belicosos.

Hubo un príncipe que tuvo la idea de formar un cuerpo de amazonas; andando el tiempo se formó con ellas un cuerpo de armada, y siguen siendo hoy y cada día más temibles. Estas mujeres sufren una especie de alistamiento á los doce años; desde entonces las someten á una serie de maniobras y ejercicios, los cuales al tiempo que desarrollan sus cuerpos, les hacen adquirir una destreza maravillosa; las preparan así para que se acostumbren á la fatiga, las privaciones, que desprecien el peligro y dominen toda impresión de miedo y terror. Uno de sus ejercicios consiste en lanzarse completamente desnudas, y apoderarse por asalto de una especie de arrabal, defendido por haces de espinos y cactus gigantescos, cuyos espinos, tanto de los unos como de los otros, son mortíferos; es una especie de guerrilla más temerosas que las nuestras, y en donde cada combatiente deja parcelas de sus carnes, y muchas veces muere de resultas de sus atroces heridas.

A los quince años por lo general, estas jóvenes son ya mujeres fuertes y robustas, de anchas espaldas, pecho desarrollado, caderas y espinazo que nada quebranta; además reúnen á todo esto una agilidad, precisión y destreza asombrosas; á esa edad, y reuniendo esas cualidades, pasan á formar parte de los cuer-

pos activos; estos son cinco batallones, que entre todas, forman un total de cinco mil amazonas. Sus armas son mortíferas todas, sus terribles lanzas y flechas, bañadas en veneno activo, llevan la muerte consigo; las puntas de hierro, que les sirven de arma ofensiva y defensiva, tienen mucho más parecido á los sables y bayonetas.

La mayor disciplina reina entre ellas; la más leve falta está severamente castigada; la pena de muerte es aplicada á cada momento. En cuanto á las recompensas, estas son ardientemente codiciadas, consisten para ellas en lograr el derecho de casarse ó tomar un amante. Esta es para ellas la recompensa suprema á sus sufrimientos y fatigas, de sus proezas y valor. Para obtenerla, tienen que haber muerto á un enemigo; mientras no lo consiguen, les imponen el celibato más riguroso.

Las mujeres constituyen una potencia temible entre los Walindis, y comprendiendo su superioridad sobre los hombres de su tribu, resolvieron ser gobernadas por una reina mejor que por un rey. Pusieron en práctica su idea, y hace más de treinta años que, sin interrupción masculina, son soberanas las que se suceden unas á otras. La hija mayor de Walinda, destinada á sucederla se encuentra en medio de las amazonas de su edad, y participa de sus penalidades y proezas; no tiene que temer la rivalidad de ningún hermano, porque todos los hijos masculinos que la reina da á luz, son ahogados en el mismo mo-

mento en que nacen. Este ostracismo de nuestro sexo es sólo aplicable á la dinastía real. El gobierno de diferentes distritos lo desempeñan hombres; tienen también sus guardias, pero menos temibles que las de las amazonas; no están tan bien organizadas ni disciplinadas, y sin embargo, á pesar de todo, tienen su sistema de defensa mejor organizado que los guerreros de las tribus vecinas.

Ruego á los expedicionarios europeos de transmitir estos datos en mi nombre á nuestras diferentes sociedades geográficas, suplicando á mis compatriotas desistan de su empresa, queriendo darme la libertad.

Que me dejen morir en este país, en donde he logrado ya hacer algún bien, y en donde esperó hacer mucho más. Walinda está resuelta á guardarme cautivo, y antes que dejarme salir de sus Estados, exterminará á todos sus súbditos. Pero, no tratándose de mi libertad, tengo sobre ella gran influencia; poco á poco se va desprendiendo de su barbarie. He logrado hacerla abolir muchas costumbres sanguinarias; he tenido la dicha de salvar á cientos de víctimas, y espero salvar á muchas más.

Dejadme, pues, seguir mi obra de regeneración, de tranquilidad, de purificación. El bien que llegue á hacer aquí, compensará tal vez algún día el mal que he hecho, abandonando á los que amaba.

Adios, queridos amigos; os doy gracias con toda mi alma por vuestros deseos en quererme libertar. Son ¡ay! irrealizables: no puedo ser salvado, ni quiero serlo. »

## XVI

Cuando se concluyó la lectura de las notas del barón, dije á de Morin:

—¿No os recuerda el señor de Guéran á Ladislao Magyar?

—Recuerdo el nombre—contestó mi amigo;—pero he olvidado las aventuras á que sin duda queréis hacer alusión.

—Era un húngaro que viajaba por cuenta de una casa de comercio portuguesa, establecida en Bengala. Habiendo tenido que hacer un viaje comercial en 1849 por el Occidente del Africa, hacia el 13º de latitud, al Sur del Ecuador, tuvo la mala suerte de que le viera la bella Ozoro, hija del rey Bihé, la cual se prevalió de su padre para que el húngaro se casara con ella. Ladislao Magyar no ha vuelto nunca á Europa, lo que ha hecho suponer que los celos y la vigilancia de su mujer le hayan impedido volver á su país al lado de su familia.

—Invocado—repuso de Morin—ese recuerdo histórico y geográfico, ¿queréis decir que el barón es el amante feliz de la Venus negra? Hace un momento que os quería hacer

partícipe de mi opinión, y vos la rechazabais.

—Nada de eso; no me habéis comprendido; no habré sido bastante explícito; me adhiero á vuestro modo de ver; pero sostenía, y sigo sosteniendo, que los encantos de Walinda no habrían sido suficientes para que un parisien- se se hubiese localizado en Africa. Cuanto dice el señor de Guéran en ese escrito, confirma mi manera de ver en este asunto. Admito que el barón es de carne y hueso como nosotros: haya sido primero por capricho el amante de Walinda, y luego que la reina haya hecho de él un esclavo. Pero todo eso no le impediría aspirar á ser libre. Y creedlo bien; es sincero hablando de su obra de regeneración. El barón de Guéran era el protegido, el ahijado de Livingstone, y corre por sus venas la sangre de ese apóstol africano. No es sólo la pasión de los descubrimientos lo que le ha hecho abandonar su patria, su hogar y la mujer amada, sino la fiebre del apostolado, la fiebre tal vez del martirio. No destruyáis mi ilusión; experimento gran placer en ensalzar así al marido de la señora de Guéran. Pues no quiero suponer que una mujer de miras tan rectas, de corazón tan elevado, de educación tan distinguida y de talento tan superior, hubiese escogido libremente por marido un vulgar amante de aventuras lejanas.

—No destruiré tanto menos vuestras ilusiones—repuso de Morin,—cuanto que pienso como vos. Considero al barón como marido, mi enemigo personal, y tengo la costumbre de colocar á mis enemigos sobre un pedestal,

para que, cuando llegue á derribarlos, su caída sea más ruidosa. No es la primera vez que oigo hablar de él; en Francia es muy apreciado, por sus miras profundas y muy extensas; entonces respetaba su memoria, puesto que todos hemos creído en su muerte; hoy admiro su conducta. Es un misionero, un apóstol, un mártir, convengo en ello; pero también le juzgo un ente original, hastiado de nuestra vida parisiense y de las costumbres europeas, queriendo recorrer horizontes desconocidos y estudiar nuevos misterios en otro continente. Se encuentra bien, creedlo, en medio de esa leonera que llaman amazonas, y al lado de esa reina espléndida y enamorada hasta la ferocidad, de quien es dueño y esclavo á un tiempo. ¿Encontraría, por ventura, en Europa una querida tan extraña, un mareo como el que le rodea para sus amores, y tanta voluptuosidad en el aire que respira? ¡No! Bien lo sabe, y por eso se queda, dominado por el atractivo de lo nuevo y por sus gustos artísticos, para estudiar á su sabor la Naturaleza en toda su desnudez, creyendo de buena fe llenar una misión humanitaria.

—Aunque no tengamos la misma manera de juzgar al barón, sin embargo, en algunos puntos estamos de acuerdo. El señor de Guéran es un misionero práctico; quiere civilizar á los salvajes y predicar moral cristiana. Pero mezcla también lo profano á lo sagrado, y procura pasar todo el tiempo de su apostolado lo más agradablemente posible. Pero debemos creer que es sincero, cuando dice que no in-

tentemos sacarle de manos de los Walindis, porque sería imposible.

—Sí; lo cree así, porque está persuadido que nos estrellarían, que nos pulverizarían, que nos cortarían á pedacitos, si llegasen á cogernos los Walindis. Pero se engaña; y está lejos de suponer que tenemos á nuestra disposición cinco mil hombres disciplinados por nosotros y fanatizados por su rey, y á más de esto, doseientos hombres armados con carabinas y cien Egipcios aguerridos, total cinco mil trescientos hombres.

—Entonces ¿vos creéis que no debemos hacer caso de sus advertencias?

—Además, querido amigo, permitidme que os diga que si el señor de Guéran es gustoso puede fijar su residencia en el Ulindi, y morir en Africa, es muy dueño de hacerlo; pero creo que no tenemos el mismo capricho, y que queremos volver á la madre patria; un solo camino está á nuestro alcance, es ir hacia el Sur. ¡Vamos allá pues! Si encontramos al señor de Guéran en el Ulindi, tanto mejor ó tanto peor para él, y como tenemos necesidad de pasar, *All right*, como dicen los americanos. ¿Qué decís á esto?

—Que mi opinión está conforme con la vuestra. El señor de Guéran es el accesorio; salvándonos le salvaremos tal vez.

Gritos formidables se dejaban oír en el campamento de los Momboutous. Nos dirigimos hacia él con el fin de informarnos de lo que había ocurrido. Supimos allí que Mounza había electrizado sus tropas con la perspectiva

de rico botín y una razia de soberbias esclavas.

Las tropas contestaron, como contestan todas en todos los países á los discursos de sus jefes, de aquí los atronadores gritos de «*Th, th, tchaupi!*» «*Th, Mounza, ih!*» repetidos frenéticamente; los tambores y las trompas hacían coro á los vivas, y nos ensordecían; los arcos, las flechas y las lanzas se agitaron, y los Mombouttous, sin esperar á más, incendiaron su campamento, disponiéndose á emprender la marcha para atacar al enemigo.

Tuvimos que calmar su ardor belicoso y obtener de Mounza que se detuviera la marcha hasta el siguiente día; nos faltaba que hacer algunos preparativos, y además nos parecía peligroso franquear de noche la frontera.

Después de haber fijado la hora de salida para el otro día, fuimos á avisar á la señora de Guéran. Esta nos esperaba; así es que, en cuanto nos aperebió, dió algunos pasos á nuestro encuentro, y sin vacilar nos alargó las dos manos.

—El doctor me acaba de decir—exclamó—que, despreciando las advertencias del señor de Guéran, estáis resueltos á intentar rescatarle.

—Nada de eso, señora—dijo de Morin;—no tratamos de libertar á nadie; lo único que queremos es volver á París por el camino más corto.

—Y como no hay otro medio—dije á mi vez,—tenemos que intentar franquearnos paso, visitando á los Walindis, so pena de que-

darnos con los Mombouttous para in eternum ó desandar lo andado.

Se sonrió, mirándonos con esa mirada que nos esclavizaba á sus pies, y nos dijo:

—Bien, caballeros, os conozco y sé á qué atenerme en cuanto á vuestro valor y abnegación; queréis parecer á mis ojos menos generosos de lo que sois, y esto mismo os realza. Acepto vuestro nuevo sacrificio, y no os doy gracias por él; hay hechos que no pueden apreciarse sino con el corazón. Tened la seguridad de que os agradezco con toda mi alma lo que vais á hacer.

La llegada de Delange puso fin á nuestra conversación.

—Señores—exclamó, al parecer muy azorado,—dadme un consejo; me encuentro extremadamente apurado con respecto á la señora Poles. Hace un momento que ha venido á sorprenderme en mi tienda, y precipitándose á mi cuello, abrazándome estrechamente, decía:

—¡Doctor, doctor, protegedme, en nombre del cielo, protegedme, os lo suplico, contra mi funesta pasión!

—¿Pero—dije riendo al ver su descorapuesto ademán—qué víbora os ha picado, señora?

Y después de mil rodeos y de infinidad de dudas á cual más petéticas, ha concluído por confesar que ama locamente al rey Kadjoro.

—Ya lo habíamos sospechado—dijo de Morin riendo.

—¿Habrá faltado á sus deberes?—preguntó Periéres con voz sorda al doctor.

—¡No, señores, tranquilizáos! Por el momento, la señora Poles se conserva pura de toda mancha, pero teme sucumbir al momento de separarse para siempre del objeto de su adoración.

—Y bien—exclamó de Morin,—si eso sucede, ¡tanto peor para Kadjoro!

—¿Qué consejo habéis dado á la señora Poles?

—Si hubiese sabido qué decirle, no hubiera venido á consultaros, pues está en un estado de exaltación tal, que temo por su razón.

—Encerradla—propuso de Morin.

—Empresa difícil—repliqué.—¿Como encerrarla cuando en este país no hay puertas ni ventanas en las casas? Pero el doctor debe constituirse en su guardia permanente, seguir sus pasos como su sombra, no permitir que manille su blanco armiño al contacto de un negro.

—¡Ah!—exclamó Delange furibundo,—pedis demasiado, caballeros, y me sublevó! Os sigo sin murmurar al territorio de los Walindis, adonde vamos, lo sé de antemano, á ser sacrificados; pero queréis que durante toda una noche vele la virtud de la señora Poles, queréis que la defienda de sus pasiones, que la sienta llorar, su cabeza apoyada en mi hombro, exponerme á que me vuelva á estrechar en sus brazos y me arañe con sus anteojos azules; señores, eso es pedir demasiado, y rehuso positivamente; dejaré en libertad á la señora Poles, y todo quedará reducido á nuestra vuelta á Francia, si es que volvemos

algún día, á que me impongáis el castigo de ser padrino de un pequeño Kadjoro.

Y los dos amigos, á pesar de la presencia de la señora de Guéran, soltaron la carcajada al ver la desesperación cómica del doctor.

El 26 de Noviembre, y después de una noche tranquila para todos, el sol apareció en un cielo radiante. El cuerpo de armada de Mounza emprendió la marcha, llevándonos á retaguardia.

## XVII

El rey Kadjoro no se separó de nosotros sino cuando llegamos á la frontera de sus Estados. Nos separamos con sentimiento de aquel rey tan inteligente, tan humanitario, y relativamente más civilizado que todos los demás jefes de tribus, incluso nuestro particular amigo el soberano Mounza. Había sido atentísimo con nuestra caravana, así es que cuando nos separamos de él nos entristecimos, y vimos sus ojos bañados en lágrimas. La señora Poles decía era el sentimiento de separarse de ella, y no permitiéndole la decencia abrazar al rey, según su deseo, se desquitó enviándole besos con la punta de los dedos.

Allí no nos había engañado al decirnos que

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
1625 MONTERREY, MEXICO

el territorio de los Walindis en nada se parecía al de los Maleggas.

Aquí ya no hay bosques ni tierras cultivadas, ni valles llenos de hermoso ganado, ni pueblecitos escalonados en las faldas de las colinas, cubiertos con la sombra de frondosos árboles. Ahora se extienden ante nuestra vista fragmentos de piedras angulosas, torrentes, rocas; terrenos con inmensas quebraduras han reemplazado los caminos rodeados de lozana vegetación. Sin embargo, es tan potente la vegetación en todos estos parajes, que corpulentos árboles prestan su sombra á las crestas de las áridas montañas que nos rodean, palmeras gigantescas, con los troncos dentellados y terminados por un abanico de hojas, se mezclan en las orillas de los torrentes á los aloes.

El calor es sofocante en este medio desierto: la menor sombra se divisa, la tierra parece dormida bajo la acción del calor. Nuestras tropas adelantan paso á paso, por medio de las sinuosidades del camino, no abandonando de la mano sus armas, en caso de sorpresa.

Un cuerpo de exploradores, organizado por de Morin, debe darnos la voz de alarma en caso de peligro. El cuerpo principal de la armada se compone de varios batallones, divididos en destacamentos. Ocupamos el centro con nuestra escolta particular, y además los Mombouttous que hemos armado con carabinas. Mounza, que no se halla aún restablecido de su herida, está en medio de nosotros, sobre

una especie de carretilla arrastrada por esclavos. La señora de Guéran descansa en una hamaca llevada á hombros por ocho Nubienses, andando á paso mesurado. Delange, de Morin y yo á pie, pues el único caballo que nos quedaba murió durante nuestra estancia en los Estados de Kandjoro, picado por la mosca *Tsetse*, insecto cuya picadura, inofensiva para el hombre y los animales salvajes, es mortal para el caballo. En fin, José, que por indolencia natural y algo de miedo prolonga indefinidamente su convalecencia, está tendido sobre el lomo de un buey. Este sirve de norma á todo el rebaño que nos sigue en pos, y que es considerable, gracias á la generosidad de Kadjoro. Sabiendo que no debíamos contar con la hospitalidad de los Walindis, hemos tomado precauciones para que ni el cuerpo de armada ni nuestra caravana padeciesen necesidad alguna, pues habíamos obtenido la promesa formal de parte de Mounza que sus tropas no saquearían los pueblos que debíamos recorrer si no atacaban á los soldados.

Nadie se opuso á nuestra marcha, nadie huyó á nuestra vista; parecía que órdenes habían sido comunicadas para dejarnos el paso franco; los habitantes de las aldeas próximas acudían á nuestro paso para mirarnos, pero sin ningún ademán hostil.

¿Habría variado la reina de modo de pensar, ó bien se preparaba para atacarnos cuando estuviésemos en el centro de sus Estados, para poder así cortarnos la retirada y exterminarnos hasta el último soldado del atrevi-

do Mounza? Esta última hipótesis es la más probable.

Los naturales del país tienen confianza en sí mismos, y la vista de los hombres blancos no les produce efecto alguno. Así es que viéndoles reunidos, y conociendo que no trataban de huir, muchas veces nos hemos separado de las filas Delange, de Morin y yo para estudiarlos con atención. Es una raza magnífica, muy superior á los Maleggas, cuya hermosura física hemos admirado tanto. El ángulo facial está completamente derecho, la frente despejada, los labios gruesos, pero de forma ordinaria, es decir, sin que vuelva hacia afuera como la mayor parte de los labios de los negros; los dientes muy hermosos y muy blancos; la nariz, que nunca es aguileña, es un poco corta y redonda de la punta.

La desnudez más completa es obligatoria entre los Walindis, puesto que ni la tira de cuero más estrecha, ni la hoja más diminuta es usada para ocultar su desnudez. Sin duda alguna, algún soberano, amante de la obra de Dios, y deseando ver desenvolverse en todo su esplendor las formas atléticas de sus subordinados, decretó alguna ley suntuaria de las más radicales.

No hemos visto hasta ahora ninguna amazona en activo servicio; las que hemos admirado hasta hoy son las sedentarias, es decir, las casadas, que son, como si dijéramos nacionales al servicio de jefes de distrito. Sin embargo, estas mujeres, que llamaremos de segunda categoría, podrían servir como mode-

los á nuestros más distinguidos escultores. ¡Qué formas tan maravillosas!

—¡Soberbio! ¡soberbio!—decía Delange admirando estas bellas estatuas, color bronce claro.—Es indudable que las mujeres de estos contornos son hijas de Venus. Esa diosa de la antigüedad habrá favorecido á algún dios negro, aunque la Mitología, sin duda por discreción, no nos haya nunca hablado de ello.

Como todas las mujeres de estas regiones, las del Ulindi despliegan gran lujo en adornar sus cabezas. El pelo larguísimo, espeso y rizado, está recogido en una especie de redcilla, hecha con corteza de árbol; todo el pelo se recoge hacia arriba y forma un promontorio encima de la cabeza, de una solidez tan grande, que defiende la cabeza mejor que el más fuerte de los cascotes, puesto que los aceros de las flechas y las puntas de las lanzas no pueden penetrar en él. La mayor parte de estos cascotes de nueva invención están teñidos de un color rojizo, tinte natural que sacan de la arcilla que las aguas dejan en los riachuelos del país. Algunas mujeres por coquetería se tiñen también del mismo color los párpados y las cejas. Vistas de lejos estas mujeres, producen un singular efecto, pues parecen rojas con piel negra, rarezas que la madre naturaleza, á pesar de sus excentricidades, no se ha permitido todavía crear.

Pudimos lograr entrar en algunas cabañas; éstas se componen de tres paredes circulares, como si fueran baluartes; la techumbre la forman cañas entrelazadas de bejuco; la entra-

da es una especie de agujero, por el cual no se puede pasar si no, como se dice vulgarmente, á cuatro patas; pero después de franquearlo, se experimenta un bienestar indecible; y después del insufrible calor de afuera, se disfruta dentro de la cabaña de una frescura tan agradable que en el primer momento se siente uno poseído de la tentación de no abandonarla. Pero bien pronto se busca con afán el agujero por donde se ha entrado. Y es que su permanencia se hace insufrible: primero, por el humo que despiden dos ó tres pedazos de leña requemándose en un rincón, con el fin de alejar de allí á los mosquitos, y luego por el olor que despiden las pieles de animales, extendidas sobre las paredes y suelo. Reparamos que había muchas pieles de león, que nos dijeron eran allí numerosos, y que las Amazonas eran las encargadas de destruirles, pues pueden ganar en la caza, como en la guerra, el marido ofrecido como recompensa á su valor.

8 Diciembre.—Hace doce días que hemos emprendido la marcha, y todavía no hemos tenido noticias de la reina. Se diría que ignora por completo que estamos en sus Estados. Pero algo se fragua, porque los jefes de los distritos huyen en cuanto nos ven. Todos los hombres útiles, todas las mujeres que pueden combatir han desaparecido de las aldeas. No quedan sino ancianos y niños, los cuales gesticulan temblando en lugar de contestar á nuestras preguntas. La soledad se hace mayor cada día á nuestro paso.

Creemos que pronto tendremos la solución

de tan terrible enigma. Allí nos dice que sólo tres días de marcha nos separan de la residencia real. Tanto más que las montañas que sirven de fronteras al Ulindi se dejan ver á unas diez leguas de distancia. Desde el sitio en donde estamos se distinguen sus crestas, y se puede uno cerciorar de sus sinuosidades; se ve en primer lugar el monte Maccorly ó Caroli, que tiene quinientos ó seiscientos metros de altura. Detrás de éste, dos largas cordilleras sobrepuestas una tras otra y cuyas cimas se pierden en el espacio. Estas se elevan hacia el NNO, y van en declive hacia el SSE, en una extensión aproximadamente de treinta leguas.

Nuestros anteojos de larga vista consultan no solamente esos lejanos horizontes, sino que escudriñan también todas las sinuosidades del terreno. Hacemos nosotros mismos el oficio de exploradores, y no permitimos que avancen las tropas sino después de un escrupuloso reconocimiento. Cada día nos sorprende más la actitud de las tropas de Mounza, y nos preguntamos si tienen conciencia del peligro que corren, pues su obediencia á nuestros mandatos es tan pasiva que raya en inverosímil. ¿O será que la disciplina que hemos introducido en ellas domine á estos salvajes? ¿O bien las domine la idea de la *razia* que van á hacer de bellas prisioneras y pensarán desquitarse de todas sus privaciones comiendo las más apetitosas?

Sea por lo que sea, nadie se aleja del camino trazado, nadie se ha permitido el menor

desmán; los moradores de estas comarcas han sido respetados, lo mismo que sus viviendas. Nos alegramos de esta mansedumbre de los que nos acompañan: cuando llegue el momento de la lucha, si la provocan, la razón nos asistirá para defendernos, pues nada hemos hecho para provocar un conflicto.

Mounza es ciertamente el menos pacífico de los Mombouttous; y si no le dominara por completo la señora de Guéran, ya hubiese hecho prender fuego á muchas comarcas y exterminar gran número de habitantes. Su inacción le pesa cada día más; el silencio que se hace á su paso le molesta; está irritado, nervioso, inquieto, y aunque fuese cometiendo una imprudencia, quisiera salir de la incertidumbre en que nos hallamos.

¡En qué situación nos hemos colocado para alcanzar el fin de nuestro propósito! Si nos atacan los Walindis y son vencedores, habremos ido en busca de la muerte. Si, por el contrario, somos vencedores, tendremos que emprender la lucha contra Mounza para conquistar nuestra libertad, pues se muestra cada día más apasionado por la señora de Guéran, y esta pasión es la que nos va á esclavizar á todos.

¡Dios nos venga en ayuda! pues nosotros mismos le hemos dado los medios de combatirnos. Ochenta de sus mejores soldados se encuentran armados con carabinas y revólvers; todas sus tropas saben defenderse mejor ó peor; él mismo ha aprendido á mandarlos, puesto que le hemos iniciado en ello; de modo

que creo que hemos trabajado para nuestro exterminio. ¡En fin, Dios sobre todo!

Delange, con su acostumbrada alegría, sólo se acuerda de los señores Desrioux y Pommerelle; deplora que el primero, por amor filial, le haya mandado en su lugar á este país, y se lamenta de que Pommerelle haya preferido pasar los días arrullando á su rubia sílfide, en lugar de emprender un pequeño viaje de dos mil leguas, para traernos algunos refuerzos y algunas cajas de cigarros, que nos hacen suma falta.

La señora Poles nada dice; sigue embargada por sus recuerdos amorosos. ¡Tal vez vaya al encuentro de la muerte con alegría! La vida para ella se hace insostenible separada de Kadjoro.

José es el único que se da cuenta exacta de la situación, y protesta. Pero el señor de Morin le dice que él no le obliga á seguir adelante, y le deja en libertad para volver si quiere solo á la calle de Taitbout.

«11 de Diciembre.—Esta mañana, á las cinco, he salido de mi tienda para explorar el horizonte, y he notado que masas confusas se agitan al pie de las colinas que nos rodean. Los Walindis han aprovechado la noche para acercarse, y tratan de envolvernos.»

## XVIII

El Diario de la expedición europea es tan conciso desde esta época, que no podríamos seguir relatando esta historia. Tenemos, pues, que acudir á la amabilidad de personas autorizadas para obtener datos verídicos que nos permitan proseguirla, sin omitir detalle alguno ni disminuir el verdadero interés que encierra.

En cuanto el señor Periéres vislumbró la aparición del cuerpo de armada de los Walindis, avisó presuroso á de Morin y Delange.

—¡Tanto mejor!—dijo el último;—por lo menos sabemos á qué atenernos.

—Nos atacarán en cuanto aparezca el sol—dijo de Morin;—cuando los negros se baten, gustan saludar al astro radiante con su primer grito de guerra. Pronto, demos la voz de alerta y tomemos las armas.

—¿No veis—preguntó Periéres—ningún medio de evitar esta lucha, que me parece va á ser terrible?

—No veo ninguno—repuso de Morin;—he reflexionado mucho y nada he encontrado.

—¿Y si se mandaran parlamentarios á la reina?

—Los recibiré con flechazos. Y además, ¿para qué?

—Para decirle que los soldados de Mounza han respetado su territorio y sus habitantes, y que le ofrece de nuevo su alianza.

—No me opongo á que se haga una tentativa; pero con la condición de que seremos nosotros los embajadores.

—Señores—dijo Delange,—esa misión me incumbe á mí: yo aquí no represento nada más que mi persona; vosotros, por el contrario, sois el alma de la expedición: si llegaseis á faltar, ¿qué sería de la señora de Guéran, de nuestra caravana, de Mounza y de sus soldados? Por lo tanto, dejadme ir solo á ver á esa reina incomparable, según dicen; ardo en deseos de hallarme frente á ella: por lo tanto, parto, y voy solo y sin armas: busquemos con nuestros anteojos en qué lado se encuentra mi soberbia ahijada, puesto que la he bautizado con el nombre de Venus negra, porque no estoy de humor de buscarla á ciegas en medio de toda su armada.

Los señores de Morin y Periéres no intentaron disuadir al doctor de su empeño; encontraban su determinación muy natural. Y, sin abrigar ninguna esperanza de éxito, le dejaron partir para ver si se podía impedir la horrosa carnicería que proveían.

Nada encargaron á Delange, pues sabían que su inteligencia y sangre fría eran superiores.

Mientras el parlamentario se dirigía hacia una colina situada á unos quinientos metros

de distancia, alumbrada por los primeros rayos del sol saliente, de Morin y Periéres, sin perder un segundo, ponían en ejecución un plan que acababa de surgir de improviso en su mente.

La explanada en que habían pasado la noche, y que serviría sin duda alguna de campo de batalla, se parecía á un inmenso círculo de forma oblonga, rodeada al Norte, al Este y al Oeste de colinas poco elevadas, y por el Sur, en toda su extensión, por una montaña de quinientos á seiscientos metros de altura.

Periéres propuso apoyar el grueso de la armada delante de dicha montaña y abrir delante de éste un foso que les sirviera de trinchera. Gracias á ese sistema de defensa, los Walindis no podrían envolverlos, como hubiera sucedido si se hubiesen quedado en medio de la llanura, y de tener que salir á luchar á la explanada parte de las tropas de Mounza con la caravana europea, quedarían resguardados detrás de esta trinchera, que se iba á reforzar con todos los artefactos de que disponía la caravana.

Mientras que todos trabajaban en abrir el foso, de Morin miraba con despecho la montaña que se levantaba ante él, y decía:

—¡Qué lástima que esta soberbia montaña no se pueda franquear! Si eso pudiera hacerse, pasaríamos al otro lado sin batirnos, abandonando el territorio de los Walindis, encontrándonos en el lago Alberto.

—Hagamos saltar esa mole—dijo Periéres riendo;—¡quién sabe si no encontraremos de-

trás el camino que nos devuelve a nuestra patria.

—Creo, amigo mío—contestó de Morin,— que en este momento nuestra pólvora debe conservarse para defender nuestras vidas.

Mientras tanto, el doctor seguía tranquilamente su carrera por medio de la llanura. Quisimos que le acompañase Nassar, pero rehusó, diciendo que si lograba ver á la reina, que también vería al barón de Guéran, y que éste le serviría de intérprete.

No se había equivocado en sus suposiciones: su compatriota debía servirle de mucho. De pronto, gran número de flechas volaron al rededor suyo; pero éstas cesaron de silbar, y cuando se encontró á unos cien metros de distancia del punto á que se había propuesto llegar, un hombre se adelantó hacia él.

## XIX

Este representaba tener cuarenta años; alto, delgado, un poco encogido de hombros. Pero, á pesar de tener el rostro curtido por el sol, el pelo y la barba muy descuidadas, y estar cubierto su cuerpo por harapos, se reconocía en él que era una persona distinguida.

Se adelantó hacia Delange, y levantando

de distancia, alumbrada por los primeros rayos del sol saliente, de Morin y Periéres, sin perder un segundo, ponían en ejecución un plan que acababa de surgir de improviso en su mente.

La explanada en que habían pasado la noche, y que serviría sin duda alguna de campo de batalla, se parecía á un inmenso círculo de forma oblonga, rodeada al Norte, al Este y al Oeste de colinas poco elevadas, y por el Sur, en toda su extensión, por una montaña de quinientos á seiscientos metros de altura.

Periéres propuso apoyar el grueso de la armada delante de dicha montaña y abrir delante de éste un foso que les sirviera de trinchera. Gracias á ese sistema de defensa, los Walindis no podrían envolverlos, como hubiera sucedido si se hubiesen quedado en medio de la llanura, y de tener que salir á luchar á la explanada parte de las tropas de Mounza con la caravana europea, quedarían resguardados detrás de esta trinchera, que se iba á reforzar con todos los artefactos de que disponía la caravana.

Mientras que todos trabajaban en abrir el foso, de Morin miraba con despecho la montaña que se levantaba ante él, y decía:

—¡Qué lástima que esta soberbia montaña no se pueda franquear! Si eso pudiera hacerse, pasaríamos al otro lado sin batirnos, abandonando el territorio de los Walindis, encontrándonos en el lago Alberto.

—Hagamos saltar esa mole—dijo Periéres riendo;—¡quién sabe si no encontraremos de-

trás el camino que nos devuelve a nuestra patria.

—Creo, amigo mío—contestó de Morin,—que en este momento nuestra pólvora debe conservarse para defender nuestras vidas.

Mientras tanto, el doctor seguía tranquilamente su carrera por medio de la llanura. Quisimos que le acompañase Nassar, pero rehusó, diciendo que si lograba ver á la reina, que también vería al barón de Guéran, y que éste le serviría de intérprete.

No se había equivocado en sus suposiciones: su compatriota debía servirle de mucho. De pronto, gran número de flechas volaron al rededor suyo; pero éstas cesaron de silbar, y cuando se encontró á unos cien metros de distancia del punto á que se había propuesto llegar, un hombre se adelantó hacia él.

## XIX

Este representaba tener cuarenta años; alto, delgado, un poco encogido de hombros. Pero, á pesar de tener el rostro curtido por el sol, el pelo y la barba muy descuidadas, y estar cubierto su cuerpo por harapos, se reconocía en él que era una persona distinguida.

Se adelantó hacia Delange, y levantando

una *sombra* de kepis que cubría su cabeza, le dijo en francés, con voz conmovida:

—¿Sois, caballero, un expedicionario de la caravana, que tan generosamente ha venido en busca mía?

—Sí señor—contestó Delange saludando;— y tengo, sin duda alguna, el honor de hablar con el barón de Guéran.

—Efectivamente, soy el barón de Guéran, y en verdad que nadie al ver mi traje lo diría—contestó con sutil sonrisa.—¿Y con quién tengo el honor de hablar? Deseo tener el gusto de saber vuestro nombre para no olvidarle jamás.

—El doctor Delange: un francés, un parisiense.

—¡Ah! ¿y vuestros amigos?

—El señor de Morin y el señor Perrières.

—Gracias. Esos tres nombres no saldrán ya de mi memoria ni de mi corazón. Ahora, tened la bondad de decirme por qué, á pesar de mis consejos, habéis insistido en sacarme de aquí. Y decidme también qué intentáis al presentaros solo. Sed breve, pues he podido conseguir difícilmente el hablar á solas con vos; por lo tanto, hablad pronto.

—Quisiera ver de cerca y hablar con la reina, y por vuestra influencia y mediación, evitar un combate mortífero.

—Aunque hablaseis con la reina, nada podréis conseguir; está furiosa contra los Mombouttous, porque han invadido su territorio, y su cólera os envuelve en ella y os toma por enemigos. Hace quince días que sabe habéis en-

trado en el Ulindi; quiere cuanto antes demostraros que nada podéis contra sus fuerzas; hasta hoy he podido contener su ira; pero ya me encuentro impotente para contrarrestar su voluntad, y no puedo sino deplorar vuestra desgracia.

—De manera—dijo Delange—que tenéis la convicción de que seremos vencidos.

—¡Sí, desgraciadamente! Las fuerzas de que dispone Walinda son considerables, bien disciplinadas y aguerridas... Me desespera la idea de no haberos podido hacer retroceder y haceros abandonar vuestro fatal proyecto, y me martiriza el no poder batirme en vuestras filas.

—¡Pues qué! ¿no intentaréis reuniros con nosotros?—preguntó el doctor.

—Si hubiera podido huir, ya estaría en medio de mis compatriotas; pero ¡ay de mí! volved la cabeza hacia vuestra izquierda y mirad esa falange de mujeres que espían todos nuestros movimientos. Si diera un paso hacia vuestro campamento, si traspasara los límites que me han sido marcados, veríais mis carceras correr desaladas hacia nosotros, apoderarse de mí, y después de haberos aniquilado, llevarme á la fuerza á los pies de su reina. Mirad, aún es tiempo. Decid á vuestros amigos que abandonen sus proyectos, que vuelvan hacia atrás, y haciendo eso, tal vez puedan lograr que os dejen partir sin atacaros.

—Es imposible: el rey de los Mombouttous quiere humillar á Walinda, y no conseguiremos disuadirle. Y si la reina sigue en su ne-

gativa de verle y rehusar su alianza, para emprender la lucha no esperará ciertamente ser atacado.

—Os aseguro que rehusará, como lo ha dicho ya.

—¿Entonces la lucha es inevitable?

—De todo punto.

—¿Y es un descalabro seguro para nosotros? —dijo el doctor.

El señor de Guéran bajó la cabeza y guardó silencio.

Entonces el señor Delange con voz mesurada, y recalcando cada palabra, le dijo:

—¿Sabéis que con nosotros hay dos mujeres blancas?

—Sí, se lo han dicho á la reina. Serán vuestras mujeres, sin duda alguna. Viajáis como lo ha hecho durante mucho tiempo mi anciano amigo Livingstone, y también viajaba así Baker, la última vez que le ví.

—Os engañáis —dijo bruscamente Delange;— la señora á quien acompañamos mis amigos y yo es la baronesa de Guéran, vuestra mujer.

—¡Mi mujer, mi mujer! —balbuceó el barón: jeso es imposible, imposible!

—Os doy mi palabra —contestó el doctor, —de que sólo os he dicho la verdad.

—¡Ah, gran Dios, la verdad, la verdad!... ¡Mi mujer tan cerca de mí, mi mujer aquí! —decía el señor de Guéran, estupefacto, anodado, vacilante.

—Si —continuó Delange— la señora de Guéran está á trescientos metros de nosotros,

al pie de aquella montaña, en medio de las tropas de Mounza.

—¿Pero cómo se ha atrevido á emprender un viaje tan peligroso y tan largo?... no comprendo... no...

Y dominado por profunda emoción, su voz espiraba en su garganta.

El doctor le dijo:

—Ella ha sido la que ha ideado la expedición de que formamos parte mis amigos y yo, y hace catorce meses que hemos emprendido la marcha en busca vuestra.

De repente se irguió el señor de Guéran, y dirigiéndose al doctor le dijo con impetuosidad:

—Vamos, vamos, quiero verla, quiero abrazarla; me matarán, pero ¡qué me importa si la he visto antes! ¡Venid, venid, quiero verla, venid!

Y arrastraba á Delange, el cual, comprendiendo el peligro, trataba de detenerle.

Pero no bien habían andado quince pasos, cuando se vieron rodeados por un centenar de amazonas, las cuales, sin tocarlos, les impedían dar un paso, encerrándoles en una triple muralla humana, guarnecida de lanzas de hierro, puntiagudas y afiladas cual el más fino cuchillo de acero, pues las amazonas estaban ya preparadas para el combate.

El señor de Guéran recobró al punto su sangre fría.

—Ya veis —dijo— que no os había engañado, diciéndoos que soy prisionero y que tengo terribles corceleras. Ya veo que la reina se

adelanta hacia nosotros; escuchadme, pues me queda poco tiempo. Trataré de persuadirla que quería acompañaros unos cuantos pasos más para obligaros á marchar. Pediré vuestra libertad, y la obtendré; pero omitid de hacerla ninguna proposición, pues vería en ello la confesión de vuestros temores, y comprendería que teméis poneros frente á ella; además, aunque ella quisiera renunciar á la lucha, ya no es tiempo; sus tropas están sobrecitadas y no tiene más remedio que dejarlas batirse.

En cuanto os mande retiraros, volad al lado de los vuestros... de los míos... Dentro de pocos instantes empezará la lucha; defenderos, y sobre todo, procurad tener al enemigo á distancia; evitad cuanto esté en vuestra mano el no dejaros arrastrar á la lucha cuerpo á cuerpo.... Estas mujeres son terribles cuando logran enlazar al enemigo; no sueltan sino el cadáver. En cuanto la batalla empiece, tendré más libertad, aprovecharé el primer momento para huir y reunirme á vosotros; pues si he de morir, hoy quiero morir á vuestro lado, cerca de ella. He aquí á la reina.

Walinda adelantaba, grave, tranquila, majestuosa, rodeada de su brillante guardia de honor.

El círculo que nos rodeaba se abrió para darle paso, y sin preocuparse de Delange, se dirigió á su prisionero, á quien increpó vivamente.

Mientras tanto, el doctor la miraba con atención, recreando su vista en detallar aquella

admirable mujer. He aquí el retrato que nos ha comunicado de ella:

La reina de los Walindis, dice, es alta, con un busto admirable, anchas espaldas, pecho desarrollado, caderas sobresalientes, grande elasticidad en todos sus movimientos, mucha gracia, reunida á gran fuerza muscular.

Si — exclama admirado, — es una Venus, una soberbia estatua de bronce modelado por el grande escultor, quien se ha complacido en animar con vida esa perfecta producción. ¡Y tan perfecta! Largos cabellos negros como el azabache, despreciando la moda del país, y sueltos de toda presión, cubren con un manto de seda sus espaldas y su cintura; su frente es ancha, lisa y sin la más leve arruga; la tez, un poco cobriza, se parece á la de las indias mestizas; grandes ojos negros rasgados, de mirada dulce y lánguida á veces, enérgica y cruel otras, pero siempre facisnadora; su nariz, un poco redonda, se estremece á la más ligera emoción.

Sus dientes blancos, pequeños y agudos, se dejan ver detrás de unos labios algo gruesos, pero de un rojo de flor de cactus; su sonrisa es irónica, y sin embargo, embellece aún más el conjunto, tan hermoso ya. Jamás he visto — decía Delange — nada más pintoresco, ni más bello; tan fascinado y dominado estaba por el espectáculo que tenía á la vista, que olvidé completamente que me encontraba en una situación de las más peligrosas.

Vió la reina esa admiración en los ojos y en la actitud del joven, á quien miraba desde

un momento con insistente atención. ¿La lisonjeó el éxtasis del doctor, ó pensó quizás que después del combate, éste sería también su prisionero?

El caso es que vió abrirse una brecha en la muralla humana que le rodeaba, y Walinda, extendiendo el brazo, le hizo señas de que se marchara.

El señor Delange no se detuvo en pensar á que debía el tener la vida salva; comprendió que le decían se fuera sin hacerle siquiera el honor de dirigirle la palabra. No creyó debía formalizarse de esa falta de cortesía, y mirando, por última vez, á la reina de pies á cabeza, saludando con los ojos al barón, se alejó, mirando con indiscreción la hilera de bellas amazonas formadas á su paso.

Un cuarto de hora después, y todavía dominado por el encanto de cuanto había visto, llegaba al campamento de Mounza, y se reunía á sus amigos. Estos no habían perdido el tiempo durante su ausencia: un foso, de un metro de profundidad, por cien metros de extensión, había sido abierto. La tierra que habían sacado del foso se elevaba en su orilla, y sostenida con troncos de árboles, pedruscos y todos los enseres de la caravana, formaba una especie de reducto, que nos podía hasta cierto punto poner al abrigo de las flechas y hacer algo difícil un asalto. Además habían formado un segundo círculo, y con todo cuanto había servido para formar el campamento, elevaron una barricada que debía servir de abrigo á las señoras de Guéran y

Poles, sus criadas, los enfermos y los heridos, si los hubiese en la lucha.

Dos batallones debían ser los primeros en empezar el combate. El rey, al frente del tercero, debía sostener á éstos. En cuanto á los Europeos, los Nubios, los Dinkas y los ochenta Mombouttous, todos éstos provistos con armas de fuego, no debían separarse del reducto.

El señor de Morin, en su calidad de general en jefe, estaba al lado de Mounza, lo mismo que Nassar, que le servía de ayudante.

A las siete de la mañana, las tropas de los Walindis se pusieron en marcha; masas compactas descendieron á la vez de todas las colinas, invadiendo la llanura y dirigiéndose hacia el campamento fortificado que se acababa de terminar.

Gracias á su anteojo, de Morin vió que las tropas que avanzaban eran solo masculinas. Walinda guardaba sus amazonas para el golpe de gracia.

Llegados que fueron á unos trescientos pasos del campamento, los arqueros Walindis dieron inmensos gritos; gran clamoreo se hizo escuchar y echaron á volar sus flechas. Estas no llegaron á su destino. Lo comprendieron y adelantaron en buen orden unos cien pasos más. Esta vez las flechas fueron unas á estrellarse contra el granito de la montaña, y otras se embotaron en la arena que se levantaba á orillas del foso.

De Morin cambió algunas palabras con Mounza, el rey dió algunas órdenes, y las fle-

chas de los Mombouttous silbaron en el aire. La mayor parte hicieron blanco, y el desorden entró en las filas de los Walindis.

Este primer suceso debía perder á Mounza: impaciente de entrar en lucha, furioso de la inacción á que se viera condenado, olvidó toda prudencia, y no contento con diezmar á los batallones enemigos con sus certeras flechas, salió á la llanura á batirse cuerpo á cuerpo.

El primer encuentro fué terrible para todos; las dos armadas estaban deseosas de aniquilarse.

Tres veces los Walindis, que combatian á la vista de las amazonas y que querian vencer sin su ayuda, rechazaron á los Mombouttous hasta su trinchera, pero á su vez tuvieron que retroceder.

Los Europeos no podían tomar parte activa en la lucha; las masas estaban demasiado compactas; las balas de las carabinas hubieran podido alcanzar lo mismo á un amigo como á un enemigo.

Mounza, con su hacha en la mano, parecia un héroe de nuestra antigua Galia en las formidables luchas que sostenian cuerpo á cuerpo con los enemigos; débil todavía por causa de su reciente herida, y no pudiendo tenerse en pie, se arrastraba de rodillas de grupo en grupo y hería á sus enemigos en las piernas, dejando á cada golpe un enemigo fuera de combate. De vez en cuando se ponía de pie, dominando á sus soldados y á sus enemigos, mirado hacia el campamento, tratando de descubrir á quien buscaba con su pensamien-

to, y luego, lanzando un agudo grito, aparecía en medio de un nuevo grupo.

De repente, un grito más terrible que los oídos hasta entonces, retumbó; quejidos lastimosos respondieron á éste, y vimos á los Mombouttous dispersarse y salvarse en todas direcciones.

Su rey acababa de caer mortalmente herido.

## XX

Un hachazo le había fracturado la rodilla izquierda, la punta de una lanza le había hecho una profunda herida en el costado derecho, y de ambas heridas corría la sangre á borbotones. Sin embargo, el rey luchaba todavía; no atacaba ya, pero se defendía, y sus enemigos no se atrevían á acercarse para rematarle. Impotente para levantarse, su busto sangriento, casi tendido en el suelo por faltarle ya las fuerzas, se defendía todavía con la mano izquierda, y su hacha de combate se blandía en su mano y hacía alejar á los más valientes.

Sin embargo, la horda que le rodeaba se iba acercando poco á poco, pues sabían que Mounza era suyo.

Viendo lo que pasaba, y queriendo dar al

pobre rey una última prueba de afecto, Periéres, con unos doce Mombouttous armados de revólvers, salió del campamento y se lanzó á socorrer al herido. Ya era tiempo, pues con los últimos esfuerzos que había hecho Mounza para defenderse, sus heridas se habían abierto desmesuradamente, y debilitado por la pérdida de la sangre, acababa de rodar en tierra. Varios soldados le cogieron en brazos, llevándosele al campamento, mientras Periéres con los que quedaban con él, tenían en respeto á la horda, furiosa al ver escapársele su presa.

Llevaron al rey al recinto reservado para la señora de Guéran, en donde había ya varios heridos. El doctor Delange vió bien pronto que no había remedio para Mounza. Se podía decir que el herido era un cadáver; lo que le quedaba de vida había pasado á sus ojos, y éstos se fijaban con tenacidad en la señora de Guéran, que se había aproximado. Mounza parecía feliz al sentirse morir á su lado; aceptó la muerte sin murmurar: aquel salvaje moría como un héroe.

La señora de Guéran se arrodilló junto á él, y después de haberse persignado, tocó con la punta de sus dedos la frente del moribundo; á aquel contacto, sus ojos, medio cerrados ya, se abrieron bajo un supremo esfuerzo, su mirada se iluminó, sus labios se movieron y espiró.

Laura de Guéran quedó largo rato arrodillada; rogaba al Dios de los cristianos recibiera aquella alma pagana.

Mientras su plegaria subía al cielo, los Wa-

lindis se reunían para tomar á los Europeos el herido que habían librado de su venganza. No sabían que éste había espirado ya; querían cogerle, degollarle y echar su cuerpo á los pies de su reina, diciéndola: «Ya ves que hemos combatido tan valerosamente como lo pueden hacer tus amazonas, y que tus guerreros saben defenderte tanto como tus mujeres.»

Orgullosos por su primer hazaña, creyeron triunfar fácilmente de los demás; se reunieron en masa, y en grupo numeroso y compacto se lanzaron sobre el campamento.

—¡Fuego!—mandó el señor de Morin.

Cien tiros partieron á la vez. Todas las balas hicieron blanco; cien hombres cayeron, y los demás, espantados, aterrados, huyeron despavoridos.

¡Pero ay de ellos! Se encontraron en medio de dos peligros á cual más espantosos, pues por un lado no conocían las armas de fuego, y por otro las amazonas, que ya acudían por todos lados para tomar parte en el combate. Entonces aquellos hombres, locos de terror, viendo la imposibilidad de huir, intentaron avanzar, pero fueron recibidos por una nueva descarga. Y esta vez el fuego no cesó, pues los Europeos comprendían que su salvación estribaba en el terror que podían inspirar y en no dejar que nadie franqueara su reducto, pues si sus innumerables enemigos lograban envolverlos, era para ellos la muerte segura, inevitable.

Los Walindis no formaban ya sino una ma-

sa delirante que bullía, aullaba, enloquecida, matándose entre sí sin comprenderlo; los de las primeras filas caían bajo nuestras balas, y los que trataban de huir de ellas se estrellaban y se clavaban en las aceradas puntas de las mil lanzas de las amazonas. Sin embargo, el instinto de la salvación les dió un rayo de inteligencia: se reunieron, y todos, unidos y compactos, se lanzaron furiosamente á la carrera sobre el baluarte de carne humana que les cerraba el paso, hicieron en él una ancha brecha, y por allí se precipitaron en la llanura como un torrente que logra romper sus diques.

Nada separaba ya á los Europeos de la formidable armada de las amazonas. Cinco mil mujeres, acorazadas de hierro, hachas y lanzas en las manos esperaban la señal para precipitarse sobre nuestro campamento, defendiéndose solo por poco más de cien hombres.

—Esta vez—dijo Delange sin abandonar su buen humor—hemos concluido; esas cinco mil locas furiosas tienen para un bocado con todos nosotros. Pero mirádaslas cómo avanzan lentamente para que las contemplemos. ¡Qué hermosas son! ¡no siento la muerte, recibíendola de tan adorables criaturas!

Todas las amazonas se adelantaban efectivamente, amenazadoras, furiosas, pero en buen orden al mando de su reina, la cual contenía su ímpetu.

—¿No mandáis hacer fuego?—preguntó Perrières á de Morin.

—No es tiempo aún—contestó éste.—No

nos queda más que un solo recurso: imponernos con un ataque general para que cunda el desorden en sus filas.

—Sois dueño de hacerlo así; pero creo que esas mujeres no se asustan fácilmente.

—Creo lo mismo que vos, amigo mío; pero tenemos que intentar algo para salvarnos.

—Pero ¿qué han hecho del señor de Guéran?—decía el doctor;—por más que le busco no lo encuentro.

—La reina no habrá querido exponerle inútilmente, y habrá dejado en lugar seguro á su querido prisionero.

Mientras que así discurrían, la señora de Guéran se reunió á ellos.

—Señores—dijo,—vengo á morir con vosotros.

En el mismo instante se oyó gran rumor en el campo de las amazonas; gran desorden reinaba en la escolta de la reina; hubierase dicho que allí se sostenía una lucha. De pronto se abrieron las filas, y un hombre armado de un hacha de combate, que blandía furiosamente por encima de su cabeza, salió de ellas, y marchando hacia atrás, haciendo frente á sus enemigas, éstas le perseguían, tratando de envolverle, pero sin atreverse á tocarle por miedo de herirle.

Ya habían transecurrido unos veinte minutos, cuando se volvió de repente hacia el campamento de los Europeos, buscando con la vista á la señora de Guéran, con quien cambió una tierna mirada, y dirigiéndose á los tres jóvenes.

—¡Mandad hacer fuego, señores; fuego sin vacilar!

—Nuestras balas pueden alcanzaros—exclamó de Morin.

—¡No importa! Si perdéis un minuto estáis muertos todos.

—¡Fuego!—mandó de Morin.

Cuando el humo se disipó, todos buscaron con la vista al barón. La reina se había apoderado de él, y para castigarle de su traición, le había abrazado y le martirizaba, hundiéndole en su cuerpo todas las puntas de hierro que adornaban sus brazos, cuello, cintura y tobillos.

Al mismo tiempo las Amazonas de Walinda asaltaron á la carrera el campamento de los Europeos.

Afortunadamente éstos, para correr al lado del señor de Guéran, le habían abandonado, lo mismo que los Nubios y los Mombouttous armados de carabinas.

Las Amazonas no se preocupaban de ellos, pues estaban seguras de hallarlos, y sedientas de sangre, locas, furiosas, habían olvidado hasta su reina, para exterminar los desgraciados que no habían podido abandonar el campamento.

Walinda, después de una lucha desesperada, había sido hecha prisionera por Nassar y tres Dinkas.

Sin embargo, un centenar de víctimas no podían saciar la ferocidad de las Amazonas, y cuando hubieron concluido con los desgraciados que se encontraban en la trinchera, se

volvieron hacia los que habían salido de ella.

Formaban un grupo inmenso, empezando al pie de la montaña y concluyendo al foso. Un segundo más y daban libertad á su reina, aniquilando á los Europeos y á sus últimos defensores.

Pero de pronto, formidable detonación se dejó oír; tembló la tierra; la montaña entreabrió su seno; inmensas rocas, enormes piedras lanzadas en el espacio, aplastaban todo cuanto á su paso hallaban, y dispersaron todo lo que al pie de la montaña quedaba de Amazonas.

## XXI

En el primer capítulo de este tomo hemos dejado al doctor Desrioux y al conde de Pommerelle prontos á abandonar París. Se embarcaron en Marsella en el mismo vapor que lo habían hecho sus amigos seis meses antes; pero en lugar de pararse en Suez, como lo hizo la expedición Guéran, los dos amigos, sin dejar el vapor, recorrieron todo el mar Rojo, franquearon el estrecho de Bab-el-Madel y llegaron á Aden.

La casualidad, según sus deseos, permitióles viajar con celeridad, sin necesidad de bajar á tierra en Aden. Tomaron en Steamer-Point,

gran puerto en donde hacen escala durante algunas horas los paquebots de las Indias y China, un vapor que partía para Zanzibar: bien pronto estuvieron de acuerdo sobre el precio del pasaje, y arreglada esta cuestión, hicieron trasladar sus equipajes, y pocos momentos después entraba el vapor en el golfo de Aden, doblaba el Cabo de Guardafin (Cabo de los Aromates), entraba en el mar de las Indias, seguía la estéril y desierta costa que lleva el nombre de Somal, pasaba el Ecuador, desembarcando en fines de Abril de 1873 en la isla de Zanzibar.

Para mayor claridad de nuestro relato, y á fin de permitir á los lectores seguirnos en este interesante viaje, les recordaremos que la caravana de la señora de Guéran, después de un año de marcha hacia el Sudeste, se habia detenido el 11 de Diciembre de 1873 al pie de las Montañas Azules, á dos grados poco más ó menos de latitud Norte y á 27 grados de longitud Este. Para encontrarse con ella, tentan los señores Desrioux y Pommerelle, saliendo de Zanzibar, que dirigirse hacia el Noroeste y franquear nueve grados de latitud, es decir, recorrer un espacio de doscientas veinticinco leguas, sin hablar de la longitud, que hace el camino más largo por los rodeos que hay que dar.

El doctor Desrioux y el conde de Pommerelle no son geógrafos ni aun serios exploradores; por lo tanto, ni estudian ni aprecian el país que recorren. El primero tiene por objeto llegar y llegar cuanto antes; su punto de aten-

ción es la señora de Guéran, y el enamorado viajero sólo piensa en hallarse junto al objeto de su amor.

En cuanto al señor de Pommerelle, se parece al prisionero que se ha puesto en libertad después de largos años de encierro; anda sin querer parar, respirando con delicia el aire libre, feliz de poder al fin fijar su mirada por doquier, sin que una *avispa* importuna le impida hacerlo; admira, con el corazón rebosando alegría, el espectáculo que se ofrece á su vista, temeroso de que esto se acabe demasiado pronto.

Ningún antecedente podemos, pues, pedirles. Afortunadamente, otros exploradores han atravesado aquellas regiones, y la casa Hachette ha reunido y coleccionado todos los antecedentes que se encuentran en la biblioteca, ó por mejor decir, en el monumento geográfico y artístico, debidos á la inteligente dirección é inspección del señor Templier. Es, pues, ahí en donde tomaremos los datos que no nos han podido proporcionar los señores Desrioux y Pommerelle.

En 1856, la Sociedad Geográfica de Londres confió al capitán Burton, oficial distinguido del cuerpo de armada, que ocupaba el *Bengala*, y conocido ya por sus viajes en la Arabia, la misión de llegar hasta los grandes lagos africanos, que á tan alto punto excitaban el interés de los científicos. Burton se agregó al capitán Speke, al servicio como él en la India, los cuales, después de vencer innumerales obstáculos, llegaron por fin al lago

Tanganyika, tan célebre en los viajes de Livingstone. Detenido por la fiebre en Kazeh (ó Taborah), su compañero siguió su exploración hacia el Norte, hallando poco después un lago de la mayor extensión, llamado por los indígenas el *Nyanza Ukeréné*, y que él llamó, por amor á su soberana, el lago Victoria. Speke volvió entusiasmado de su descubrimiento, convencido de que esa especie de mar interior, cuya existencia hacía constar, era el depósito misterioso de donde salía el Nilo.

Burton rechazó vivamente aquella aserción, la trató de hipotética, indigna de ser admitida por geógrafos serios. Pero la envidia sola le hacía hablar, pues no quería convenir en que un subalterno suyo, un advenedizo, hubiera podido hacer un descubrimiento tan prodigioso. Speke, herido en su amor propio, resolvió dedicarse á proseguir sus descubrimientos, empleando para ello todo cuanto poseía. Empezó nuevas exploraciones, acompañado de su íntimo amigo el capitán Grant. Salieron de Zanzíbar en Agosto de 1860, llegando bien pronto á orillas del lago Victoria; desde allí se dirigieron hacia el Noroeste, descubriendo un tercer lago, dominado por las Montañas Azules. Poco después, sir Samuel Baker, saliendo de Gondokoro, confirma el descubrimiento de Speke, completándole científicamente, y da á ese tercer lago, llamado por los naturales lago *M'Woutan*, el nombre de lago Alberto.

Livingstone, conociendo las nuevas conquistas alcanzadas por la ciencia sobre el con-

tinente africano, se sintió de nuevo poseído por la ardiente fiebre de la exploración y del apostolado, y vuelve á emprender sus viajes. Niega que los lagos Victoria y Albert puedan dar la vida al Nilo; según él, el gran río nace más hacia el Sur, en el Tanganyika, descubierto por él. Para dar á su lago predilecto toda su importancia, vuelve á Zanzíbar, y desde allí emprende de nuevo su marcha hacia el interior. Marchó en Marzo de 1866. Dió varias veces noticias suyas; pero desde Julio de 1868 nada se vuelve á saber del intrépido explorador. Los amantes de la ciencia se impresionan y se conmueven, y se resuelve mandar un periodista americano, llamado M. Stanley, en su busca. El párrafo de la carta en que Stanley da cuenta de cómo le comunicaron su elección, es tan curioso, que creo debe reproducirse:

«El 16 de Octubre del año de gracia de 1869 me hallaba en Madrid, viviendo en la calle de la Cruz; había llegado la víspera por la noche de Valencia, en donde había presenciado los acontecimientos que tuvieron allí lugar.

»A las diez de la mañana, Jacopo me entregó un telegrama, que contenía las palabras siguientes:

«Venid á París inmediatamente; negocio muy importante.»

»El telegrama era de James Gordon Bennett hijo, director del *New-York-Herald*.

»A las tres me puse en marcha. Temiendo que detenerme en Bayonne, no llegué á París hasta dos días después. Fui inmediatamente

al Grand-Hotel; llamé á la puerta del señor Bennett.

»—Entrad—me contestaron.

»El señor Bennett estaba todavía en la cama.

»—¿Quién sois?—me preguntó.

»—Stanley.

»—¡Ah! sois vos, tomad asiento. Tengo que confiaros una misión importante.

»Se incorporó en la cama, y después de cubrir sus hombros con su bata, me dijo vivamente:

»—¿En dónde creéis que se puede encontrar á Livingstone?

»—¡Qué sé yo, caballero!

»—¿Creéis que haya muerto?

»—Es muy posible que sí, y muy posible que no!

»—Yo creo que está vivo; y creo que buscándole bien, se le pueda encontrar, y os mando en busca suya.

»—¿Habéis pensado en los gastos de semejante viaje?

»—¡Sí! Os llevaréis veinticinco mil francos, y cuando esos se concluyan, pediréis otro tanto, y en fin, gastaréis cuanto sea necesario, para encontrar y traerme á Livingstone.

»—¿Debo ir directamente en busca de Livingstone?

»—No; asistiréis primero á la inauguración del canal de Suez; luego subiréis por el Nilo. He oído decir que Baker partía para el Alto Egipto. Informaos del objeto de su expedición. Podéis llegaros á Constantinopla y Jeru-

salém. También podéis ir á Crimea y visitar sus campos de batalla; luego, siguiendo el Cáucaso, llegar hasta el mar Carpio, á ver si es verdad que va á salir una expedición rusa que va á Khriya. Después podéis llegaros á la India, atravesando la Persia; desde Persépolis podéis decirnos algo interesante. Bagdad se encontrará al paso; dadnos alguna noticia sobre el ferrocarril del valle de Euphrate, y desde la India podéis embarcaros para ir en busca de Livingstone. Es probable que cuando lleguéis á Zanzíbar, le encontréis allí; en caso contrario, buscadle hasta encontrarle, y si ha muerto, procurad saberlo de cierto. Informaos también de sus nuevos descubrimientos. En fin, ya sabéis lo que tenéis que hacer, y ahora buenas noches y buen viaje: ¡que Dios os acompañe!

»—Buenas noches, caballero, y contad que haré cuanto humanamente sea posible para cumplir con vuestros encargos.»

Se diría que esta narración ha sido escrita por Alejandro Dumas; bien se ve en ella el poder extraordinario de los grandes periódicos del Nuevo-Mundo, poniendo en relieve con sencillez pasmosa la audacia americana.

## XXII

Hemos dicho brevemente, en la primera parte de este estudio, de qué manera M. Stanley cumplió su misión. En 1871 encontró á Livingstone en el Oudjiji, cerca de su amado lago de Tanganyika. Aquella noticia, llegada de Europa, fué la que determinó á la señora de Guéran á emprender su viaje para ir en busca de su marido.

Stanley se separó de Livingstone el 13 de Marzo de 1872 para volver á Europa. Mas ¡ay! cuando la Inglaterra se regocijaba de haber encontrado á su gran compatriota, ésto se moría, y llegados á este punto, vamos á dar algunos detalles sobre la grande exploración, en la que se interesó vivamente París.

Hablamos de la expedición del teniente Pamerón, doctor Dillon, y del señor Murhpy, oficial de artillería, á los cuales se unió el señor Moffat, sobrino de Livingstone. Salieron de Zanzibar un mes antes de la llegada á aquella isla de los señores Pommerelle y Desrioux. Pamerón siguió al principio el mismo camino que los demás exploradores, é iba á seguir avanzando hacia el Oeste, cuando el 25 de Octubre un convoy, ó por mejor decir, una

caravana, guiada por Sousi, el fiel servidor de Livingstone, se le apareció.

Era el cuerpo del gran explorador inglés, que conducían á Zanzibar.

Livingstone, á pesar de sus dolencias, quiso, después que se marchó Stanley, completar sus estudios; pero el mal venció su voluntad, y llegó la muerte.

Anciano, enfermo, aniquilado, viviendo hacia seis años en medio de un clima mortífero, hubiera debido volver á Inglaterra.

Stanley ha empleado los más vivos argumentos para convencerme, escribía Livingstone poco antes de morir. Comprendo que mis amigos habrían podido completar mi obra... Pero me quedo... ¡Jesús mío, concededme el favor de que pueda concluir antes de un año la tarea que me he impuesto!

El 27 de Abril tuvo que detenerse en una pequeña aldea, y añadió en su Diario estas líneas, las últimas que escribió:

«No puedo proseguir mi camino; se han agotado por completo mis fuerzas; me quedo aquí.»

El 31 de Abril oyó grandes voces; llamó á su criado, y le preguntó: «¿Qué es todo ese ruido? ¿son por casualidad los hombres de la caravana que disputan?» «No señor, contestó Sousi; son los habitantes de esta aldea que echan los búfalos de los sembrados de sorgo.»

Poco después, acometido de vivos dolores, exhaló leves quejidos, diciendo: «¡Oh, dear, dear!» Y después de breve rato se adormiló.

Por la noche tomó una medicina, y mandó á Soussi se recogiera.

Serían las cuatro de la mañana cuando sus criados entraron en su cuarto, le vieron arrojado delante de la cama, el rostro descansando en ambas manos junto á la almohada: Livignstone parecía estar rezando; y como le vieron tan abstraído, los criados se alejaron discretamente; pero viendo que pasaban horas, y que no llamaba, les llamó la atención y volvieron á entrar: «Así estaba, dijo uno, cuando entré aquí al rayar el día: ¿si estará muerto?»

Se acercaron más, y habiéndole puesto suavemente la mano en el rostro, exclamó estupefacto: «¡Pero si ha muerto! ¡ya está frío!»

Su muerte aconteció al rayar el alba del día 1.º de Mayo.

Sus criados le recogieron, y encerraron cuanto le pertenecía en grandes cajas de zinc; y bajo la dirección de Soussi y Chouma, sus dos más antiguos servidores, se preparó la caravana á partir para Zanzibar con objeto de conducir allí los restos mortales de Livingstone.

Pero ante todo había que embalsamarle; se decidió, por lo tanto, hacerlo después de rendirle los honores fúnebres de costumbre en el país. Farijola se encargaría de aquel cuidado. Después de la ceremonia fúnebre, depositaron el cuerpo en una cabaña sin techo; las vísceras fueron cuidadosamente extraídas y reemplazadas por sal, después le introdujeron por la boca aguardiente, y con lo mismo le empa-

paron el cabello y le dejaron tendido al aire libre y al sol: así le tuvieron catorce días, variándole todos los días de posición; después de dicho tiempo le consideraron bastante apergaminado, le envolvieron en percal blanco, colocándole en un ataúd hecho con corteza de árboles, y envolviendo también éste en una tela embreada; y después de haber formado con tan preciosos restos un gran fardo y haberle atado á un palo, le llevaron en hombros varios porteadores.

Los compañeros de Camerón volvieron á Zanzibar acompañando á la triste comitiva, pues todos cayeron enfermos de la fiebre que reina en la zona litoral y que hace tantas víctimas. Camerón solo siguió adelante, llegó hasta el Tanganyika, visitó el lugar en donde había fallecido Livingstone, y dos años después le encontramos en Bengala, en el Océano Atlántico.

Había recorrido más de tres mil millas y atravesado todo el Africa, desde el E. al O. del mar de las Indias al Océano Atlántico.

Las exploraciones, cuyo punto de partida es Zanzibar, no habían concluído en Setiembre de 1874. Stanley emprende una nueva expedición, dejando el lado oriental de Africa para explorar el interior.

Después de haber costeadado el lago Victoria, estudiado el país que separa dicho lago del Alberto-Nyanza, dando detalles sobre este último punto, que corroboran las reseñas estampadas en el Diario de expedición de Guéram. Y, en efecto, Stanley dice también que en la

ribera occidental del lago Albert, y en su parte meridional, se encuentra el inmenso territorio del Osullega, que debe en la parte Sur lindar con el país de los Walindis, en donde hemos dejado á nuestros viajeros.

Es un país maravilloso, dice el explorador inglés, pero inhospitalario.

Entre otras cosas curiosas, tiene una montaña lanzando piedras y fuego, un lago de grande extensión, cuya agua es salada, varias colinas de sal y una gran llanura cubierta de sal y alcoli; una casta de perros de una ferocidad extraordinaria, y finalmente, los indígenas, muy hostiles para los extranjeros.

Para llegar á hacer todos esos descubrimientos, Stanley tuvo que pasar por crueles pruebas. En fin, volvamos al lado de nuestros expedicionarios, y contemos en breves palabras sus aventuras.

Resueltos á reunirse cuanto antes á la expedición Guéran, gracias á la ayuda del sultán de Zanzíbar y de los cónsules europeos, lograron en pocos días formar una caravana importante. Esta se compuso de *pagazis* ó portadores, doseientos esclavos francos al mando de un guía indígena (*kizongori*) y de una escolta de sesenta *beloutchis* al mando de un teniente (*djemaadar*), armados con excelentes carabinas, que el señor de Pommerelle había comprado antes de su salida de París.

Terminados los preparativos, los expedicionarios se dirigieron á Bagamoyo, de donde salieron el 15 de Mayo.

## XXIII

El extenso territorio que vamos á recorrer con los señores Desrioux y Pommerelle puede dividirse en dos zonas.

La primera se extiende desde las riberas del Océano Índico hasta las montañas del Uzagara; profundas lagunas, bosques espesos, macisos de altas hierbas, creciendo en medio de corpulentos árboles, dan, hasta cierto punto, á estas regiones el aspecto de un parque inglés; los campos cuidadosamente cultivados son numerosos; las aldeas se ocultan entre bosquecillos y altas hierbas. Bajo la influencia de aquella temperatura, cálida á la vez que húmeda, la vegetación posee una fuerza excepcional; la altura de las hierbas llega á alcanzar cuatro y cinco metros, sus tallos tienen el grueso de un dedo, y no permiten volverse atrás después de pisadas, porque se cierran todos los senderos trazados para la marcha.

La segunda zona se extiende desde las montañas del Uzagara á la provincia del Ugogo. Cuando las caravanas no llevan demasiada carga suelen atravesarla en tres semanas. Este es un país formado sólo de montañas y mon-

tes, «en donde, dice Burton, el delicioso perfume del jazmín se une al de la suave mimosa. El tamarind en este país llega á ser un árbol gigantesco; el baobale es transformado en cabañas, y se podría albergar á un regimiento de soldados bajo una higuera sicomoro.»

Los habitantes de estas zonas son de distintos colores: los hay casi negros; otros color de chocolate. El hombre se envuelve en un gran paño de cotonia azul, y otros en percal crema; las mujeres, cuando son ricas, llevan el *tobé*, pieza de tela de cuatro metros de larga, que pasa por debajo de los brazos, cruzando sobre el pecho, y se ata sobre las caderas; la mujer pobre se contenta con una falda de piel y con un plastrón que, anudado al cuello, baja hasta la cintura. Hombres y mujeres son generalmente feos, pero altos y robustos; y á pesar de aparentar su rostro bondad y franqueza, son los mayores ladrones conocidos, y no tienen escrúpulo ninguno en desbalijar y apalear á las pequeñas caravanas que por allí pasan.

La tercera zona llega hasta Kazeh y la compone un inmenso territorio de una extensión de cien millas cuadradas, conocido bajo el nombre de Ugogo. Su aspecto general es excesivamente monótono, su suelo es muy árido, y se encuentra tan sólo agua en unos pozos muy profundos que los indígenas tienen cuidado de abrir en la temporada de las lluvias. En cambio, abunda en animales feroces: la hiena, el leopardo, el elefante, la girafa y

el avestruz, viven allí en perfecta armonía. Las caravanas penetran temblando en aquella zona, y si no, oíd la alocución de uno de los guías:

«¡Oh, blancos, escuchadme! ¡y vosotros, hijos del Saíd, hijos de Ramji; vosotros, sombríos descendientes de las tinieblas, escuchad con atención lo que os voy á decir! Ya estáis en Ugogo. ¡Cuidado, cuidado! (gestos violentos). ¡No conocéis los hombres que habitan aquí; son maldecidos, tres veces maldecidos! ¡No habléis con esos paganos; no entréis en sus chozas; no tratéis ningún negocio con ellos; no les enseñéis ni telas, ni brazaletes, ni cuentas de vidrio! (animación creciente). ¡No comáis ni bebáis con ellos; no hagáis el amor á sus mujeres! (acento frenético). ¡Karangozi, tú que eres su jefe, detén á tus hijos! ¡No les permitas que penetren en sus aldeas, ni que compren sal, que beban cerveza ni que se aproximen á los pozos!»

En fin, llegaron á salir del país maldecido y lograron alcanzar á Camerón, que había salido de Zanzíbar seis semanas antes. Éste iba despacio, pues empezaba entonces su viaje de exploración, que debía durar tres años.

Los señores de Pommerelle y Desrioux le interrogaron sobre la expedición Guéran, pero éste nada sabía. Por lo visto, sus amigos no habían pasado por esas regiones, puesto que nadie les había visto.

Después del territorio de Ugogo, sucede la *Tierra de la Luna*, y su población más importante es Kazeh. Como Khartoum en el Norte

y sobre el Nilo, Kazeh en el Sur, es el punto de reunión de todas las caravanas que pasan al interior ó vuelven de él. En Kazeh los dos amigos se encontraban haber franqueado en tres meses cerca de seiscientas millas. Hubieran querido continuar sin detenerse; pero los porteadores, haciendo una regla de la costumbre, pidieron un descanso de seis semanas. Pero gracias á la firmeza de carácter del señor Desrioux, gracias también á algunas dádivas y á algunas promesas consignadas por escrito, obtuvieron la promesa de marchar á los quince días.

A mediados de Agosto, la caravana europea abandonó Kazeh, dirigiéndose hacia el lago Victoria.

Después de haber dejado la *Tierra de la Luna* y de varias etapas sobre los territorios limítrofes, la caravana de los señores Desrioux y Pommerelle llegaron al valle Ouzenza, rodeado de montañas, cubiertas de la más hermosa vegetación; subieron al Nyamoura, que está mil quinientos metros más alto que el nivel del mar; penetraron de allí en Karagué, la antigua residencia del rey Roumanika, de quien hablan tanto en sus viajes Speke y Grant.

Los Europeos costearon durante seis semanas el lago Victoria, y llegaron, por fin, al Norte del lago Uganda, donde reina el famoso Mtésa.

Ese rey, que era muy sanguinario y feroz, se ha civilizado al contacto de los Europeos, y hoy todos los extranjeros están contestes en

afirmar que, más bien que un salvaje, se le podría considerar como un hombre de color, perfectamente bien educado, y habiendo vivido muchos años en Europa.

Nuestros viajeros se separaron de Mtésa encantados de su finura y generosidad, y después de haber pasado un mes á su lado, abandonaron con sentimiento en el mes de Septiembre la capital de Ganda, llegando al lago Albert, y siguiendo su curso hasta el pie de las Montañas Azules, en donde llegaban en Noviembre: allí tropezaron con la dificultad mayor del mundo, pues no podían atravesar el río, y comprendían que solo éste y las montañas que tenían enfrente les separaban de sus amigos.

## XXIV

Los señores Desrioux y Pommerelle se ven detenidos casi todo el mes de Noviembre en el puerto de Magungo. Todos sus deseos tienden á querer atravesar el río sin poder lograrlo, pues no se atreven á confiar sus equipajes á las ligerísimas embarcaciones que usan los naturales. Estos en nada quieren ayudarlos, pues confunden á los dos expedicionarios con los Arabes que hacen la trata en aquellas co-

marcas, y como no quieren ayudarles en su industria, rehusan proporcionarles medios para atravesar el lago.

Sin embargo, estos señores están resueltos á salir de aquel puerto á toda costa, y para verificarlo, pensaron construir unas balsas con troncos de árboles y poder pasar sobre ellas sus equipajes hombres de la escolta y porteadores.

Las balsas se concluyeron en la noche del 25 al 26 de Noviembre; llevaron sobre ellas los equipajes y víveres. Pero no se habían vencido todos los obstáculos; pues los pagazis ó porteadores no quisieron confiar sus vidas á esos troncos asegurados entre sí con bejucos. Sólo unos cincuenta hombres, nacidos á orillas del Océano Indio, consienten en seguir á sus amos. En cuanto á los soldados de la escolta, más valientes que los porteadores, se colocaron sin dificultad sobre una de las balsas con los dos Europeos y los guías.

Empezaron á embarcarse á la media noche, concluyendo á las tres de la mañana. Cuando se levantó el sol se habían alejado poco de la orilla, y los indígenas, cuando vieron alejarse esas embarcaciones desconocidas para ellos; les despidieron á flechazos, que por fortuna no les alcanzaban; viendo inútil su ataque, lanzaron al agua su flotilla para perseguirles; pero algunos tiros de carabina les hicieron volver atrás.

Los expedicionarios llegaron por la tarde al otro lado del río; el desembarco fué algo difícil, pues la orilla opuesta era muy escar-

pada; por fin, consiguieron concluir muy á tiempo para guarecerse de una de las terribles tormentas que allí son tan frecuentes. Los naturales debieron suponer que los Europeos habían debido sumergirse en el río con la tempestad. Afortunadamente no fué así.

Entre el río y las montañas había solo una pequeña playa estéril y arenosa. Los señores Desrioux y Pommerelle determinaron emprender la ascensión de las montañas, y al efecto, hicieron los preparativos. Los hombres de la escolta con los guías, formaron parte de la expedición; éstos, provistos de una carabina, una lanza, que debía servirles para introducirlo en la tierra y facilitar la ascensión; un hacha, una cuerda ceñida al cuerpo y un saco en la espalda lleno de víveres; en cuanto á las municiones, fueron también repartidas por partes iguales.

Los Beloutchis recalcitrantes y algunos porteadores que por fin se habían unido á la caravana, quedaron al mando del *djemadar* (teniente) para cuidar de los equipajes. Debían esperar un mes la vuelta de los Europeos; pasado ese tiempo, estaban autorizados para volver á Zanzíbar, en donde con una carta que dejaban en su poder los señores Desrioux y Pommerelle cobrarían íntegro el precio de su contrata.

El 28 de Noviembre, al salir el sol, y después de haber abrazado estrechamente á sus compañeros, los cincuenta Beloutchis que los acompañaban, empezaron la ascensión. Los dos primeros días fué menos trabajosa de lo

que pensaban. Pero luego se hizo más difícil, pues la aridez del terreno en nada ayudaba á la marcha; por el contrario, las rocas salientes les obligaba á grandes rodeos que les hacía perder mucho tiempo; constataban con desconsuelo que franqueaban montañas completamente inexploradas, pues nada dejaba conocer que huella humana hubiese pisado aquel terreno.

El 3 de Diciembre, los instrumentos de que se había provisto el señor Desrioux, constataron que se hallaban á una altura de mil ochocientos metros por encima del nivel del lago Albert, cuya elevación es, al decir de Baker, de dos mil setecientos veinte pies por encima del nivel del mar, y sin embargo, estaban lejos de haber alcanzado la mayor altura, pues se veían hacia el Oeste murallas de granito que parecían inaccesibles; al ver ese nuevo obstáculo, se preguntaron que si después de tantas fatigas tendrían que volver atrás por no poder escalar la montaña de granito, y sin ver lo que detrás de esas montañas había.

Durante una parada que hicieron, el doctor reparó en una montaña que hasta entonces les había ocultado la niebla; ésta parecía terminarse por una meseta en lugar de concluir en pico como las demás. Determinó llegar hasta ella y tratar desde allí de escudriñar el vértice occidental de la montaña.

Resolvió tentar la ascensión solo con seis hombres; escogió los más fuertes y más intrépidos, y rogó al señor de Pommerelle esperu-

se con los demás de la escolta su vuelta, que no podía hacerse esperar.

El 4 de Diciembre, al rayar el día, emprendió la marcha, y fué recompensado con usura de todas sus penalidades, pues fué muy trabajosa la subida, pero á las dos de la tarde llegaron á la meseta, disfrutando de un panorama grandiosísimo y encantador. «Por un momento, dice en sus notas de viaje, creí hallarme en el puerto de Venasque, en los Pirineos. Pero en lugar de ver la Francia al Norte, y la España al Mediodía, se veía á Oriente el lago Albert, las cascadas Murchison y Magungo, y al Occidente varias cordilleras de montañas, más bajas que en la que se hallaban, y después de éstas se descubría una inmensa llanura.»

Era, sin duda alguna, el primero de los Europeos que había logrado alcanzar la cima de las *Montañas azules*, las cuales separan en esta parte del Africa el continente en dos, es decir, las provincias del Oeste y el territorio oriental.

La conquista que acababa de hacer el señor Desrioux para la ciencia, en nada excitó su orgullo. Si se alegraba de su descubrimiento, era sólo porque había logrado vencer uno de

los mayores obstáculos que le separaban de la señora de Guéran. Su instinto le decía que detrás de aquella cordillera, en esas vastas llanuras, pobladas sin duda alguna, tendría por fin noticias de la caravana europea.

Su corazón enamorado le decía que detrás de alguno de esos montes que vislumbraba, en la orilla de alguna ribera ó en alguna de aquellas aldeas que adivinaba, se encontraría de repente en presencia de la señora de Guéran. Por más que su razón le ponía de manifiesto todo lo contrario de su imaginación, se empeñaba en creer que pronto estaría á su lado.

Envío tres de los hombres que le habían acompañado en busca del señor de Pommerelle. El día 5 por la tarde, los dos amigos, con los cincuenta hombres de su escolta, se encontraban reunidos en aquel sitio, que hasta el día anterior no había sido hollado por ser humano.

Descansaron todo aquel día, y al siguiente por la mañana volvieron á emprender la marcha; era preciso encontrar país habitado, pues sólo les quedaban viveres para cinco días.

Sería por demás cansado seguirles paso á paso, pues sólo el gran deseo que tenían de llegar, les alentaba para vencer todos los obstáculos que nacían á su paso.

Los Beloutchis, acostumbrados á vivir descansados y tranquilos, empezaron á murmurar. Y el día 8, á los primeros albores del día, cuando recibieron la orden de marcha, todos á la vez rehusaron partir.

—Como queráis—les dijo tranquilamente el señor de Pommerelle,—partiré sólo con mi amigo. Ahí os quedáis, sin nadie para guiaros y con viveres sólo para dos días. ¡Mirad bien lo que hacéis; mucho más tenéis que andar para volver al lago, que para llegar al país adonde queremos ir!

Y los señores Desrioux y Pommerelle se separaron de ellos, empezando á trepar lentamente por una colina.

Como lo esperaban, no había pasado aún media hora cuando les rodearon todos los de la escolta, rogándoles les sirvieran de guía.

—Bien—respondió el doctor,—pero os advertimos que á la primera palabra de queja os abandonamos para siempre. Partiremos durante la noche, y jamás nos volveréis á ver, y si lográis llegar á Zanzibar, los cónsules no os querrán pagar, y el Sultán, nuestro amigo, os hará castigar por habernos abandonado.

Esta enérgica reconvencción dominó á los murmuradores, y desde aquel momento anduvieron con ánimo y tranquilidad.

El 9 llegaron á lo alto de una nueva montaña, y los primeros soldados que alcanzaron su cima prorrumpieron en gritos de alegría.

La llanura que se nos había aparecido en la primera ascensión, estaba á nuestra vista: era una llanura inmensa, rodeada de colinas frondosas, y á un lado se descubría un punto oscuro, el pueblo sin duda. Para llegar hasta allí, sólo faltaba atravesar un gran valle, y luego franquear una última montaña, relativamente poco elevada.

Cuando el doctor se reunió á los guías, se apresuró á inspeccionar el horizonte con el anteojo, y reconoció que, en efecto, el punto oscuro que se veía en la llanura era una aldea importante, que se encontraba á un lado de la llanura.

Después de un detenido examen, distinguió muchos grupos de hombres.

—Mirad—dijo al señor de Pommerelle, dándole el anteojo.

—Ya veo—contestó éste—los puntos negros son hombres que se agitan. Es probablemente una armada de naturales que se baten ó se preparan para combatir. Eso no nos debe sorprender, pues en estos países están siempre en guerra.

Los Beloutchis, locos de alegría desde que estaban seguros de llegar pronto á una aldea, se abrazaban, bailaban y saltaban como chiquillos. Así es que no opusieron ninguna dificultad para seguir andando. No se pararon hasta que la noche les cerró el paso, haciendo imposible la marcha.

Al día siguiente, y después de tres horas de marcha, los exploradores se encontraron de repente á la entrada de un desfiladero, entre dos montañas de cien metros de altura cada una; se adelantaron sin vacilar sobre aquella ruta trazada en la roca, figurándose naturalmente que les conduciría sin obstáculos á la llanura que habían visto el día antes.

Todo hacía prever que pronto llegarían al término de su correría, pues la ruta iba en declive, y se estrechaba cada vez más, hasta el

punto de hacer creer á los viajeros que acabaría por ser un subterráneo.

De repente los guías se detuvieron brusca-mente dando alaridos; todos apresuraron el paso para enterarse de lo que les pasaba.

Desesperación profunda se pintaba en todos aquellos rostros; cuando creíamos haber alcanzado el fin tan deseado, un nuevo obstáculo se levantaba ante nosotros: una inmensa roca nos cerraba el paso.

Los Beloutchis, después de haberse lamentado en unión con los guías, quedaron mudos, rodeando á los Europeos, seguros de que les sacarían de aquel mal paso.

—¿Qué os parece, amigo mío?—decía el señor de Pommerelle al doctor.

—Me parece—dijo el señor Desrioux—que no podremos escalar esta maldita roca, por que no veo en ella ninguna aspereza, ninguna quebradura que pueda formar escalera natural, y nos faltan garfios para intentar la ascensión.

—¿Sin embargo, pensáis lo mismo que yo, que esa píeara roca nos separa de la llanura?

—Es incontestable.

—¿Y qué hacer? Buscar otra salida.

—¡Es imposible! Ya conocéis el carácter de estos hombres, y se dejarían morir aquí de hambre antes que volver atrás ó seguirnos en busca de otro paso.

—Entonces vuelvo á preguntar: ¿qué hacer?

—Pasar por aquí, cueste lo que cueste.

—¿Cómo?

—Haciendo saltar esta roca.

## XXVI

El señor de Pommerelle quedó mirando atónito al doctor; luego su mirada se fijó en aquel inmenso pedrusco, sonriendo silenciosamente, dando así una muestra patente de su incredulidad.

En fin, volviéndose hacia el doctor, le dijo:

—¿Tenéis dinamita ó pólvora de minas?

—¡Ay, no, y eso es lo que siento!

—¿Entonces?...

—Me servirá la pólvora que tenemos.

—¿Y creéis que bastará?...

—Lo espero; sobre todo, como no podemos estar si intentar algo, probaremos.

—¿Qué cantidad de pólvora tenemos aquí?

—Una bastante crecida; cerca de cien kilos.

—Tenéis razón; se puede intentar.

—No pretendo—dijo Desrioux—hacerle saltar en el aire como un cohete; lo que intento es que se mueva, si es posible, del sitio en donde está, y nos presente alguna aspereza para ayudarnos á franquearlo.

—¡Pues tenéis razón!—contestó el señor de Pommerelle, y empiezo á tener esperanza; sin embargo, no habéis encontrado ninguna quebradura en la roca.

—En ella no; pero aproximáos y mirad: aquí, en su base, tiene infinidad de quebraduras. En esta concauidad introduciremos la pólvora, y creo que producirá efecto.

—¿Y cómo prender fuego sin mechas?

—¡A la guerra como á la guerra! dice el refrán. Las cuerdas, secas como paja por la acción del sol, arderán como yesca; además las salpicaremos de granos de pólvora, y ya veréis el efecto que producirá mi invención.

—¡Tendré que rendirme á la evidencia! Y puesto que estáis dispuesto, adelante.

—Lo dejaremos para mañana; ya hoy es tarde para emprender tal obra; pero mañana llevaremos á efecto mi proyecto.

—¡Hasta mañana entonces, amigo mío!—dijo el señor de Pommerelle.

Al día siguiente, á las cinco de la mañana, el doctor fué á despertar al señor de Pommerelle.

—¿Vamos á saltar ya?—dijo el señor de Pommerelle.

—Tal vez saltemos—contestó el señor Desrioux;—alguna vez ha sucedido así; pero espero que será sólo la roca la que salte.

—Así lo espero—respondió el señor de Pommerelle;—ya estoy pronto; aquí me tenéis á vuestra disposición.

Ellos mismos fueron á despertar á los soldados; todo se dispuso. Desrioux mismo preparó el sitio y colocó la pólvora. Cuando estaba en aquella operación, se levantó de repente, diciendo al señor de Pommerelle, que estaba junto á él:

—¡Se baten al otro lado de la roca! ¿No oís los tiros de carabina?

—No me sorprendería; recordaréis que ayer hemos visto grupos de hombres dirigirse hacia este lado.

—Deben ser nuestros amigos que se baten—dijo el doctor.

—¿Cómo suponéis?...

—¿Por qué no?... Todos los indicios nos inducen á creer que deben de encontrarse por esta parte del África. Tengo el convencimiento de que son ellos. La señora de Guéran está detrás de esta roca, tal vez expuesta á algún gran peligro.

—Pues no perdamos tiempo—dijo el señor de Pommerelle;—no participo de vuestra convicción; pero, sin embargo, lo que se ha de llevar á efecto dentro de algunas horas, que sea cuanto antes.

El señor Desrioux dió algunas órdenes, y una media hora después la pólvora estaba colocada debajo de la roca.

Las cuerdas que debían servir de mecha preparadas y colocadas, echádoles por encima algo de pólvora para que ardiesen bien. Hecho esto, se alejó á gran distancia á todos los de la escolta. Quedaron solos los señores Desrioux y Pommerelle para prender fuego á la mecha y vigilar el más tiempo posible la acción del fuego.

Como lo habían pensado los dos amigos, la cuerda se inflamó fácilmente; al cabo de un cuarto de hora estaba consumida á medias. Los dos jóvenes, seguros de que nada podía

ya detener la acción del fuego, se colocaron en lugar seguro.

Diez minutos pasaron.

De pronto una formidable detonación se dejó oír; el suelo tembló, la montaña osciló; luego el silencio y la inmovilidad sucedieron al movimiento y al ruido.

Entonces, sin mirarse ni consultarse, los dos amigos descendieron corriendo el sendero que habían subido momentos antes, y llegaron en pocos minutos al pie de la montaña.

## XXVII

La roca se había dividido en dos partes casi iguales. La una había quedado en pie, apoyada á la montaña; la otra, levantada por la fuerte sacudida, producida por el estallido, había seguido el movimiento de impulsión y caído hacia adelante.

Los señores de Pommerelle y Desrioux vieron abierto delante de ellas un espacio de unos tres metros.

Los dos amigos adelantaron algunos pasos todavía, y llegaron al sitio en donde la roca tenía su asiento; pero allí tuvieron que pararse de repente; á su vista se abría un abismo de unos treinta metros de profundidad; para

—¡Se baten al otro lado de la roca! ¿No oís los tiros de carabina?

—No me sorprendería; recordaréis que ayer hemos visto grupos de hombres dirigirse hacia este lado.

—Deben ser nuestros amigos que se baten—dijo el doctor.

—¿Cómo suponéis?...

—¿Por qué no?... Todos los indicios nos inducen á creer que deben de encontrarse por esta parte del África. Tengo el convencimiento de que son ellos. La señora de Guéran está detrás de esta roca, tal vez expuesta á algún gran peligro.

—Pues no perdamos tiempo—dijo el señor de Pommerelle;—no participo de vuestra convicción; pero, sin embargo, lo que se ha de llevar á efecto dentro de algunas horas, que sea cuanto antes.

El señor Desrioux dió algunas órdenes, y una media hora después la pólvora estaba colocada debajo de la roca.

Las cuerdas que debían servir de mecha preparadas y colocadas, echádoles por encima algo de pólvora para que ardiesen bien. Hecho esto, se alejó á gran distancia á todos los de la escolta. Quedaron solos los señores Desrioux y Pommerelle para prender fuego á la mecha y vigilar el más tiempo posible la acción del fuego.

Como lo habían pensado los dos amigos, la cuerda se inflamó fácilmente; al cabo de un cuarto de hora estaba consumida á medias. Los dos jóvenes, seguros de que nada podía

ya detener la acción del fuego, se colocaron en lugar seguro.

Diez minutos pasaron.

De pronto una formidable detonación se dejó oír; el suelo tembló, la montaña osciló; luego el silencio y la inmovilidad sucedieron al movimiento y al ruido.

Entonces, sin mirarse ni consultarse, los dos amigos descendieron corriendo el sendero que habían subido momentos antes, y llegaron en pocos minutos al pie de la montaña.

## XXVII

La roca se había dividido en dos partes casi iguales. La una había quedado en pie, apoyada á la montaña; la otra, levantada por la fuerte sacudida, producida por el estallido, había seguido el movimiento de impulsión y caído hacia adelante.

Los señores de Pommerelle y Desrioux vieron abierto delante de ellas un espacio de unos tres metros.

Los dos amigos adelantaron algunos pasos todavía, y llegaron al sitio en donde la roca tenía su asiento; pero allí tuvieron que pararse de repente; á su vista se abría un abismo de unos treinta metros de profundidad; para

alcanzar la llanura tan codiciada, tenían que bajar una pendiente bastante larga. Pero, en fin, la caravana europea podía dejarse escurrir por dicha pendiente, llegar adonde deseaba. Pero antes de franquear el último obstáculo que los separaba de la llanura, los señores Desrioux y Pommerelle miraban aterrados lo que allí pasaba.

Se veían en una inmensa extensión gentes enloquecidas, deshaladas, corriendo en todas direcciones; mujeres desnudas, alzando los brazos al cielo, dando saltos frenéticos; hombres tropezando unos con otros, y cayendo al suelo con la fuerza del choque; otros, llenos de espanto, se tiraban al suelo, procurando hundirse en la tierra; ésta desaparecía por completo, bajo la cantidad de armas de todas formas que los que huían abandonaban para que su carrera fuese más veloz.

Sin embargo, se distinguían al horizonte grupos compactos que se reorganizaban. Eran, sin duda, soldados victoriosos que se reunían para rematar al enemigo que quedaba todavía con vida.

Después de recorrer á simple vista parte del campamento, los exploradores se fijaron en lo que había cerca de la roca derrumbada, y entonces su asombro cambió en estupor.

En una especie de campo atrincherado y rodeado de un foso, había más de trescientos cadáveres en medio de los bagajes, que se comprendían eran de una caravana de Europeos. En medio de esos cadáveres se veían muchos heridos que hacían esfuerzos inaudi-

tos para huir del contacto de los muertos, lanzando gritos desgarradores.

Los dos amigos creyeron haber llegado tarde para socorrer á los Europeos, y desde luego se figuraron que sus compatriotas habían sido aplastados por la roca al abrirles paso.

Pero del campamento, las miradas de los jóvenes se fijaron en un espacio separado de ellos por una distancia de unos veinte metros; allí estaban reunidos los que habían sobrevivido á aquella hecatombe. Por de pronto nada más vieron que un grupo de donde salían gritos, y se figuraban que les hacían señas. Entonces se fijaron bien, y vieron con asombro y alegría que allí había albornoces, túnicas de lana, trajes europeos, y en fin, que varios rostros blancos se destacaban de los negros y bronceados que les rodeaban.

De pronto el señor Desrioux palidece, vacila, y sin el apoyo del señor de Pommerelle hubiese rodado al abismo; su emoción provenía del descubrimiento que acababa de hacer, creyendo ver á la señora de Guéran en medio de aquella gente.

Si los dos amigos habían creído reconocer entre aquellos Europeos á los que buscaban, los señores de Morin, Periéres y Delange les habían visto á ellos hacía rato, pero sin reconocerlos. Echados de la trinchera por las Amazonas, habían buscado un refugio en la llanura, adonde se lanzaron acompañados de su caravana y de los soldados armados, y en el momento en que comprendieron que iban á mo-

rir, una detonación formidable vino á librarlos de sus enemigos, aplastados bajo la roca derrumbada.

Estupefactos al ver el milagro que les salvaba la vida, sus ojos no se separaban de la montaña, cuyo derrumbamiento no sólo les libraba de los Walindis, sino que les abría el camino del Este y de los lagos para volver á Europa.

Sin apartar la vista de la montaña, puerto de salvación, y pensando quién habría podido tener la misma idea que Periéres, puesto que éste estaba resuelto á usar el mismo procedimiento para abrirse paso al otro lado, dos hombres aparecieron por la abertura.

En medio de las sombras proyectadas por las dos montañas, rodeados de tinieblas, parecía que salían de un sepulcro. Pero cuando avanzaron hasta el borde del abismo, cuando llegaron sobre la roca derrumbada, cuando vestidos de blanco la luz los inundó, parecían dos ángeles bajados del cielo descansando tranquilamente sobre la montaña antes de bajar á la tierra.

Aquella súbita aparición había ciertamente más bien contribuído á la huida de las amazonas que la formidable detonación. Después de la primera sorpresa, se hubieran sin duda reunido para dar libertad á su reina; pero al ver que sus montañas, siempre inmóviles, sus sagradas montañas, se habían derrumbado, aniquilando gran parte de ellas, y sobre todo, habían dado paso á seres sobrenaturales, fueron dominadas por temor supersticioso, y

aquellas temibles guerreras dejaron de serlo para volverse mujeres temerosas.

Los Nubienses, los intérpretes, Dinkas y Moniboutous, á pesar de su asombro, comprendiendo que el cielo les protegía, cayeron de rodillas y daban gracias á Dios, al ídolo ó brujo, que les salvaba.

Los Europeos daban también gracias, con toda su alma, á sus libertadores: bien pronto se explicaron lo sucedido, comprendiendo que alguna caravana europea, saliendo del Sudeste hacia el Noroeste, después de haber atravesado las Montañas Azules, se había hallado delante de esa inmensa roca, sin poder franquearla ni rodearla, y la había hecho saltar para abrirse paso. La casualidad era, pues, la que ponía frente á frente á aquellas dos caravanas.

La idea de que los mineros habían sido sus amigos no podía ocurrírseles á los señores de Morin, Periéres y Delange. ¡Bien ajenos estaban de pensar que los señores Pommerelle y Desrioux se encontraban en el corazón del África, á dos grados de latitud Norte!

El señor Desrioux, por el contrario, no tardó en reconocer á la señora de Guéran. Bien es verdad que el corazón tiene á veces el don de la doble vista. Tal vez le reconozca también la señora de Guéran antes que sus amigos.

## XXVIII

Mientras que los dos amigos contemplaban el campo de batalla, fué reuniéndose su escolta. El entusiasmo de los Beloutchis no tenía límites; su admiración rayaba en delirio al ver que la montaña se había abierto á su mandato, y poco les faltó para que les adorasen de rodillas. Mas el conde y el doctor lo que querían era reunirse á sus amigos cuanto antes; por lo tanto, les mandaron formar de dos en dos y seguirles.

Extraño espectáculo fué ver esa larga hilera de hombres, de trajes de diversos colores vivísimos, apoyándose en sus lanzas, bajando gravemente paso á paso el camino aéreo abierto en la montaña.

Por su parte, los señores de Morin, Delange y Periéres, seguidos de algunos servidores, se adelantaban al encuentro de los que llegaban: la señora Poles no los había acompañado, porque tenía que arreglar su traje, destrozado en una lucha que había tenido que sostener contra tres Amazonas, de las cuales, gracias á su revólver, se había podido librar.

La señora de Guéran había quedado al lado de su marido, mortalmente herido por la furiosa Walinda. «¿Por qué, se preguntaba, se

ha encarnizado contra él, por qué no se ha precipitado sobre sus enemigos? ¿Por qué haberle herido tan atrocemente siendo su huésped y su amigo.»

Estaba allí, cerca de aquella terrible reina, de aquella Venus negra, como la llamaba el doctor Delange. Nassar, ayudado por varios Dinkas, le habían arrancado al señor de Guéran de entre las manos, y después de haberla despojado de sus terribles armas, la habían atado de pies y manos con fuertes cuerdas, y arrojado al suelo.

A pesar del estado en que se hallaba, Walinda se daba cuenta de todo lo que pasaba alrededor suyo. Tendida de espaldas, medio oculta entre la hierba, no perdía de vista á su víctima, dirigiendo miradas de fuego á la mujer, que arrodillada, cuidaba de su presa.

Hubo un momento en que la señora de Guéran se aproximó más á su marido, tomando una de sus manos. Entonces las miradas de la reina se volvieron feroces; sus labios entreabiertos se comprimieron; todo su cuerpo, aunque inmóvil, se estremeció.

Al propio tiempo trataba de romper sus ligaduras, sin poder afortunadamente lograrlo; pero por un esfuerzo supremo, logró volverse boca abajo.

Entonces, auxiliada de las rodillas y arrastrándose sobre el pecho como una culebra, llegó cerca del grupo formado por el señor y la señora de Guéran.

La señora de Guéran, absorta en sus pensamientos, nada había oído, en nada había

reparado; sólo recordaba haber visto á su marido con un hacha de combate en la mano, tratar de abrirse paso para aproximarse á ella, cuando de repente fué detenido por una de aquellas furias, que le estrechó en sus brazos, clavando en su cuerpo las lanzas de hierro que rodeaban sus brazos, cuello, cintura y piernas, derribándole al suelo y ensañándose en él hasta dejarle casi exánime, y no concluyó con su vida por el pronto auxilio de sus amigos. En vano se preguntaba que á qué móvil obedecía aquella mujer al obrar así. Pero su pensamiento fué distraído por la formidable detonación de que hemos hablado ya, y gritos de espanto y de agonía se oían por todos lados. Sin embargo, no trató de inquirir lo que sucedía. ¿Qué le importaba, después de todo, cuanto ocurría? Estaba sumergida en profundo dolor, y sólo pensaba en el estado en que encontraba á aquel ser amado, que había buseado con tanto afán y á costa de tantas fatigas y penalidades.

Faltándole el agua para refrescar los labios y la frente del herido, se volvió para pedirla, cuando vió entre la hierba, á algunos pasos de ella, á la reina de los Walindis, cubierta por la sangre del señor de Guéran.

En lugar de desviar los ojos con horror de aquella mujer, se puso á contemplar á la que había detenido tanto tiempo prisionero á su marido.

Las facciones de la reina, á pesar de la expresión cruel que se veía en ellas, eran encantadoras; sus ojos, admirables de energía, su

boca, un nido de voluptuosidad, y sus hombros, su pecho, sus formas todas, á pesar de hallarse cubierto su cuerpo de sangre y polvo, eran admirables, espléndidas.

Después de haber examinado á Walinda, su mirada se paró en el señor de Guéran, y extrañas ideas cruzaron por su mente.

Por fin se levantó, y como el reptil que contemplaba á sus pies hiciera un movimiento para acercarse á ella, le dió desdeñosamente con el pie para alejarlo, al tiempo que Nassar llegaba en busca de su prisionera.

Aquel incidente volvió á la señora de Guéran á la realidad; buseó á sus amigos y se sorprendió de no verlos, como tampoco á ninguno de sus servidores.

—¿Qué ha sido de ellos?—se preguntaba asombrada;—pero bien pronto los vió que avanzaban hacia la montaña. ¿Van á batirse todavía?—se decía.—¿No se hallarán satisfechos al ver el campo cubierto de cadáveres? ¿No era ya tiempo de poner fin á tan atroz carnicería? Pero les vió saludar con la mano y agitar las armas en el aire.

—¿A quién saludan?—se preguntó, y levantando la vista hacia la montaña, vió la caravana que de ella bajaba.

A su frente adelantaba un hombre vestido como los Europeos; su estatura era regular y elegante. Los cabellos y barba rubios, aparecían de oro bajo los rayos del sol. La visera negra de un kepis de tela gris cubría con su sombra una espaciosa frente; nariz recta, labios entreabiertos por inefable sonrisa y gran

des ojos azules, adornaban aquel rostro que, á la vez que enérgico, estaba poseído de gran dulzura.

Avanzaba lentamente, apoyado en una lanza, erguido, sin preocuparse de las fragoridades del camino ni acordarse de los que le seguían, ni parecía reparar en los que venían á su encuentro; su mirada, fija en un solo punto, adelantaba hacia la señora de Guéran, sin ver nada de lo que se hacía alrededor suyo.

De repente, la señora de Guéran lanzó un grito: le había reconocido. ¡Era él! ¡él, por fin, había llegado; la había encontrado en medio del desierto, en medio del caos!

Al reconocerle, se sintió vacilar, las fuerzas le abandonaban, automáticamente dió tres pasos adelante avanzando hacia él, que siguió aproximándose á ella, la mirada fija en la suya. Pero de repente se detuvo. La sangre que afluí a su corazón brotó á sus mejillas, escondió el rostro entre sus manos, y volviendo atrás se arrodilló junto al señor de Guéran y le besó en la frente, como para implorar su perdón y pedirle protección.

Los señores Pommerelle y Desrioux se echaron en brazos de sus amigos, que al fin les habían reconocido. Su emoción era demasiado grande para pedir explicaciones; su alegría no tenía límites, y en un momento habían olvidado la situación en que se encontraban y las terribles pruebas por que acababan de pasar.

Por su parte, los Beloutchis, los Pagazis de

Zanzibar fraternizaron con los Nubienses, Sudaninos y los Dinkas, reinando bien pronto entre ellos la más franca cordialidad.

Mientras aquellas demostraciones pacíficas sucedían en el sitio donde la terrible lucha acababa de verificarse, el señor Desrioux se separaba de sus amigos para aproximarse á la señora de Guéran.

Oyendo pasos, aquélla se volvió y dió tres pasos á su encuentro serena y sonriente. Le alargó las dos manos, estrechando las suyas con efusión, pero sin pronunciar una palabra.

Después de un momento, el señor Desrioux, con voz triste y velada por la emoción, le dijo:

—Mi madre se ha extinguido en mis brazos; no teniendo ya que cuidarla, he venido á reunirme á vos.

—Habéis hecho bien. Los dos lloraremos vuestra querida difunta.

Después de un breve silencio, la señora de Guéran preguntó:

—Antes de emprender vuestro viaje, ¿habéis recibido una carta mía fechada en Khartum, en la cual os hablaba del señor de Guéran?

—No—contestó sorprendido—¿qué decíais en aquella carta?

—Os decía en ella—replicó presa de gran emoción—que, según los últimos informes recogidos, mi marido vivía todavía, y que tenía esperanzas de encontrarle.

—¡Ah!—exclamó palideciendo—¿y le habéis encontrado?

—Sí, pero para perderle para siempre, si no conseguís salvarle.

—Si hay algún medio de salvación—murmuró,—le salvaré.

## XXIX

La señora de Guéran se acercó al herido acompañada del doctor Desrioux.

Éste se arrojó en el suelo, examinó largo rato las heridas del que le rogaban encarecidamente le volviese la vida: el hombre enamorado había desaparecido, quedando sólo el hombre de ciencia.

Cuando se levantó, todos los Europeos le rodearon. Llamó á solas al doctor Delange, para tener con él una consulta, pero la señora de Guéran le dijo:

—Deseo saber la verdad. Hablad sin temor; tengo valor para oírlo todo.

—Nada tengo que ocultaros; quería hablar con el doctor Delange para saber si participamos los dos de la misma opinión, y pedirle licencia con objeto de exponer mi parecer.

—Hablad, amigo mío, sin temor de zaherirme—dijo el señor Delange,—pues ya sabéis que soy casi un aficionado, cuando reconozco en vos un maestro de la ciencia.

El señor Desrioux saludó sin contestar.

—Tanto más—prosiguió Delange,—cuanto que estoy en la caravana con el título de sustituto. Y ahora que ya estáis aquí, rogaré á estos señores me devuelvan la libertad.

—Gracias, amigo mío, por tanta amabilidad y tanta lisonja—contestó el señor Desrioux.—He reconocido las heridas del señor de Guéran, y me parece que no son graves; diré más: creo que se curarían pronto si el barón se encontrara en una situación normal; pero antes de estar herido ha debido padecer alguna enfermedad, pues su debilidad es bastante grande, y las peripecias por las cuales acaba de pasar han determinado una fiebre intensísima, la cual hay que combatir enérgicamente, pues enardece la sangre del enfermo y perjudica en extremo la curación de sus heridas: á mi manera de ver, no hay más que un solo medio de triunfar; es mudar de aires inmediatamente.

—Estoy conforme con vuestro parecer—dijo el doctor Delange,—es preciso trasladarle á un sitio más salubre, bajo otro clima más benigno.

—Nada hay más fácil—respondió el señor Desrioux;—marchémonos hoy mismo por la montaña, y tengo la seguridad de que mañana la fiebre habrá disminuido y los fenómenos cerebrales desaparecerán pronto.

—Pues partamos cuanto antes. Tanto más—añadió el señor de Perrières,—que creo que las amazonas no nos dejarán descansar mucho tiempo, porque me parece que quieren dar li-

bertad á su reina. Insisto, por lo tanto, para que nuestra marcha sea inmediata. ¿Pensáis lo mismo, de Morin?

—Sí, porque lo que tenemos á la vista es por demás triste, pues además de estar rodeados de los cadáveres de nuestros enemigos, se ven los de muchos de nuestros fieles servidores. Acabo de contar nuestros muertos, y he visto con dolor que hemos perdido treinta porteadores, quince soldados Nubios y Dinkas y unos veinte soldados Mambouttous, de los que habíamos armado con armas de fuego. Deseo, por lo tanto, abandonar cuanto antes esta tierra maldita.

—Tanto más—añadió el señor de Pomnielle,—que no podemos detenernos mucho, porque nuestra caravana nos está esperando en el lago Albert hasta el día 25 de Diciembre, y si para ese día no estamos de vuelta se marchará hacia la costa con nuestros equipajes é importantes provisiones.

Sin embargo, antes de alejarnos—dijo el señor de Morin,—tenemos que dar sepultura á nuestros difuntos.

—He dado órdenes—dijo Periéres,—y ya se está abriendo la fosa para ello.

—¿Y Mounza?—preguntó de Morin,—porque si no ha muerto por culpa nuestra, ha muerto por querer ayudarnos.

—Ya tiene una sepultura digna de él—contestó Periéres.—La roca, al desplomarse, le ha sepultado; por lo tanto, su cuerpo, en lugar de descansar debajo de una losa, descansa debajo de una montaña.

—Pero ¿qué vamos á hacer de sus tropas?—dijo de Morin,—las hemos traído, tenemos el derecho de abandonarlas?

—¿Creéis que debemos arrastrar esa falange de bárbaros y de antropófagos á otra parte del Africa, á parajes donde gozan siquiera de la más pequeña noción de civilización? Dejados á su libre albedrío, y creed que no volverán á sus hogares hasta que hayan exterminado algunas amazonas para comérselas.

Esos hombres no me inspiran simpatía alguna, y permitidme deciros que vos, tan sensato generalmente, me hacéis hoy objeciones poco serias.

El señor de Morin nada respondió; pero aproximándose al señor de Periéres, murmuró á su oído:

—¿Creéis que puedo estar de buen humor? ¡Vaya una suerte, encontrarse en un mismo día con un rival y un marido!

—No tratéis de haceros peor de lo que sois. El marido os debe su libertad, y el sentimiento que tenéis es verle en tan deplorable estado. En cuanto á Desrioux, vais á querellarle de habernos salvado la vida y de habernos abierto camino para volver mucho antes á Europa. Gracias á su intervención, nuestros cadáveres no están tendidos en la hierba, ó lo que sería peor, no somos prisioneros de Walinda.

—¡Qué decís!—interrumpió Delange al acercarse,—por mi parte me hubiese alegrado de ser por unos días prisionero de esa criatura.

Y á propósito, ¿qué han hecho de esa adorable mujer?

—¡Ahí está— contestó Perières— tumbada en el suelo!

—¿Qué vamos á hacer de ella, marchándonos hoy? ¿La vamos á devolver la libertad?

—No haremos semejante locura— exclamó de Morin.— Sería la mayor de las imprudencias: libre, reuniría al momento sus tropas y nos perseguiría. ¿No reparáis en sus miradas? ¡Ved de qué odio están impregnados sus ojos!

—Lo que veo— dijo Delange— es que es una mujer espléndida, digna del sobrenombre que la he puesto, y que me intereso vivamente por ella.

El señor Perières, sin prestar atención á las palabras del inflamable Delange, decía al señor de Morin:

—¿Qué camino tomaría para perseguirnos?

—El que vamos á tomar para salir de aquí. ¿Creéis que les daría mucho cuidado á las Amazonas deslizarse por él?

—Amigo mío— replicó Perières,— veo con sentimiento que tenéis la cabeza trastornada, si no, os hubiera ocurrido, que en cuanto nuestros equipajes y nuestras gentes estén en la meseta en donde se nos ha aparecido Desrioux, todos nuestros hombres reunirán sus lanzas á modo de palanca bajo esa roca que está recostada en la montaña, haciéndola rodar á la entrada del paso abierto por la explosión, y que el paso quedaría inutilizado para las gentes de estas comarcas.

—Es verdad— dijo de Morin— así nuestra retirada estará segura.

—Queda deliberar lo que vamos á hacer de Walinda. ¿Queréis que la fusilen?— preguntó Perières.

—Bien lo merece, pero me falta el valor para ello— contestó de Morin.

—¿Y vos, Delange, qué decís?

—Que es demasiado bonita para que todo resentimiento no se extinga viendo su hermosura. ¿Por qué no nos la llevamos? Dentro de algunos días la dejaremos en libertad; y creed que ya sabrá encontrar por dónde volver á su reino.

—No habrá más remedio que hacer eso— dijo de Morin;— no podemos escoger medios; pero es una prisionera peligrosa y no debemos perderla de vista.

—Respondo de ella— replicó el doctor Delange.

—Ya me figuraba yo eso— exclamó de Morin riendo.— Pero cuidado de que no sepa nada la señora Poles. Vais á caer de nuevo en desgracia.

—Lo podéis dar por hecho, pero esta vez es ella la que me abandona. Mirad qué ojeadas tiene para Pommerelle y que *toilette* tan fantástica ha inventado para seducirlo.

—Por favor, señores— dijo el doctor Desrioux, acercándose á los jóvenes;— ocupémonos del regreso; son ya las tres, y en interés de todos debemos esta noche dormir á quinientos ó seiscientos metros de altura.

## XXX

Mientras que los Europeos hacían sus proyectos para el regreso, la caravana de la señora de Guéran hacía también los suyos; pensaban descansar hasta la noche, y luego reunirse á los Momboutous, á fin de celebrar su victoria entregándose á una verdadera bacanal; los negros, en contra de su costumbre, se habían permitido reflexionar; pues se creían que habiendo encontrado al hombre blanco que buscaban desde hacía un año, que no habría necesidad de abandonar el país conquistado en mucho tiempo; luego querían ver si aquellas mujeres tan hermosas y tan alabadas para estimular su celo, se mostrarían tan amantes con sus vencedores, como feroces habían sido con sus enemigos.

Así es que cuando fueron á despertar á los Nubios, anunciándoles la determinación que se había tomado de emprender en seguida la marcha para el regreso, se sublevaron contra aquella orden, diciendo que los Europeos abusaban y que no tenían derecho de privarles de algunos días de descanso, y se mostraron tan irascibles, caprichosos y rebeldes, como hasta entonces habían sido dóciles y serviciales.

Gracias á que sus jefes habían llegado á dominarlos, y que pronto pudieron convencerles de que había que abandonar aquel campo de batalla, perjudicial para todos. Pero bien pronto tuvieron que volver á emprender otra nueva lucha con ellos. Pues cuando supieron que en lugar de volver por el camino ya andado, iban á emprender la marcha hacia el Sur, sus gritos y sus imprecaciones ensordecieron á todos los presentes.

Hubo que entrar en nuevas explicaciones con ellos, y hacerles comprender que, llegando á orillas del Albert-Nyanza, que tomaríamos el camino del Norte para ir á Gondokoro.

—Llegando á Gondokoro—nos dijo el doctor Desrioux,—podemos montar en barca, descender el Nilo y hacer vela hacia Francia.

—Ese itinerario me satisface completamente—dijo el señor de Périères,—y sobre todo tiene para nosotros una ventaja que nos permite servirnos de nuestra caravana, pues sin ella nada hacemos. Permitidme, pues, que les comunique nuestro plan y que me comprometa solemnemente con ellos á dejarlos en donde los hemos tomado.

Todos le dijeron que lo hiciera; pero gran trabajo le costó á Périères convencerles á todos. En fin, á eso de las cuatro quedaron convencidos, y todos se aprestaron para ponerse en marcha cuanto antes.

Pero entre toda aquella gente, el señor de Morin no veía á José; empezó por buscarle en medio de los muertos; inútilmente, José no parecía: llegó á figurarse que alguna amazona

había cargado con él, pero todos aseguraban que durante toda la acción José había sido invisible. Entonces llegó á creer que el desventurado había participado de los honores de la sepultura real de Mounza. Sin embargo, de Morin no se conformaba, sentía no volver á la calle de Jaibout sin José; así tomó la determinación de llamarle, no á son de trompa, sino de tambor. Un Nubio provisto de aquel empezó á tocar redoblando.

Pocos segundos después se vió salir de una excavación al pie de la montaña dos enormes serpientes de la especie de los *pitón*, y que los indígenas del Africa Austral llaman *metré*, *pallah* ó *tari*. Amantes apasionados de la música, como todos sus congénéricos, que acuden al ruido del tambor africano. Detrás de ellos apareció, al cabo de un instante, una cabeza de hombre, pues su cuerpo estaba envuelto por las dos serpientes, cuyo largo era de cinco á seis metros, y su circunferencia de treinta á cuarenta centímetros. Aquella cabeza era la de José.

Por la mañana, aquel valiente había visto que las cosas iban seriamente, y le pareció que la barricada y el foso no eran suficientes reductos para que las amazonas no entrasen en el campamento de los Europeos. Y como buscaba un refugio más seguro, arrastrándose al pie de la montaña, descubrió una excavación, se escurió en ella para que le sirviera de escondrijo. Mas los pitones, asustados por el ruido de las detonaciones de las armas de fuego, tuvieron la misma idea y buscaron el

mismo refugio; tomando á José por un tronco de arbol, se enroscaron en él. Durante varias horas, el desgraciado fué el testigo forzoso de los juegos amorosos de los dos reptiles. Un naturalista hubiese aprovechado la ocasión para estudiar las costumbres de aquellos animales; pero José, persuadido que su último día había llegado, se acordó sólo de pedir perdón á Dios, y suplicarle le recibiera en su seno.

La música produjo su efecto: los dos animalitos se desprendieron, uno tras otro, de José, para acercarse más y más al que tocaba el tambor. Aunque todos los naturales sabían que aquellos reptiles son inofensivos, no pudimos dominar la impresión que nos causó ver á José preso por ellos. Difícil sería reproducir el espanto pintado en su rostro; sus ojos salían de las órbitas; sus cabellos, que el terror levantaba, formaban una cresta encima de su cabeza. Decididamente, los animaluchos del Africa tenían predilección por José; porque primero las avispas, luego las hormigas, después las sanguijuelas, y por último, las serpientes, habían cada uno á su vez tomado el cuerpo de José por cosa suya. ¡Buenos recuerdos le quedaban de su viaje á Africa!

A las cinco, las dos caravanas reunidas emprendieron la marcha.

La ascensión de la roca, que unía como un guión la llanura con la montaña, era muy fácil para todos los hombres útiles de la expedición; pero se hacía peligrosa para el transporte de los heridos. Se vencieron, sin embar-

go, todos los obstáculos, gracias á las cuerdas de que estaba provista la caravana Desrioux; con ellas se pudo formar una hamaca y levantar en alto al señor de Guéran.

En cuanto á la reina Walinda, el señor Delange, encargado de su custodia, le hizo desatar las piernas y anduvo en medio de cuatro Nubienses. En contra de toda previsión, no opuso la menor resistencia; trepó paso á paso la roca, sin mirar atrás, sin quejarse, como si dejase voluntariamente sus Estados. Cuando hubo llegado á la cumbre, ni siquiera echó una mirada sobre el país, del cual aún por la mañana era soberana; parecía no acordarse de nada, y no tener más miradas que para devorar con ellas á su antiguo prisionero y á la señora de Guéran, que marchaba á su lado.

La caravana fué entrando en el desfiladero que habían recorrido la víspera los señores Desrioux y Pommerelle. Los Beloutchis, que conocían el camino, formaban la vanguardia; detrás los heridos y las mujeres y los portadores con los doctores Desrioux y Delange por si necesitaban su asistencia. Los Nubienses, los Dinkas, mandados por Nassar, y los intérpretes árabes, cerraban la marcha.

Antes de reunirse á la caravana, los Europeos, hicieron que los soldados, sirviéndose de sus lanzas como si fueran palancas, hicieran rodar la mitad de la roca que quedaba adaptada á la montaña hacia la llanura, y quedase de aquella manera ésta otra vez comunicada con el interior de las Montañas Azules.

## XXXI

Por supuesto que las amazonas no pensaron ni por un momento en perseguir á los Europeos, ni en dar libertad á su reina, pues tenían bastante que hacer con tratar de defenderse de los Mombouttous, dueños de un país que no habían conquistado, pero del cual la casualidad les había hecho apoderarse de él. Abusaron de su posición, quemando las aldeas y bailando con las amazonas alrededor de las hogueras, manifestando de este modo el ningún sentimiento que les dominaba á aquéllos por la pérdida de su rey, y á éstas por la de su reina.

Los Europeos, después de echar una mirada de despedida á aquellas vastas regiones que acababan de atravesar, se reunieron á la caravana, uniéndose también los señores de Pommerelle, de Morin y Periéres.

El primero pudo al fin comunicarles noticias de París, aunque ya habían transcurrido ocho meses desde que el conde y el doctor habían dejado la Francia.

Pero fueron interrumpidos en sus expansiones por la llegada de la señora Poles, que había abandonado su fila para reunirse al se-

go, todos los obstáculos, gracias á las cuerdas de que estaba provista la caravana Desrioux; con ellas se pudo formar una hamaca y levantar en alto al señor de Guéran.

En cuanto á la reina Walinda, el señor Delange, encargado de su custodia, le hizo desatar las piernas y anduvo en medio de cuatro Nubienses. En contra de toda previsión, no opuso la menor resistencia; trepó paso á paso la roca, sin mirar atrás, sin quejarse, como si dejase voluntariamente sus Estados. Cuando hubo llegado á la cumbre, ni siquiera echó una mirada sobre el país, del cual aún por la mañana era soberana; parecía no acordarse de nada, y no tener más miradas que para devorar con ellas á su antiguo prisionero y á la señora de Guéran, que marchaba á su lado.

La caravana fué entrando en el desfiladero que habían recorrido la víspera los señores Desrioux y Pommerelle. Los Beloutchis, que conocían el camino, formaban la vanguardia; detrás los heridos y las mujeres y los portadores con los doctores Desrioux y Delange por si necesitaban su asistencia. Los Nubienses, los Dinkas, mandados por Nassar, y los intérpretes árabes, cerraban la marcha.

Antes de reunirse á la caravana, los Europeos, hicieron que los soldados, sirviéndose de sus lanzas como si fueran palancas, hicieran rodar la mitad de la roca que quedaba adaptada á la montaña hacia la llanura, y quedase de aquella manera ésta otra vez comunicada con el interior de las Montañas Azules.

## XXXI

Por supuesto que las amazonas no pensaron ni por un momento en perseguir á los Europeos, ni en dar libertad á su reina, pues tenían bastante que hacer con tratar de defenderse de los Mombouttous, dueños de un país que no habían conquistado, pero del cual la casualidad les había hecho apoderarse de él. Abusaron de su posición, quemando las aldeas y bailando con las amazonas alrededor de las hogueras, manifestando de este modo el ningún sentimiento que les dominaba á aquéllos por la pérdida de su rey, y á éstas por la de su reina.

Los Europeos, después de echar una mirada de despedida á aquellas vastas regiones que acababan de atravesar, se reunieron á la caravana, uniéndose también los señores de Pommerelle, de Morin y Periéres.

El primero pudo al fin comunicarles noticias de París, aunque ya habían transcurrido ocho meses desde que el conde y el doctor habían dejado la Francia.

Pero fueron interrumpidos en sus expansiones por la llegada de la señora Poles, que había abandonado su fila para reunirse al se-

nior de Pommerelle, aquel hombre de *great attraction*, como confesó al doctor Delange.

De Morin y Perières quedaron otra vez aislados, y el primero dijo al segundo:

— ¡Y bien, ya le hemos encontrado!

— ¡Es verdad—contestó Perières,— hemos invertido un año en encontrarle!

— Con un desinterés caballeresco—añadió de Morin,— digno de ser señalado.

— Y lo será, no lo dudéis, cuando nuestra conducta sea conocida.

— Pero confieso que le hubieramos podido encontrar en mejor estado de salud que en el que le hallamos, pues en tal situación no tenemos siquiera el derecho de tener celos.

— Ya los tendremos—hizo observar de Morin,— puesto que sus heridas, aunque numerosas, no son graves, y creo que dentro de pocos días su estado mejorará.

— Si dentro de pocos días el marido está mejor—dijo Perières,— la mujer en cambio no lo estará.

— ¿Qué queréis decir?—repuso de Morin.

— Es muy sencillo—dijo Perières:— hoy la señora de Guéran no ve en su marido más que un herido, un enfermo moribundo que hay todavía que disputar á la muerte; pero dentro de pocos días el enfermo estará bien. La hermana de la caridad desaparecerá y sólo quedará la esposa, y ésta le pedirá cuentas de su conducta. Lo ha olvidado todo, mientras ha podido creer que su marido había muerto ó estaba prisionero; pero creed que, viéndole bueno, recordará que á los dos años de matri-

monio la ha abandonado para correr por esos mundos, y estos recuerdos, unidos á haberle encontrado prisionero de una mujer como Walinda, la ridiculiza á sus propios ojos. Si siquiera le hubiese encontrado prisionero de algún terrible monarca africano, encadenado y reducido á la esclavitud más tiránica, nada diría. Pero lejos de ser así, le halla en medio de una turba de mujeres encantadoras y muy originales; y una de ellas, reina por derecho propio, por derecho de hermosura, que parece quererle hasta hacerse criminal, ahogándole en sus brazos y martirizándolo, porque teme que se le escape vivo. ¡Vamos, eso no lo perdona ninguna mujer! Y mucho menos después de lo que ha hecho la señora de Guéran, que creía debía acudir en auxilio de un ser á quien juzgaba acreedor á toda clase de interés, á toda su abnegación. Pero encontrar á su marido en la situación en que lo ha encontrado, se avergüenza hoy de su heroísmo, de su abnegación; y la cuestión del amor propio herido, la cuestión de la delicadeza, de la dignidad y de la infidelidad, todas estas cuestiones están sobre el tapete, y no dudéis que en su día serán abordadas por la señora de Guéran de una manera enérgica y seria.

Ya sabéis que su inteligencia es superior, su espíritu muy sutil, y por lo tanto, todo lo ha adivinado; ha visto bastante, y lo que no ha visto, se lo figura, y desde luego está convencida de que su marido se consolaba de su ausencia al lado de la sanguinaria Walinda.

En fin, termino mi discurso, amigo mío, di-

ciéndoos que hoy el señor de Guéran es poco temible, porque está enfermo, y cuando su salud haya mejorado lo será menos aún, porque no le rodeará la aureola de la ilusión.

—Pero ¿dejará de ser su marido?—observó de Morin,—está vivo, se le ha encontrado, ya ella no es viuda y por tanto se nos escapa.

—Pero nos queda la mujer.

—¡Qué decís! ¿Y ese amor tan respetuoso que profesabais á la señora de Guéran, ese culto!...

—La resurrección del señor de Guéran ha hecho tomar otro rumbo á mis sentimientos. No se puede amar á una mujer que tiene marido como se ama á una viuda ó á una joven.

—Al oiros hablar, amigo Periéres, comprendo que habéis perdido vuestra calma habitual. Mientras yo exhalaba mi mal humor, vos os mostrabais tranquilo y sonriente; ahora comprendo lo que valéis: ¡habéis debido sufrir mucho!

—Sí, lo confieso—exclamó Periéres,—me dominan vuestras impresiones; sufro y soy celoso, pero no es el marido el que me inspira temores, es ese rival que nos ha caído encima derribando montañas. Y eso que le debemos la vida. La gratitud nos impide buscarle querrela. Y para concluir os diré que hace un año que estamos asando las castañas, y que va á ser Desrioux quien se las coma.

—¡Con qué jovialidad tomáis las cosas!

—Me río para no llorar.

—¿Y aceptáis la situación?

—A la fuerza, como la aceptáis vos tam-

bién. ¿Qué podemos hacer? Dejar ver nuestros celos, sería torpe é inútil. ¿Buscar querrela á Desrioux? ¿Hemos tratado de querellar-nos nosotros? No; hemos evitado siempre que la mala inteligencia nos desuniera. ¿Seremos menos leales con el que nos ha salvado la vida. ¿Nunca se ha visto á nadie dellogar á su salvador.

Después de reflexionarlo bien, lo único que nos queda es conformarnos: volver á París cuanto antes, y tratar allí de consolarnos, si queremos y podemos ser consolados.

Hablando así los dos amigos, la caravana llegaba á salir del desfiladero, y después de una jornada tan fecunda en peripecias y emociones tan terribles y tan variadas, ansiaban todos disfrutar de algunas horas de tranquilidad y descanso. Se colocaron las tiendas para los Europeos en una explanada de poca extensión, mientras que las gentes que formaban las caravanas se refugiaban entre las sinuosidades de la montaña, ó se tendían sobre las rocas, unos sobre otros, para combatir el frío; los termómetros marcaban entonces diez y ocho grados centígrados, pero los naturales del Africa Central y Austral tiemblan de frío aun pasado de veinte grados. Aquella temperatura era un bálsamo consolador para el señor de Guéran; el doctor Desrioux nos aseguró que la fiebre había disminuído sensiblemente.

Momentos después, el más profundo silencio reinaba en el campamento: la Venus negra era la única que no descansaba; sus gran-

des ojos negros, desmesuradamente abiertos, se fijaban sobre la tienda en donde habían instalado á su prisionero.

## XXXII

Al quinto día, la caravana llegó á la explanada desde donde había visto por primera vez el doctor Desrioux el territorio de las Ulindis.

Aquella larga ascensión, entrecortada por bajadas tan rápidas, que no podían efectuar muchas veces los porteadores, teniendo que dejar deslizar los fardos después de sujetarlos con cuerdas, y á pesar de todos los medios de que se hizo uso, hubo que abandonar varios sacos de provisiones y algunos objetos preciosos para los Europeos.

Los señores Desrioux y Pommerelle, se multiplicaban; iban de exploradores, tratando de reconocer el terreno ya recorrido.

La señora Poles no se separaba de ellos; estaba allí en su elemento, pues tanto adoraba la montaña como odiaba la mar.

Era verdaderamente una ascensionista admirable, trepando muchas veces por escabrosidades, á las cuales llegábamos con suma dificultad.

Un día, mientras la caravana descansaba sobre una cima altísima, el señor de Morin, acercándose al señor Delange, le dijo:

—Amigo mío, puesto que de común acuerdo habéis querido que fuese jefe de las dos caravanas reunidas, me veo precisado, en el interés de todos, á tomar una medida importante.

—¿De qué se trata? Vuestro exhorto me intriga.

—Se trata de poner en libertad una persona, por la cual demostráis vivo interés.

—¿La reina Walinda? En efecto; ya sabéis que la encuentro espléndida, y que la profeso grande admiración; pero es bajo el punto de vista artístico.

—¿Bajo el punto de vista artístico tan solo?—preguntó sonriendo de Morin.

—Podéis creerme; tengo que contentarme con eso á la fuerza. Walinda se muestra insensible á todas las atenciones que tengo para ella; dírlase que es ciega, y hasta creo que mis obsequios la molestan. Por lo tanto, tengo que contentarme con admirar en ella un objeto de arte. Luego os habéis empeñado en que ha de estar siempre atada como un fardo; es confieso que me falta el valor para hacer el amor á una mujer así, atada y privada de su libre albedrío.

—Os prometo que hoy mismo le vamos á devolver la libertad, y poniendo en un saco provisiones de boca, se lo vamos á entregar para que vuelva si quiere á sus Estados.

—¿Y por qué tanta premura?—preguntó

Delange;—¿no podría quedar todavía con nosotros algunos días?

—¡No!—contestó de Morin.

—Pero ¿por qué?

—Porque su presencia entre nosotros me parece un peligro constante; es imposible que esa mujer haya aceptado con resignación su desastre, su ruina; debe maquinara alguna terrible venganza en contra nuestra.

—Nada podrá hacer, siendo vigilada, como lo está.

—Desengañáos; con el tiempo se rompen todas las ligaduras; la confianza hace que se duerman los guardianes, y desconfío algún tanto de un guardián jefe como vos. Una prisionera, hábil y hermosa, como lo es Walinda, se apoderaría, sin mucha dificultad, de las llaves de la cárcel donde fueseis carcelero; por lo tanto aquí que estamos viviendo al aire libre, menos le costaría introducirse bajo una tienda y hacer una atrocidad, y no quiero tener que sentir por haber sido complaciente; además su vista debe ser poco agradable á nuestra querida sultana, y por lo tanto he resuelto que Walinda salga hoy mismo del campamento, y voy á dar órdenes para que así sea.

—Haced lo que bien os parezca; no seré yo el que me oponga á ello; pero me parece que no sucederá lo mismo con Walinda, porque es muy capaz de no querer separarse de nosotros.

—¿Por amor á su carcelero?—preguntó de Morin sonriendo.

—¡Ay! no—contestó Delange;—sólo piensa en su ex cautivo.

—Razón de más para alejar cuanto antes á esa mujer: si hubieseis logrado hacerla olvidar el pasado, habría podido seguirmos sin peligro para nadie; pero si se acuerda todavía del pasado, creedme, es temible.

—Dejadme el tiempo necesario para borrar de su memoria los antiguos recuerdos.

—¡No digáis eso! En cinco ó seis días se puede triunfar de una salvaje, de una Africana: si no se quebranta su resistencia en ese tiempo, hay que perder toda esperanza. Os dejo para dar órdenes, y cuento con vos para que se conforme á ello.

—Puesto que lo exigís, nada haré para detenerla—contestó Delange suspirando.

En cuanto se alejó de Morin, Delange mandó que hiciesen acercar á la reina, é hizo cortar todas sus ligaduras.

Todos creían que iba á manifestar alegría por verse libre, pero fué al contrario; su mirada inquieta dejaba ver contrariedad y temor.

Nassar, á quien Delange había mandado llamar, explicó á su manera el temor de la reina.

—Cree sin duda que la van á matar—dijo.

—Explicadla—dijo Delange—que se la devuelve la libertad, y que cuando quiera puede volver á sus Estados.

Walinda ¿comprendió ó no al intérprete? Nadie pudo adivinarlo. Se sentó encima de un pedrusco, silenciosa é inmóvil, siguiendo con la vista la marcha de la caravana, que se

había puesto en movimiento al rayar el día.

El señor Delange, impresionado por abandonar aquella espléndida criatura, se alejó rápidamente, seguido por los hombres que habían sido los guardianes de Walinda, reuniéndose á la caravana.

Al cabo de una hora, cuando llegaron á un valle dominado por la explanada en que habían pasado la noche, se volvió.

Walinda no había abandonado ni el sitio ni la postura en que quedó cuando se separaron de ella; la miró largo rato con un anteojo y reparó que ya no tenía á su lado ni la manta ni el saco de provisiones que le habían dado; sin duda alguna que todo lo había arrojado al abismo por no querer nada de los Europeos.

—¿Querrá morir de hambre y frío?— se preguntó Delange.

Dominado por profunda tristeza, se reunió á sus amigos de Morin y Periéres, que estaban preocupados por el porvenir que les esperaba con respecto á sus esperanzas sobre la señora de Guéran, la señora Poles suspirando al lado del señor de Pommerelle, el señor de Guéran llevado en su hamaca escoltado por su mujer y el doctor Desrioux.

## XXXIII

Al día siguiente, á las cinco de la mañana, en el momento en que la caravana emprendía su marcha, Nassar dijo á los señores Delange y de Morin:

—La reina no ha vuelto á su país; parece que ha andado toda la noche para alcanzarlos; acabo de verla, se esconde allí, detrás de aquella roca.

—¡Pobre mujer!— exclamó el señor Delange.

—¿Tenéis lástima de ella?—dijo de Morin.

—Sí, la tengo lástima.

Y añadió por lo bajo:

—Me da lástima, como se conduce uno al ver un pobre perro á quien su amo rechaza.

—Olvidáis, amigo mío, que ese perro ha mordido á su amo, y que ha hecho más que morderle, pues se ha tirado á él y le ha destrozado, y si no ha acabado con su vida es porque no ha podido.

—Es verdad; en un momento de rabia celosa, ha querido devorar á su amo; pero después de pasado el primer momento, el perro se ha arrepentido, y vuelve con las orejas bajas á rondar la casa de su amo. Le busca, gime, llora, y rehusa alejarse, porque no puede

vivir si no está cerca de él; nada hay que temer; no volverá á hacerle ningún daño.

—Creo lo mismo; no volverá á morderle, pero saciará su sed de odio sobre los que le han arrebatado la afección del amo.

Y volviéndose á Nassar, dijo:

—Es preciso que esa mujer desaparezca. No quiero verla más. El corazón me dice que esa mujer nos será fatal.

—No sé qué medios emplear—replicó Nassar.—Mis hombres la amenazan con los paños de sus lanzas; hace como que no les ve, le tiran piedras, parece no sentir las; de manera que no sé qué hacer para que se vaya, á menos de matarla.

—Tendré tal vez que hacerlo, para que no mate á alguno de nosotros; si hay un medio de evitarlo, me alegraré; pero si me obliga á recurrir á ese extremo, la culpa será suya.

—Amigo Delange, puesto que esa mujer os interesa, tratad de hacerla comprender que se aleje; os juro que si os empeñáis en que Walinda merodee al rededor de la caravana, os hago responsable de cuanto pueda ocurrir de desagradable.

En cuanto de Morin se alejó, el señor Delange quedó detrás de todos para vigilar á Walinda.

La vió, efectivamente, detrás de la roca señalada por Nassar, mirando con ojos extrañados en todas direcciones.

Luego la perdió de vista, y en todo el día no la volvieron á ver más. Al anochecer apareció en lo alto de una montaña escar-

pada, siguiendo la caravana á unos cincuenta metros de distancia. Adelantaba paso á paso, la cabeza erguida, el busto echado hacia atrás, los codos ceñidos á las caderas. Sin un palo siquiera en la mano para ayudarla á asegurar su paso. Iba completamente desnuda, y cuando se detenía un momento bajo los rayos del sol, con su color cobrizo parecía una hermosa estatua de arcilla, de tamaño natural, incrustada en la roca.

Toda la caravana podía verla, y de vez en cuando se detenía un soldado ó un porteador para contemplarla.

Al pie de la montaña que acabamos de franquear, la vegetación se dejaba ver; allí los arbustos reemplazaban las rocas, luego se encontraron los grandes árboles que forman los montes que rodean el lago Albert.

Walinda desapareció allí á nuestra vista, y hasta la noche no se la volvió á ver.

La caravana se detuvo en aquel oasis; los soldados encendieron hogueras para preparar sus cenas y dormirse cerca de la lumbre.

El señor Delange velaba, porque comprendía que por la protección que dispensaba á Walinda, le incumbía gran responsabilidad.

No podía sino participar en algo de los temores de su amigo, y desconfiando de la activa vigilancia de los centinelas, recorría los alrededores del campamento.

A eso de las doce, aperebió á Walinda; tenía sin duda frío, pues se aproximó despacito á la hoguera, acercándose junto á ella para calentarse.

Luego, sin pensar que ojos invisibles seguían todos sus movimientos, se arrastró hasta el campamento.

Delange, inmóvil y silencioso, no separaba de ella su mirada preguntándose:

¿Qué buscará? ¿Cuáles son sus proyectos? ¿Querrá deslizarse hasta la tienda de la baronesa, ó buscará la del barón?

Pero la reina aquella noche no obedecía sino á una necesidad trivial; tenía hambre, y trataba sólo de satisfacerla. Después de haberla satisfecho, pues siempre quedaban de sobra carnes, granos de elusina y raíces de sorgo, se alejó para ocultarse en las espesuras; al día siguiente por más que consultasen las llanuras, montecillos, y sendas por las cuales anduvo la caravana, nada vieron.

De Morin satisfecho, no cesaba de decir: habrá tomado el partido de marcharse.

A lo cual contestaba el señor Delange siempre patético cuando se trataba de su Venus: ó el de morir.

Estas palabras, que fueron oídas por la señora Poles, le hicieron exclamar:

—¡Morir! ¡morir! ¿Cómo podéis hablar así tratándose de una salvaje? El suicidio supone cierta voluntad, cierta inteligencia en el que lo ejecuta, y esa criatura no tiene sino instinto animal; podéis consultar á los naturalistas para saber cuántos animales se han matado por su voluntad.

—A nadie tengo que consultar, señora— contestó el señor Delange,— para decir que estáis en un error; el animal no se envenena

voluntariamente; es verdad, ni se ahoga, ni se dá un tiro; pero en cambio se han visto perros dejarse morir de hambre por haber muerto sus amos.

—Esos perros, ¿habían vivido en medio de gentes civilizadas?

—¿Queréis dar á entender que el señor de Guéran no era persona civilizada?

—No comprendo á qué traéis aquí al señor de Guéran.

—Pero Walinda ha vivido con bastante intimidad al lado del señor barón, y me parece...

—No quiero saber lo que os parece de esa intimidad; pero digo y sostengo que esa salvaje no es una mujer.

El señor Delange esperaba con impaciencia la noche, pues creía que Walinda iría, como la víspera, á calentarse y comer; mas aquella noche hacía un frío muy intenso, y los centinelas, que lo sentían demasiado estando parados, andaban de un lado para otro, por cuya causa sin duda la reina no se aproximó.

Delange, dominado por la idea de que la desgraciada iba á morir de frío ó de hambre en alguna espesura, no pudo conciliar el sueño en toda la noche. A las tres de la mañana se le figuró oír á lo lejos una voz lastimera; se levantó y prestó oído.

Efectivamente; solo que le parecía que la voz se acercaba más y más; eran largos gemidos que no parecían salir de pecho humano; se hubiera creído que eran más bien los gemidos de un animal herido ó el aullido de un perro que huele la muerte.

Los centinelas escuchaban inquietos, azorados; el señor Delange fué á ver lo que era para tranquilizarlos. Luego se internó en un bosque inmediato, creyendo encontrar en él á Walinda; pero á nadie vió, y los gritos cesaron al propio tiempo que se dejaron ver los primeros resplandores del día.

El doctor se dirigió hacia la tienda de la señora de Guéran; la baronesa se levantaba siempre la primera, y deseaba tener con ella, á solas, un rato de conversación.

## XXXIV

El señor Delange no se había equivocado; la señora de Guéran ya estaba vestida, y había levantado las puntas de la tienda para que entrase el aire. En cuanto divisó al doctor, se aproximó á él, dándole la mano.

—¡Ya levantado!—le dijo con voz afectuosa.—¿Tenéis que hablarme? Yo también estaba deseosa de hablaros; pero parece que huís de mí.

—Temo ser indiscreto.

—¡Indiscreto vos! ¿creéis que he olvidado la larga conversación que tuvimos una noche en la montaña, la víspera del día en que penetramos en las provincias del Sur? Esa noche no temisteis ser indiscreto, y bien escudriñasteis con el escalpelo hasta el fondo de mi co-

razón, y por eso no os quiero menos, doctor; os diré más: que desde aquel día estáis inscrito en la lista de mis mejores amigos. Pero como me reconozco culpable por haber faltado á esta amistad, quería pedir os perdón.

—¿En qué me habéis faltado, señora?

—En dejar que el señor Desrioux os reemplazara al lado de mi marido.

—Perdonad; he sido yo quien lo ha dispuesto así. No habíais visto á Desrioux en tanto tiempo, y me he alejado para que tuviese ocasión de contaros muchas cosas.

—¿Creéis que me habla acaso de su amor?

—Nada tiene que deciros; os lo ha probado bastante con reunirse á vos.

—¿Y creéis que yo pueda alimentar ilusiones?...

Se detuvo, no atreviéndose á expresar su pensamiento.

Pero el doctor prosiguió por ella, diciendo:

—Creo que le amáis y que ya no amáis á vuestro marido.

—¡Eso no es verdad! ¡no es verdad!—exclamó ocultando el rostro entre sus manos.

—¡Es verdad!—replicó Delange,—y sufrís horriblemente, porque sois una mujer honrada, y mientras viva vuestro marido nunca confesaréis vuestro amor... ¡Ah! os conozco más que vos misma. Moriréis amando, pero nunca faltaréis á vuestros deberes, y esa persuasión es la que me ha hecho ceder mi puesto á Desrioux.

—No os comprendo—dijo sorprendida la señora de Guéran.

—No quería— contestó resueltamente el doctor— que me debiera la vuelta á la vida; no quería reprocharme vuestra desgracia.

—¡Oh! ¿qué decís?

—¡La verdad!

El bullicio que se dejaba sentir ya en el campamento no les permitió hablar más de cosas tan delicadas. Por lo tanto, el doctor le dijo:

—Venía á suplicaros un favor, usando de vuestra influencia sobre el señor de Morin, para que deje de martirizar á una persona por quien me intereso.

—¿De quién se trata?

—De vuestra enemiga Walinda.

—¿Cómo! ¿está aquí?

—Cerca, por lo menos así lo creo.

El doctor explicó brevemente á la baronesa los motivos serios que habían obligado á los Europeos á traer consigo á la reina.

—Habéis hecho bien— dijo;— esa mujer podía ser perjudicial á los Mombouttous, y debíamos protección á nuestros aliados.

El señor Delange expuso también los motivos no menos serios que impulsaban á de Morin á mandar devolviesen la libertad á Walinda.

—¿Cómo!— exclamó la baronesa;— ¿es por causa mía... Para evitarme á mí un disgusto por lo que quieren alejar á esa mujer... ¡Eso es una locura! No me puede preocupar esa mujer, ni me ocupo de ella. ¿Puedo por ventura temerla? ¿Por qué la odiaría?— dijo irónicamente.— Lo que ha hecho es muy natural. ¿Qué crimen es el suyo? El de haberse querido vengar porque su esclavo, su prisionero,

se quería alejar. Estaba en su derecho. Por lo tanto, esa mujer no es mi enemigo, y en prueba de ello, ahora mismo voy á hablar al señor de Morin para que la dejen en libertad.

Algunos momentos después, el señor de Morin decía á Delange:

—Ya sé que os habéis quejado de vuestro jefe de expedición; ya podéis traer en medio de nosotros á vuestra Venus; pero os advierto que si sucede alguna desgracia, sólo vos seréis el responsable.

Mientras que la caravana se ponía en marcha, el señor Delange, seguido por Nassar y cuatro Nubienses más, se ocultaron en la espesura, esperando á que Walinda viniera en busca de algún alimento, después de la partida de la expedición.

Así sucedió, efectivamente; no había transcurrido un cuarto de hora cuando la vimos salir de una espesura, y creyéndose sola, avanzó hacia el sitio en donde habían acampado durante la noche. Cuando llegó á su alcance, todos la rodearon, pero no opuso ninguna resistencia; por el contrario, parecía radiante de verse otra vez prisionera.

Le ofrecieron víveres, los tomó ávidamente y acurrucada al pie de un árbol comió hasta saciar su hambre. Luego se aproximó á aquellos que la habían detenido y alargó los brazos para que se los ataran. Delange no creyó debía prescindir de este cuidado, para que de Morin no le tratara de imprudente.

Bien pronto la prisionera y su escolta alcanzaron la caravana, reuniéndose á ella.

Aquel mismo día llegaron al pie de la última montaña azul, y por lo tanto á orillas del lago Albert. Una docena de Beloutchis, que se habían mandado como exploradores, encontraron sus camaradas en el sitio en que les habían dejado, á la orilla del lago. La alegría de todos fué grande, y los Europeos de la expedición Guéran participaban con delicia de las provisiones traídas de Francia por los señores Pommerelle y Desrioux. Sólo los exploradores que hayan sufrido grandes privaciones comprenderán ese género de satisfacción material.

## XXXV

Acordaron descansar durante una semana, pues todos deseaban llegar cuanto antes al término de su viaje, aunque sucede muchas veces á los exploradores Europeos, tenerse que detener más de lo que quisieran por culpa de la escolta. Pero esta vez los porteadores y soldados estaban deseando abandonar las orillas del lago, pues las bellezas de la naturaleza ningún atractivo tenían para ellos; por lo tanto, todos deseaban llegar á regiones más animadas.

Aquel descanso fué mejor apreciado por los Europeos que por su escolta. Después de haber pasado por tantas emociones y tantas fatigas, tenían la más grande necesidad de descanso; la vista de las azules aguas del lago, el

fresco y alegre paisaje que les rodeaba, devolvía la tranquilidad á su espíritu, y calmaba la agitación de sus nervios sobrecitados por el cansancio de marchas forzadas, y sus cuerpos encontraban su agilidad acostumbrada después de sumergirse en las aguas del lago Albert-Nyanza.

El señor de Guéran, sobre todo, debía encontrar gran alivio en aquel descanso: el aire de las montañas, la variación del clima, la temperatura relativamente más suave que allí se experimentaba, debía serle muy provechosa. La fiebre había cedido en parte, su debilidad disminuía insensiblemente, y los temores abrigados por Desrioux de una complicación cerebral, habían desaparecido por completo.

En fin, el día 2 de Enero de 1874, la expedición volvió á ponerse en marcha. Durante quince días siguió á pequeñas jornadas la orilla occidental del lago Albert-Nyanza; con forme adelantaban hacia el Norte, el lago ensanchaba hasta el punto de asemejarse á un ancho río.

—Es el Nilo—decía el señor de Morin—salle del Albert-Nyanza, como lo han demostrado los estudios de Speke, de Grant y de Baker. Siguiendo su orilla, llegaremos á Gondokoro, atravesando los territorios de los Madis, de los Barris, de los Latoukas y el valle del Ellyria.

El 5 de Febrero, la caravana apercebió por fin á su izquierda la montaña de forma cónica de Redgia, y á su derecha el pico, aunque lejano, de Bélignan. A la puesta del sol,

sólo tres millas les separaba de Gondokoro.

Se podía dar el viaje por terminado, porque, en efecto, para exploradores que volvían de tan lejos descender al Nilo en unas bareas, hacer escala en Kartoum, en Berber, franquear algunas cataratas, atravesar la Nubia, Egipto, el Cairo, y embarcarse sobre un vapor de las Mensajerías para trasladarse á Marsella, era un paseito de recreo.

La jornada, habiendo sido muy penosa, resolvieron pernoctar por última vez al aire libre y entrar por la mañana en Gondokoro, que se hallaba á su vista. Por lo tanto, las tiendas para los Europeos fueron instaladas sobre los orillas del Nilo. Aquellas tiendas se hallaban en muy mal estado, y nada tenía de particular, después de un viaje tan largo. Sólo la de la señora de Guéran estaba tal cual; gracias á los cuidados especiales con que se la había tratado, se distinguía de las demás por una bandera nacional puesta en su cúpula.

Todo el mundo se recogió temprano para levantarse al rayar el alba, y entrar muy de mañana en Gondokoro. Sin embargo, antes de retirarse á su tienda, el señor de Morin tuvo una entrevista con el doctor Delange.

—Y bien, amigo mío—dijo de Morin,—¿qué vais á hacer ahora de vuestra Venus negra? Supongo que no tendréis la intención de llevarla á Francia.

—Podéis estar tranquilo—contestó Delange,—os juro que de mañana no me ocuparé más de Walinda, y todo me hace suponer que se volverá á su país; deseo sólo...

—Comprendo que deseáis que no se muestre ingrata á vuestros favores; me alegraré que así sea. Hasta mañana.

Tan pronto como se alejó, Delange se aproximó á su prisionera.

Para tenerla más á la vista, había hecho que levantasen una especie de cabaña con ramas y retales de telas; pero este albergue estaba bastante separado de las tiendas europeas y á alguna distancia del kraal de la escolta. Muchas veces él mismo le llevaba la comida, y quedaba algunos instantes al lado de aquella extraña mujer; pero á pesar de todo el interés que le impulsaba hacia ella, no le había hasta aquel día devuelto la libertad de sus movimientos.

Pero ya á la vista de Gondokoro, y en el momento de separarse de ella para siempre, el señor Delange creyó poder sin temor abandonar su prudencia, y por primera vez, después de seis semanas de cautiverio, la Venus negra quedó en completa libertad.

Hacia las dos de la mañana, mientras el doctor descansaba de las fatigas de aquel día, Walinda se apoderó de un cuchillo de monte que el señor Delange había dejado á su lado al entrar en la cabaña, y mirando con recelo á todos lados, se deslizó hacia el sitio en donde habían levantado las tiendas.

Allí se paró, y á la claridad de las estrellas buscó la tienda que estaba adornada con la bandera. La vió, y segura de no equivocarse, se arrastró hacia ella, levantó sin hacer el menor ruido una de las esquinas de la abertura,

se deslizó como una culebra por ella, y ya dentro se levantó de repente, colocándose de un salto delante de la cama de campaña, y hundió el cuchillo en el pecho de la persona que allí descansaba.

## XXXVI

Al día siguiente al amanecer, los tambores y las trompetas despertaron alegremente al *kraal*. Soldados y porteadores, en contra de su costumbre, abandonaron bien pronto sus camas de hojas.

La misma Walinda, tan indiferente hasta ese día á todo lo que pasaba alrededor suyo, estaba delante de su choza, los ojos fijos sobre las tiendas, esperando con impaciencia la salida de ellas de los Europeos.

El primero que salió fué el señor de Morin, después los señores de Pommerelle y Periéres, luego los dos doctores, un momento después la señora Poles, con una toilette capaz de volver locos á todos los habitantes de Gandokoro.

Dos tiendas permanecían inmóviles; las de la señora de Guéran y su marido, separadas entre sí por unos diez metros de distancia.

Por fin la tienda que no tenía bandera pareció agitarse, y en el momento en que el primer rayo del sol doraba su cima, se vió salir de ella, alegre, sonriendo, siempre encantadora, á la baronesa.

Walinda, al verla, exhaló un grito terrible, salvaje, lleno de espanto.

Otros gritos contestaron al suyo. José, que por orden de su amo había penetrado en la tienda del barón, vió á éste cubierto de sangre con un cuchillo clavado en el pecho.

Walinda se había equivocado; en lugar de dar matar á la mujer, había muerto al marido.

Ignoraba que la víspera por la noche, la señora de Guéran, temiendo para el enfermo la humedad de los pantanos que rodean á Gondokoro, había hecho que instalasen en su tienda á su marido, tomando ella para sí la que él ocupaba.

Ocho días después de este acontecimiento, los Europeos fletaban dos *neggers* ó barcas que se usan en el alto Nilo, y en ellas navegaban; en una tercera barca más pequeña iba el ataúd en que descansaba el señor de Guéran.

Antes de embarcarse, los Europeos se habían separado de toda la caravana, los cuales quedaron altamente satisfechos de la esplendidez de los expedicionarios; sólo Nassar, Omar y Ali les acompañaron hasta el Cairo.

Hacía sólo algunas horas que navegaban, cuando el señor de Morin creyó ver en medio del río un cadáver arrastrado por la corriente.

Saltó en un pequeño bote, remó hacia aquel lado, y con sorpresa reconoció que aquel cadáver era el de la reina Walinda. Aquel cuerpo espléndido, que la muerte había respetado aún, flotaba entre dos aguas iluminadas por los rayos del sol en su ocaso.

se deslizó como una culebra por ella, y ya dentro se levantó de repente, colocándose de un salto delante de la cama de campaña, y hundió el cuchillo en el pecho de la persona que allí descansaba.

## XXXVI

Al día siguiente al amanecer, los tambores y las trompetas despertaron alegremente al *kraal*. Soldados y porteadores, en contra de su costumbre, abandonaron bien pronto sus camas de hojas.

La misma Walinda, tan indiferente hasta ese día á todo lo que pasaba alrededor suyo, estaba delante de su choza, los ojos fijos sobre las tiendas, esperando con impaciencia la salida de ellas de los Europeos.

El primero que salió fué el señor de Morin, después los señores de Pommerelle y Periéres, luego los dos doctores, un momento después la señora Poles, con una toilette capaz de volver locos á todos los habitantes de Gandokoro.

Dos tiendas permanecían inmóviles; las de la señora de Guéran y su marido, separadas entre sí por unos diez metros de distancia.

Por fin la tienda que no tenía bandera pareció agitarse, y en el momento en que el primer rayo del sol doraba su cima, se vió salir de ella, alegre, sonriendo, siempre encantadora, á la baronesa.

Walinda, al verla, exhaló un grito terrible, salvaje, lleno de espanto.

Otros gritos contestaron al suyo. José, que por orden de su amo había penetrado en la tienda del barón, vió á éste cubierto de sangre con un cuchillo clavado en el pecho.

Walinda se había equivocado; en lugar de dar matar á la mujer, había muerto al marido.

Ignoraba que la víspera por la noche, la señora de Guéran, temiendo para el enfermo la humedad de los pantanos que rodean á Gondokoro, había hecho que instalasen en su tienda á su marido, tomando ella para sí la que él ocupaba.

Ocho días después de este acontecimiento, los Europeos fletaban dos *neggers* ó barcas que se usan en el alto Nilo, y en ellas navegaban; en una tercera barca más pequeña iba el ataúd en que descansaba el señor de Guéran.

Antes de embarcarse, los Europeos se habían separado de toda la caravana, los cuales quedaron altamente satisfechos de la esplendidez de los expedicionarios; sólo Nassar, Omar y Ali les acompañaron hasta el Cairo.

Hacía sólo algunas horas que navegaban, cuando el señor de Morin creyó ver en medio del río un cadáver arrastrado por la corriente.

Saltó en un pequeño bote, remó hacia aquel lado, y con sorpresa reconoció que aquel cadáver era el de la reina Walinda. Aquel cuerpo espléndido, que la muerte había respetado aún, flotaba entre dos aguas iluminadas por los rayos del sol en su ocaso.

La reina, sin duda desesperada por no haber dado muerte á su rival, y sí al que ella amaba, había aprovechado la confusión y emoción que se había apoderado de todos al conocer lo ocurrido, para huir, y después de haber andado errante durante algunos días, se había precipitado al río.

Y muerta, seguía todavía á la caravana y á los despojos mortales de su amante.

Los Europeos llegaron á Khartoum á principios de Abril de 1874, y sólo se detuvieron para conferenciar con el coronel Chaillé-Long, jefe de Estado Mayor del general Gordon, y en cambio de las noticias que les dió de Europa, los señores Desrioux y Pommerelle le dieron informes interesantes sobre el país del Ganda y de su rey Mtiza, á quien este oficial iba á visitar.

Ningún incidente sucedió durante la larga bajada sobre el Nilo; cada uno vivía ensimismado en sus pensamientos; se aprovechaba aquella inacción, después de una vida tan activa y fecunda en peripecias, para reflexionar, coordinar las ideas y poner en orden las notas de aquel largo viaje: la única distracción que se permitían era la de admirar los nuevos países que se extendían á sus ojos.

La señora de Guéran vivía completamente retirada en una especie de cabina que se había construído en un extremo de la barca.

El doctor Delange había también perdido algo de su alegría, pues tenía sobre el corazón la muerte del señor de Guéran, y tenía siempre presente que el señor de Morin le ha-

bía hecho responsable de aquella muerte, diciéndole: «Vuestro amor á las Africanas ha costado la vida de un hombre.»

En el Cairo se separaron de los últimos Nubienses, de las Sudaminas, de Nassar, y de los dos intérpretes Arabes. Todos aquellos fieles servidores, debieron acordarse largo tiempo de la magnificencia de sus amos.

La colonia europea, ya sola, se embarcó en Junio sobre un vapor de las Mensajerías marítimas, llegando á París pocos días después.

Allí tuvieron lugar nuevas despedidas; la señora Poles se despidió de sus compañeros, á los cuales había divertido alguna vez con sus exageradas ridiculeces, que se hacía perdonar por su bondad, su valor y abnegación. Al momento de separarse de los cuatro jóvenes á quien decía había amado con el mismo ardor olvidó que el preferido había sido Pommerelle, pues á todos abrazó con el mismo cariño.

Después de haber limpiado sus anteojos azules, empañados por algunas lágrimas, se separó de la señora de Guéran, muy agradecida, pues esta señora había asegurado su porvenir para que no tuviese ya que separarse de su amiga, de su confidente, de la única depositaria de sus famosas aventuras en medio de los Tonaregs.

El fiel José no se separa de su amo, por no poder vivir separado de él: diez veces al día, José, señalando á su amo, exclama:

—Véis ese hombre, los Arabes le iban á fusilar; yo le he salvado; los Niams-Niams que-

rían devorarle; en fin, todos los hechos heroicos de su amo José se los apropiaba.

De esa manera se escribe muchas veces la historia, invirtiendo los papeles, y los grandes son comidos por los pequeños, ó mejor dicho, los hombres probos por los intrigantes.

Las diferentes sociedades geográficas de Europa rinden justicia á la expedición de Guéran; pues si bien acogieron en un principio con bastante reserva las notas remitidas por un explorador desconocido, como lo era el señor de Periéres, van á publicar oficialmente dentro de poco los descubrimientos hechos por él, y reemplazar sobre los mapas estas palabras: regiones inexploradas por los nombres de Domondous, Mallegas y Walindis. Además, todos los días algún nuevo explorador confirma aquellos descubrimientos; últimamente, durante el año 1876, el señor Gessi, teniente á las órdenes del general Gordon, descubría un segundo brazo, saliendo del Nilo, dirigiéndose hacia el Oeste, el cual, según dicen los indígenas, se reúne al gran río cerca de Gondokoro. Es el mismo que el señor Desrioux descubrió y señaló en 1874.

Diez y ocho meses han transcurrido, y la señora de Guéran ni deja de llevar luto por su marido, ni habla de volverse á casar.

—Pero—decía un día de Morin á Delange—¿por qué la baronesa no se casará con su querido doctor? ¡Se adoran! ¡es fácil comprenderlo!

—Amigo mío—contestó Delange,—Perié-

res me ha hecho la misma observación hace pocos días; pero se notaba en él, lo mismo que en vos, tanta amargura, que no he podido decir nada á la baronesa. Si os oyera, en lugar de pensar en casarse, desistiría de ello.

—¿Luego es por delicadeza, es por consideración hacia nosotros porque no se casa?

—Precisamente; como os profesa una sincera amistad, quiere que el tiempo cicatrice vuestras heridas.

—Le podréis decir que no tendremos el disgusto de conocer la época de su matrimonio. Porque nuestro primer viaje de exploración ha despertado en nosotros la fiebre de los descubrimientos; así es que hemos determinado marchar dentro de algunas semanas Periéres, Pommerelle y yo al Africa occidental, siguiendo el ejemplo de los hermanos Grandy. Vamos á seguir las orillas del Zaira, hacia el Norte Este, en la dirección del lago Tanganyika. Ya veis que nuestra determinación es seria. Por lo tanto, la señora de Guéran va á recobrar su libertad; vamos á viajar sin ella; puede, por lo tanto, casarse sin nosotros.

.....  
Dos meses después de esta conversación, Laura de Guéran se llamaba la señora Desrioux. Los recién casados se retiraron á vivir en una villa situada á orillas del lago de Côme, cuyas pintorescas orillas les recordaban las del Albert-Nyanza.

De todos nuestros héroes, sólo quedaron en París el señor Delange y José. El primero es ya un médico serio, lo que no le impide,

cuando llegan las doce de la noche, sentarse en el círculo para hacer una partida de whist ó una partida de baccarat. El doctor se acuerda alguna vez todavía de las Africanas, confesando al propio tiempo que varias de sus clientes parisienses les son superiores.

José se mostró poco dispuesto á volver á Africa; el señor de Morin no ha querido insistir, pero, gracias á la generosidad de su amo, y á la venta de unos treinta dientes de elefantes, se ha constituido una pequeña renta, con la cual se encuentra el hombre más dichoso de la tierra.

En cuanto á nosotros, hemos terminado nuestra tarea, y con ella este largo estudio, cuyo mérito es el de ser verídico, en cuanto á datos geográficos y costumbres africanas. Hemos querido demostrar una vez más á nuestros lectores que no somos especialistas. Y por eso les hemos llevado lejos de París, tratando de iniciarles en estudios laboriosos y descubrimientos interesantes, revelando los misterios de un nuevo mundo, poniendo en relieve el atractivo de lo desconocido.

FIN

Este tomo es el último de la serie que empieza por *La Sultana Parisiense*, sigue con *La Fiebre de lo Desconocido* y concluye con *LA VENUS NEGRA*.

